

PICTORIAL REVIEW

MARCH 1917

SPANISH EDITION

PUBLISHED MONTHLY BY

THE PICTORIAL REVIEW COMPANY

THE PICTORIAL REVIEW BUILDING, 216-226 West 39th Street, NEW YORK

Yearly Subscription
\$1.75 Oro Americano
Subscripción anual

Dicho precio, incluyendo el franqueo, sólo comprende a los Estados Unidos, Cuba, Méjico, Panamá, Puerto Rico y Filipinas. Demás países, \$2.00 oro Americano.

SUCURSALES

S. A. Smart, Alcalá 48, Madrid.
Neptuno 90, Habana.
Rua General—Camara 78, Río de Janeiro
Sarandi 544, Montevideo

PRESIDENTE WILLIAM P. AHNELT
1ER. VICE PRESIDENTE . . . CHAS. W. NELSON
2DO. VICE PRESIDENTE. EVERETT D. TRUMBULL
SRIO. Y TESORERO LEON LEWIN
Entered as second-class matter April 17, 1914, at the Post Office at New York,
under the Act of March 3, 1879

Single Copies
20 cents. oro Amer.
Número suelto

Este precio solamente comprende a los Estados Unidos, Cuba, Méjico, Panamá, Puerto Rico y Filipinas. En la República Argentina y demás países, 30 centavos oro Americano.

SUCURSALES

112 Leipziger Strasse, Berlín.
1 Fleischmarkt, Viena.
22 Boulevard Poissonniere, París.
217 Piccadilly, Londres.

De Nuestros Concursos Una Inspiración Femenina

Sr. Director de PICTORIAL REVIEW
Nueva York.

Muy distinguido señor nuestro:—

Tenemos el honor de dirigirnos a Vd. para pedirle un favor, que le agradeceremos. Aun cuando Vd. no sepa quienes somos nosotras, tampoco nos conocería si le dijésemos nuestros nombres, que ocultamos por causas bien fáciles de suponer.

Cuando leímos las bases del concurso de esa acreditada revista, al pensar sobre si "deben las mujeres procurar su embellecimiento por procedimientos artificiales," se nos ocurrió, como cosa novedosa pero posible, conocer la opinión de algún hombre sobre el particular; de algún joven, mejor, ya que, aunque nosotras somos unas jóvenes y otras no jóvenes, unas señoras y otras señoritas, apreciamos lo que valen las palabras sinceras y bien meditadas, aunque éstas procedan de un joven. En este caso, precisamente por eso, las consideramos más valiosas, puesto que constituyen la opinión de un individuo del sexo opuesto al nuestro y de edad en que el amor y la admiración, o el aborrecimiento a veces, son más grandes y sinceros que en ninguna.

Y entonces nos dirigimos a un conocido nuestro, por sus escritos, joven talentoso y culto. El, Miguel A Valdés, nos contestó dándonos su opinión, por medio de cuartillas que ahora remitimos a Vd. suplicándole las dé cabida en las columnas de PICTORIAL REVIEW.

Esperando, Sr. Director, ser complacidas, y que nos perdone la molestia que le ocasionamos y nuestro atrevimiento, nos ofrecemos de Vd. attas. y S. S.

VARIAS SUSCRITORAS, cubanas y españolas.

"¿Debe la mujer conseguir su embellecimiento por procedimientos artificiales?"

Apreciadas señoras y señoritas:—

Si por embellecimiento artificial entendemos aquello que contribuya a hacer más bella, más encantadora a la mujer—ya en el orden físico o en el moral o en el intelectual—indudablemente que sí debe la mujer, por cuantos medios pueda disponer, procurar su embellecimiento por procedimientos artificiales, pues es imposible conseguirlo por medios naturales.

Nadie nace sabiendo, ni siendo moral, y muchas ni aun siendo hermosas y bellas: son cosas éstas que se adquieren a medida que vivimos. Porque si bien es verdad que hay genios y personas inteligentes de nacimiento, con inclinaciones morales y buenas o malas, como hay niños hermosos, sanos, bellos, desde que nacen, no menos cierto es que para llegar a constituir una buena inteligencia, una admirable virtud o una subyugadora belleza, es necesario cultivarlas, cuidarlas.

Naturalezas inclinadas a la virtud, o inteligentes o bellas, si no se las cuida se tuercen, pues no todos somos cual Jesucristo para, en un medio ambiente inmoral, mantenernos incorruptibles desde pequeños, predicando, practicando y comprendiendo el bien; ni todos podemos luchar contra la pobreza y la incultura hasta hacernos personas ilustradas y sabias.

Pero es de las almas grandes, de los fuertes caracteres, vencer los obstáculos naturales que se presenten y conseguir llegar a ser algo. Ahí está el mayor mérito. Las personas que se hacen a sí mismas: he aquí las admirables. Y para hacer esto, es claro que, lo artificial es de lo que disponemos. Repito, necesitamos cultivarnos; y el cultivo es un arte y una ciencia.

La mujer, practicando obras de caridad, dominando su carácter, si es agrio haciéndolo cortés y fino, leyendo libros que la eduquen e instruyan, aprendiendo artes manuales y música, pintura, literatura, etc.; haciendo ejercicios físicos, procurándose masajes buenos, alimentándose bien, usando ropas y calzados saludables, y viviendo en lugares sanos, puede, si tiene perseverancia y voluntad, hacerse atractiva, útil, buena, bella, instruída y amable.

Y esto, con lo cual no ha nacido ella y que artificialmente se ha procurado, la hará, por poco favorecida que haya sido por los dones de la Naturaleza, hermosa, simpática, virtuosa y culta.

¿No era Demóstenes tartamudo de nacimiento? ¿No fué, luego, el primer orador de la antigüedad? ¿No fué ladrón, malo, Juan Valjean? ¿Y cuántos tipos reales hay como él! ¿Y no fué, después, un excelente hombre? ¿Y María Magdalena?

Aun cuando tomemos la pregunta, a que responde este trabajo, en su menor extensión, en su más pobre significado, es decir, circunscribiéndonos al embellecimiento físico, creo que no sólo puede sino que debe la mujer conseguirlo, y esto más que ningún otro, por procedimientos artificiales.

La belleza es cual una flor, que si es bella y se descuida, se marchita y muere; flor que si no es lozana, linda en los primeros tiempos, puede conseguirse que lo sea por medio de inteligentes cuidados y cultivos.

Ahora bien; lo capital en esta cuestión son las siguientes preguntas, ante las cuales la mayoría de las mujeres se contestan mal, por haraganería, por comodidad, por impaciencia:

¿Debe la mujer, para conseguir la belleza, usar procedimientos artificiales que al momento se la den, aunque la marchiten, o por lo menos, la dejen igual, en lo sucesivo?

O ¿debe la mujer conseguir tal fin por un procedimiento que, aunque lento y laborioso, la dé eterna belleza o, cuando menos, bastante durable y que, en cierto modo, se transforme en natural con el tiempo?

Muchas mujeres se deciden por la primera de estas preguntas y se contestan: "Sí." Y dicho y hecho, se embadurnan el rostro con coloretes, cremas, creyones, corcho quemado, etc.; se llenan el pelo de postizos, y no sólo el pelo sino hasta, ¡horror! el cuerpo, piernas, caderas, senos. O se aprietan espontáneamente con el corsé y otras prendas íntimas, que las enferman. O meten los pies en botitas, inverosímiles por lo pequeñas.

Empero, todas las mujeres deben decidirse por la otra pregunta, afirmativamente contestarla y practicarla. Trabajo cuesta; pero los resultados compensan con creces los esfuerzos, y con mayor razón cuando redundan en beneficio no sólo de la belleza sino también de la salud.

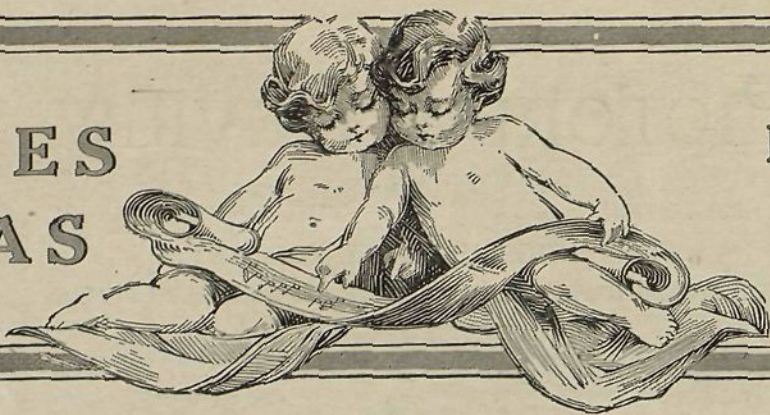
¿Mujeres más bellas, más hermosas, más saludables que las griegas, las ha habido jamás en la humanidad? Pues bien; recordad la vida al aire libre de ellas, sus danzas, sus deportes, su alimentación, sus vestidos.

Hoy la mujer cuenta con más recursos que las antiguas griegas para procurar su embellecimiento y conservarlo. Ellas no tenían tal o cual preparación para hacer crecer o salir el cabello; ni disponían del depilatorio eléctrico, ni de tal o cual depurativo o reconstituyente, ni de sanidad en general, ni de pomadas médicas para hacer desaparecer los granos, pecas y manchas. La mujer moderna dispone de todo esto y a un precio muy bajo, en todos los países y en todas las poblaciones. Luego, si no lo utiliza es, en la mayoría de los casos, porque no quiere.

"Los chitones griegos no se pueden usar hoy"—me dirán. En primer lugar, muchos vestidos modernos son más inmorales y llamativos que aquellas túnicas helénicas; vestidos escotados escandalosamente, muy estrechos, que marcan las formas o se suben, enseñando las pantorrillas, o muy anchos, que al menor viento se levantan con el mismo resultado, o excesivamente cortos; sin tener en cuenta que pueden usarse vestidos compatibles con la moda, el sentido común, la estética y la salud.

En resumen: practique la mujer deportes sanos y útiles; hágase masajes para engordar o adelgazar tal o cual parte de su cuerpo; tome medicinas que curen su sangre; cuide su boca, sus manos y sus pies, desde pequeña; hermosée su cara, gozando de salud; y mientras lo consiga, use cosméticos que hermoseándola en el momento contribuyan a hacer perdurable su belleza.

CANCIONES LEONESAS



Música del Maestro
ROGELIO VILLAR

DANZA RIBERENA

Allegro (♩ = 168)

PIANO

ff

sempre Ped.

pesante

rit.

molto

mf rit.

f

sempre cres.

D.C. al fine

f

ff

fz

fz

BERCENSA

No me mires que me matas con esos tus ojos tristes

Allegretto (♩ = 104)

PIANO

p

sempre Ped.

rit.

mf

p e rit.

morendo

p

pp una corda



**Este grabado, intensamente natural,
representa todo lo mejor que hay
en materia de música**

Es la marca de fábrica que ostentan los instrumentos de música más perfectos del mundo, la Victor y la Victrola, los cuales, en combinación con los Discos Victor, ponen al alcance inmediato de todas las familias las más notables joyas del arte musical.

"La Voz del Amo" ha contribuido poderosamente a la popularización de las grandiosas obras líricas. Los instrumentos y discos que llevan esta marca de fábrica han estimulado el armo de la multitud por la música, y no sólo han proporcionado deleite a un gran número de personas, sino que han servido de excelente medio de educación para poder apreciar inteligentemente las obras musicales de mayor celebridad.

Esta marca registrada es propiedad exclusiva de la Compañía Victor. Para evitar imitaciones, exíjase siempre esta marca de fábrica.

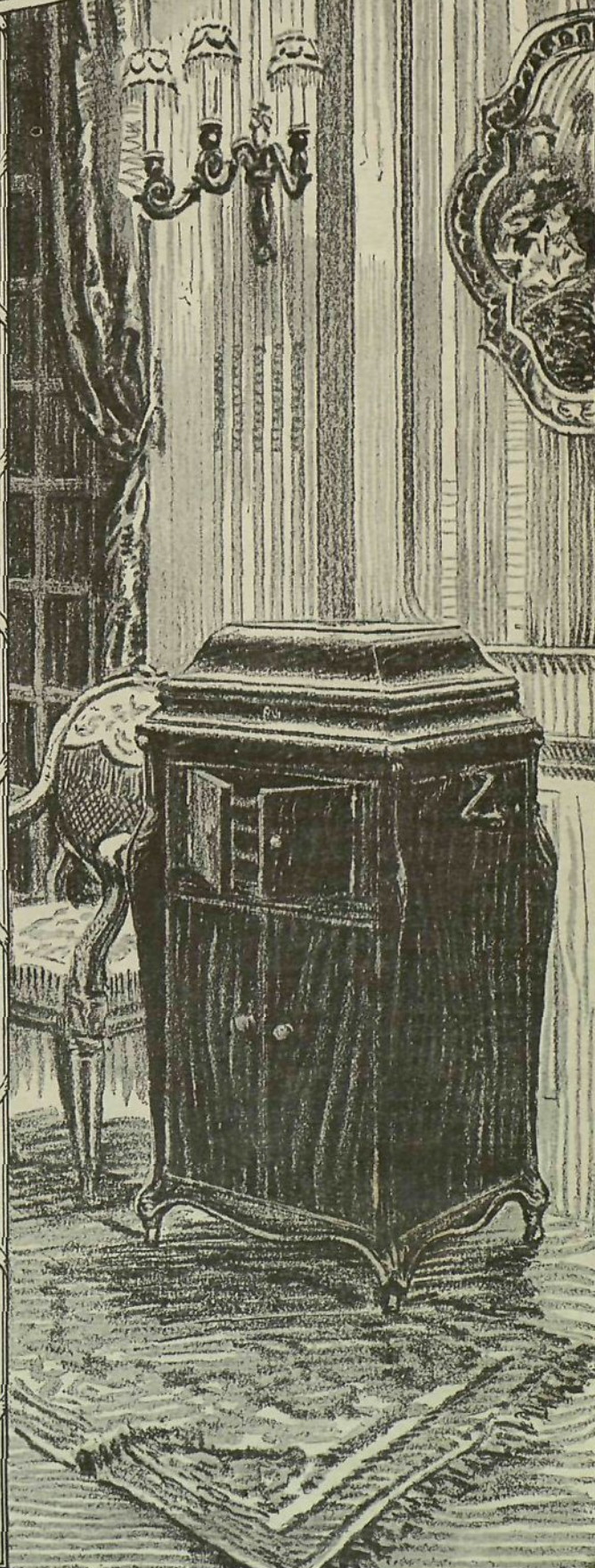
Tenemos instrumentos Victor y Victrola de todos los estilos, desde \$10 hasta \$400. Todo comerciante en el ramo Victor se complacerá en enseñarle los últimos modelos, así como en hacerle oír cualquier disco del gran catálogo Victor.

Escríbanos *hoy mismo* solicitando nuestros catálogos ilustrados. Se remiten gratis y franco de porte.

**Victor Talking Machine Co.
Camden, N. J., E. U. de A.**

Aviso Importante.—Los Discos Victor pueden ser tocados con toda perfección y sin peligro de que se deterioren, únicamente con las Agujas Victor o las Agujas "Tungstone," en combinación con los instrumentos Victor o Victrola. Los Discos Victor no pueden ser tocados satisfactoriamente en las máquinas parlantes que tienen puntas reproductoras de diamante o de otra materia cualquiera.

Victrola



PICTORIAL REVIEW

Director

Rómulo M. de Mora

Año V. No. 2

Marzo de 1917



I El Misterio de la Casa Cerrada

PLÚGOLE a Don Alfonso de Echenique, caballero guardia de la Real persona, acomodarse en un hostel de la tortuosa calleja del Rollo, junto a la del Sacramento, llena de palacios prósperos y de casas infanzonas. Desde su balconcillo veía una casuca de un solo piso, que contrastaba por la humildad de su aspecto con los viejos caserones hidalgos y solemnes en cuyo interior perduran los trofeos señoriales de sus nobles habitantes.

Picóse de curiosidad el caballero, por que ni de día ni de noche se abrían las puertas ni los postigos y cierto girón de conseja que le llegó por boca de las comadres parlanchinas, con gran aparato de voces extrahumanas, músicas infernales y estruendo de cadenas, le decidieron a inquirir de su vieja asistente, una dueña sabedora y tercera en amorosas lacerías, lo que ella buenamente supiese del misterio de la casa cerrada.

—¡Válame el Señor y su dulcísima Madre!— exclamó signándose la vieja.— Oíd, mi señor don Alfonso, lo que en el arrabal se cuenta de esa mansión, por mal nombre la casa de los gatos, y bien veréis que en ello todo parece arte de hechicería.

Sonrió incrédulo el de Echenique, atusóse el gallardo mostacho a la borgoñesa, y se dispuso a oír la conseja, con la diestra apoyada en la dorada cruz de su espadín.

Trabó la dueña su cuento; bien oiréis lo que dirá. Su voz tenía un encanto romanesco y antañón:

—Hará un cuarto de siglo vivían en esa casuca misteriosa dos nobles y vetustas doncellas, llamadas doña Violante y doña Francisca Núñez de Mendieta.

Sumaban ambas hermanas cerca de un siglo y medio, y sin duda por la pesadumbre de su edad, no salían jamás de los salones apenumbados de su mansión melancólica y conventual.

Eran altas, sarmentosas, iguales.

Los cabellos blancos nimbaban sus rostros pálidos y fríos, como los de esas damas de pinturas muy antiguas, retratos de pías fundadoras y de abadesas. La palidez del rostro hacía la más intensa, más mortal el negro terciopelo litúrgico de sus severas vestiduras.

Jamás entraba en ninguna en esa casa, como hogañes de la popular curiosidad la subían a las enclaustradas. Los balcones estaban perpetuamente cerrados y así mismo esa gran puerta sin aldabón, como si nadie hubiera de llamar nunca, y los postigos.

De día no se oía el más leve ruido, ni pasaban detrás de las vidrieras las sombras monásticas de las hermanas. Ya sabéis, mi señor, que no hay nada tan inquietante como el misterio de una casa cerrada, y así, los convecinos, fundándose en la extravagancia de aquellos vivires, los rodearon de una leyenda de superstición y de maleficio.

Sus únicos compañeros, los que conocían el secreto de aquel interior, eran seis gatos negros, grises y atigrados, que compartían la triste existencia y la rara ternura de las dos mujeres.

Los gatos son unos extraños espíritus que tienen en los ojos verdes la fijeza hipnótica e inquietante de los ahijados de la luna. Son voluptuosos y perezosos; gustan en la



EL ESPADIN TRADICIÓN MADRILEÑA

Por Emilio Carrère

Ilustraciones de Máxim

vidrieras, y caía con lúgubre murmullo sobre las calles solas, oyéronse en la casa misteriosa, gritos desesperados, ruidos de cuerpos que se desploman, muebles que crujen, voces humanas que sollozan, intermitentes y como estranguladas, puertas que se cierran violentamente en el silencio de la noche y viéronse cruzar en vértigo, a través de los ventanales, unas sombras descoyuntadas y trenzadas, que giraban en el espacio, caían y botaban hasta tocar en el techo, en medio de una horrible zalgarda de gemidos largos, lamentos y aullidos de animal que huele carne muerta. Y lo que hacía estremecer, rechinar los dientes y erizarse el cabello, era un agudo chirrido persistente como el que producen unas uñas afiladas deslizándose sobre un cristal, al mismo tiempo que sonaba una extraña música, un desbordamiento de notas agudas, profundas, vertiginosas, desconcertadas, como arrancadas, de un piano por las manos de un músico loco.

A la primera luz del otro día, un alcalde de casa y corte, seguido de una avalancha de curiosos, penetró en el misterioso lugar. En el salón hallaron los cadáveres de las dos viejas, lívidos, con los rostros sangrientos, espantosamente roídos y las vestiduras destrozadas. Y colgando del teclado de un viejo clavicordio, el cuerpo de un gato negro, crispado, con los ojos redondos y verdes, como dos siniestras esmeraldas, en un éxtasis de terror.

La taumatugía popular urdió una conseja medrosa de sortilegio y maleficio, en la que unos espíritus enemigos encarnaban en los cuerpos de aquellos gatos asesinos y voraces.

Los golillas que metieron sus uñas en este lance, lo dejaron presto, puesto que no había presea que hurtar y dijeron que cargadas con el horrible fardo de la vejez y de la pobreza, murieron de hambre, y los gatos royeron la carne flácida y lamentable de ancianidad de sus dueñas, las nobles y vetustas doncellas doña Violante y doña Francisca Núñez de Mendieta.

Y desde aquel punto, la casa está llena de melopeas infernales en la nocturna hora, y algún vecino, al asomar medroso su perfil al postigo, ha visto como sobre las chimeneas vagan dos lucecillas azules, que son tal vez las ánimas erráticas de las dos doncellas y otras veces un gran resplandor sulfuroso, como dicese que es la luz que lleva en sus pupilas el Cabrio.

Al acabar el relato, la dueña se signó tres veces con unción edificante, y el caballero mostraba una sonrisa de escepticismo bajo el mostacho fanfarrón.

II

Donde asoma su perfil el caballero galán

EN la corte del rey don Carlos IV hubo de llenar la crónica escandalosa con sus aventuras y amoríos el caballero guardia de la real persona don Alfonso de Echenique. Era galán y apuesto; de su rubio bigote quedaban prendidas las voluntades femeninas; su capa de gentil burlador iba por las encrucijadas del viejo Madrid, o se terciaba sobre el brazo del caballero, cuando las bruñidas hojas toledanas se cruzaban al claro de la luna por unos ojos lindos.

claridad del día de la tibieza de los almohadones de pluma y de los largos ensimismamientos. Pero cuando con su cortejo de sombras llega la terrible madrina, siéntense heridos por su rayo visionario y huyen de la placidez familiar y se deslizan, elásticos y erizados, a lo largo de los muros, o cantan borrachos de sombras extrañas, inarmónicas cantatas, enhiestos sobre las negras siluetas de las chimeneas. Y en sus crispantes maullidos, hay como sollozos encendidos de amor, entonaciones femeninas y ásperos chirridos, como los que produciría un violín al que se le arrancasen las cuerdas.

En estos extravagantes animales pusieron su cariño las dos doncellas nobles y vetustas, doña Violante y doña Francisca Núñez de Mendieta.

Una noche de invierno en que la lluvia llamaba a las

Las dueñas hurañas y las doncellonas a su pesar se signaban medrosas si por su rúa sonaban con gentiles fanfarrias las espuelas de plata del galanteador, mientras le contemplaban a hurtadillas, tras de la muselina de los ventanales.

Tutores y maridos se curaban de que sus pupilas y castas esposas no vieran jamás al donoso caballero con su buena planta y los oros y galanuras del uniforme, no fueran a quedar hechizados en un dulce embrujamiento de amor, para el que no servirían ni exorcismos ni hisopazos.

Don Alfonso de Echenique, que llevaba en sus ojeras su leyenda de galán, se mostraba muy ufano de que su nombre corriera en boca de comadres y de ligardos y de calle en plazuela, seguro de que el populacho, al llevarle en lenguas, contribuiría a abrirle los más cerrados postigos, que el alma de la mujer se abre a la curiosidad, aunque al franquear la cancela sea el diablo en persona el visitante.

Y el doncel, encantado con su famosa fortuna que enlazaba su vida en eslabones de voluptuosidad, llevaba siempre el corazón mal herido por la flecha que porta en su aljaba el niño ciego, el hijo de mi señora doña Venus, y que gobierna el mundo con los ojos tapados, que así marcha el negocio de medrado y de lucido con tan liviano gobernador.

Rebozándose, para no ser conocido de rondas inoportunas, topándose acá con "La ronda de pan y huevo," en piadosa paseata, con sus canastos de panes y huevos duros, y acullá con la de "El pecado mortal" en cuyas fúnebres saetas siempre latía un advenimiento del más allá, el caballero guardia cruzó el Pretil de los Consejos de Castilla, perdióse por las callejuelas que rodean la Cava de San Miguel y se detuvo junto a una botillería-chirlata de la Plaza Mayor, para de bello aspecto arcaico y provinciano, célebre por sus justas y fiestas de toros y por que en ella el rey nuestro señor don Felipe IV tuvo la bondad de ordenar que fuese degollado por la garganta el prócer y valido marqués de Siete Iglesias. Y murió con tan sereno orgullo el noble D. Rodrigo, que ha quedado como ejemplaridad de reacios varones.

Junto a una mesa larga, cubierta por el bellaco tapete verde, unos bigardos divertían sus ocios en tirar de la oreja a Jorge, que por lo traída y llevada, bien es de suponer que el tal sujeto esté completamente desorejado. Un estudiantón sopista, con el manteo como un atlas por lo corcusido, zurcido y deshilachado, hacio filigranas de fullerías con el libro de Juan Bolay, como en la andante picardía se llamaba antaño a la baraja o epítome de las cuarenta hojas.

La luz de un gran candil de garabato caía sobre los escudos de plata y las piezas de a cuarto, apiladas junto a los naipes. Los ojos rapaces de los jugadores seguían con malicia las manos taimadas del taur, cuidando de que no les hurtara sus caudales con destreza de flor.

Era el concurso la nata de la gallofería; soldados bebedores y mujeriegos y con humor peleón, antiguos huéspedes de las galeras reales, hijosdalgos que lucieran su brío con los caminantes en despoblado, ladrones como mercaderes, uñilargos como golillas, rufianes mantenidos por el garbo de sus barraganas, un ministril exonerado y muchos otros que conservaban en las posaderas huella de las razones del Santo Oficio.

Si acaso algún incauto caía en aquellas redes, desplumado salía de tan gentil compañía, y si por milagro divino ganaba algún escudo, era trance de grave riesgo para su persona.

Cuando llegó el de Echenique, un paladín astroso de la galopesca pedía barato a cierto maese remendón, tan taimado y fullero como el cofrade más aventajado de Mercurio y de Celestina a la par. Se oía la voz de los jugadores.

—Medio escudo, de salto.

—Párolí, por sí corre.

—Van dos cuartos más, y cúrese de la limpieza de los dedos, hermano. Que si barrunto el menor asomo de cera y pegadilla va a navegar usarcad en la barca de Caronte.

—Bien se advierte que sois doctor, por los arrequives de vuestra plática—y el estudiantón ahincaba el dedo en un pico del naipe, sin que al hacer la trampa le importase un bledo el anunciado viaje por la laguna Estigia.

—¡El as!

Don Alfonso de Echenique amaba el juego villano y alucinante. Estaban las cuatro horas y los burlonas como

Se oyó el tintinear argentino de las monedas, el ruido opaco de la raqueta sobre el tapete, el crujir de los naipes Echenique empujó sus monedas hacia el cinco.

—Copo.

—Ved que hay más de cien escudos, caballero—exclamó temeroso el estudiante.

—Pues ved de tirarlos de la vuestra, seor trapacero—repuso el guardia con altanería.

La bella dama desconocida, apenas hubo bebido su soconusco garapiñado, aprestóse a salir, seguida de un rodrigón enano y perdiabierto como el ojo de un puente.

Al suave rumor del halda y hechizado por las gratas esencias que traía la hermosa, Echenique tornó el rostro, que púsosele pálido y demudado. Musitó algo entre dientes, se izó el rubio mostacho y partió en seguimiento de la interesante mujer, preso de una turbación de ánimo y sin curarse de su plata abandonada a las artes del estudiantón sopista y uñilargo, y del famoso senado de gallofos, gorriones y catedráticos de la brivia.

III

Los Ojos de la Diablesa

ERA aquélla la tercera vez que el de Echenique se topaba con la hermosa desconocida, y las anteriores habíasele perdido de una manera bien singular.

La conoció una tarde que los señores Reyes y el serenísimo Príncipe de las Asturias habían asistido a la Salve en la Basílica de Atocha. El templo estaba ornado con suntuoso decoro y era de ver el lucido séquito real, con los ricos trajes de las azafatas, los vistosos uniformes de los caballeros guardias y la gran pompa litúrgica de las capas pluviales y las profusas luminarias que brillaban en el retablo como una lluvia de estrellitas doradas.

Cuando finó la solemnidad y hubo salido la feligresía, don Alfonso la divisó arrodillada y con muy devota unción, sobre un sitial de ébano labrado. Asombrado quedó al ver la extremada belleza del rostro, divinamente armónico y la boca roja como un capullo sangriento, el cuello grácil y blanco y los ojos profundos y alucinantes, ardientes en los halos azulencos. Los ojos eran el hechizo más peligroso en aquella beldad, pues parecían poseedores de un sortilegio demoníaco y a los cambiantes de luz variaban de color y ya eran negros como dos cisternas de tentación, claros como el cándido azul de los rompimientos de gloria; grises, como herméticos mares de acero, y verdes como los de las sirenas, como los de los gatos y como esos ojos ilusorios que muestra la luna, cuya mirada cruel hace delirar a sus pálidos ahijados.

Acercóse rendidamente a la bella, en la una mano el chapeo y la otra sobre la cruz del espadín:

—¿Tenéis pacto con el Diablo, señora, que no es sino él quien da tanto cambiante a vuestros ojos, para que

el alma no sepa distinguir con qué color son más bellos?

Alzóse la hermosa de su sitial, y sin responder a la galanía, avanzó hacia la puerta. La siguió el caballero con floridas finezas, y viendo que con paso gentil y presuroso la paloma burlaba al gavilán, la mano audaz trató de asirla del manto, a tiempo que la figura se ocultaba detrás de una columnata de la nave. Avanzó Don Alfonso y vió con estupor que la dama había desaparecido como por ensalmo.

El templo estaba desierto; cerrada la lejana puertecilla del presbiterio y era imposible que la hermosa ganase la salida sin que él la viera. ¡Era un lance famoso aquel en que las damas se evaporaban como el incienso! y el guardia sonrió fanfarrón.

La segunda vez fué una noche ardiente de Junio, nocturno verbenero aromado de nardos y de albahaca, constelado de estrellas y de ojos hechiceros de manolas. Los sotillos del Manzanares estaban llenos de músicas y zambras; las damas de la corte habían dado en la flor de bajar a la verbena en traje de maja y venían las calesas como cestas de rosas humanas.

Don Alfonso platicaba con ciertos próceres de la época, que, si no por el nacimiento, lo eran por los blasones del arte y los timbres del ingenio. El viejo don Ramón, con su chapeo peludo y su parda casaca, decía donaires y jácara a las chisperas que pasaban, y tal vez eran aquellos decires los mismos que luego empleara en los sainetes y entremeses por los que sabemos a maravilla de aquella época y en los que hemos aprendido a reverenciar al viejo trovero de la majeza madrileña. Estaba también un histrión llamado Isidoro Máiquez y un diestro con patillas de boca de hacha que nombraban Pepe-Hillo y un caballero de Aragón, sordo y malhumorado, discípulo de Mengs el pintor, que después ha sido canonizado por la iglesia del arte, y que se llamó don Francisco de Goya y Lucientes.

Estaban de sabrosa plática y regodeo, cuando oyeron un gran barullo y vieron a una maja que cruzaba como una reina sobre las capas toreras que alfombraban el suelo, entre piropos, donaires y picardías.

Gran contento hubo de ello Echenique, pues la dama no era otra que la que hubo de conocer en Atocha, y separándose de tan principal compañía, se acercó a la hermosa chispera, en guisa de servirle de caballero.

A pesar de lo rendido de sus galanías, ella continuó zahareña, y sólo le miró de hito un punto, con sus sortilegios ojos de diablesa. Picada estaba la vanidad de Echenique, pues era aquella la sola hembra que no había rendido la fortaleza de su amor a la briosa catapulta de su arrogante leyenda de conquistador. Así es que redobló el asedio, poniendo en la voz todo su poder de fascinación, aunque sin obtener ninguna halagüeña recompensa.

—Paréceme, señora mía, que os pasáis de ingrata, tratando tan mal a quien tan bien os quiere. Y he de deciros, que mi cuita habrá de ablandaros algún momento, que tengo el tiempo por aliado y a fuerza de mendigarlo os habréis de doler de mi dulce mal.

Habíase alejado del centro del holgorio y hallábase en la orilla del río que se deslizaba como un inmenso reptil verdinegro, en cuyo lomo la luna fingía escamas de plata.

Al hallarse en soledad tan propicia, don Alfonso, sabiendo como la audacia es puente precioso para los lances de amor, apresuró el paso y trató de enlazar el tallo de la bella, supremamente grácil y armonioso. En aquel punto del viejo y jacarero Manzanares, se alzó como una gran vaharada de niebla sulfúrea que le obligó a cerrar los ojos, y cuando al punto los abrió, sus manos solo asieron el vacío y en vano buscó a la mujer maravillosa en el negror hondo e inquietante de la noche.

Ibase, pues, aquella tarde en seguimiento de la dama, recordando las anteriores desapariciones y curándose mucho de no ser chasqueado por tercera vez. Llevaba el guardia todos sus sentidos puestos al servicio de su espionaje, dispuesto a no cejar en su empresa, cuando vió a un mozallón rufo y bien plantado, que se le acercaba con ademán pendenciero.

—Vengo a deciros, señor don Lindo, que habréis de darme barato ya de grado o por fuerza, que nadie gana en esa banca sin que yo me lleve lo que honradamente me corresponde.

Tornóse iracundo el caballero guardia:

—¿Y quién es el bellaconazo, fullero y mal nacido, que se atreve a hablarme con tal insolencia? Marchaos presto, buen hombre, si no queréis que os batanee las posaderas.

Clamaba el galopo, replicábale Echenique, y entre juramentos y blasfemias, amenazas y aun alguna puñada que hubo de escaparse en la barahunda, armóse tal zambra, que pronto estuvieron rodeados de bigardos y curiosos que saboreaban como plebeyos el manjar del escándalo y gustaban de la disputa como de un muy sabroso regodeo. Dios sabe adonde hubieran llegado las cosas sin la intervención de un eclesiástico que llegó piadoso a poner paz.

Cuando todo hubo finado, don Alfonso se dió a correr detrás de la dama, que se le había perdido en aquella endiablada tremolina. Y aunque recorrió todo el arrabal fué



Estaban de sabrosa plática y regodeo, cuando oyeron un gran barullo y vieron a una maja que cruzaba como una reina sobre las capas toreras que alfombraban el suelo, entre piropos, donaires y picardías



Y pasaron más sombras de mujeres, y todas le dijeron su cuita y abandono. Después formaron un largo cortejo, monótono, espectral, interminable A lo lejos se veía la vaga forma de un ataúd

vano su ardimiento, no pudo hallarla y se volvió a su hostel mohino y con el alma en grave inquietud y jurándose a sí mismo que si volviera a verla no habría de dejarse burlar, pues se asiría de ella y habría de conocer el enigma de sus ojos de sortilega, aunque lo que viera en el fondo de tan singulares pupilas fuese la eterna condenación. Y enviada del diablo parecía la dama por el misterio de sus ojos y la boca sensual y roja, como esas rosas que envenenan con su fragancia.

IV

La Cohorte del más allá

ENTRE las muchas hembras a quienes Echenique había puesto el amatorio cerco, contábase una gitanilla auribronceada que atendía al donoso remoquete de Lucerito de Triana, y bella era como el lucero matutino el diablillo de la mozueta.

Sus crenchas, de un negror azulino, caían sobre su cuello tostado y mórbido y parecían un haz de negras víboras saltarinas, cuando su cuerpo ondulante trenzaba los giros de alguna danza. En sus ojos profundos y alucinadores de sibila, erraba una gran melancolía, como el intenso cansancio nómada y la añoranza de tanto mundo como vieran.

Peinetas y zarcillos, pañuelos abigarrados y sayas rameadas, eran su joyante indumento, cayendo sobre las piernas ágiles, dominadoras del secreto de ritmo en los bailes que marcaba en las plazuelas públicas, acompañada del rubio panderero y de las repiqueteadoras castañuelas.

Aquel amorío con la gitana no podía ser sino puente del diablo por donde vinieran los malos sucesos, según vería el que leyere.

He aquí que en cierta ocasión hubo de recibir recado de la moza, citándole al filo de la media noche, hora propicia para no ser vista por ojos de los de su tribu, que, como todos sabéis, no perdonan la falsía de amor con galán que no sea de su cofradía.

Fuese allá, el caballero, al lugar acordado, que era en los jardinillos que rodeaban la puerta de la Vega, junto a la puente de Segovia, que veíase no muy lejos, al claror plateado de la luna.

Acomodóse lo mejor que pudo para la espera; halagábase el corazón la tibieza de la noche, el cielo diáfano, como un mar de ensueño y el disco lunario, cual una nao de marfil en ruta a las riberas del infinito.

De su corazón de libertino, ascendía ante el hechizo nocturnal una onda de melancolía sedante y purificadora. Volvió los ojos al pasado y fué evocando una por una las dulces víctimas de amor, de las que él había sido galante victimario.

¡Laura, Inés, Rosa, Violante! ¡Bellas sombras, burladas, guirnalda de flores mustias, cuyo recuerdo se desvanecía en la memoria, como una antigua música de besos, como un verso lejano del que apenas recordamos el ritmo!

Muy en lontananza sonó la media noche, tal vez en el reloj de San Pedro el viejo, cuya campana dicese que era muy eficaz para traer la lluvia y para espanto de los demonios.

Pero muy buenos camaradas del caballero guardia debían de ser estos rojos y cornudos señores, por que a pesar de la campana conjurante, no se le salían del ánima en forma de malas ideas de liviandad.

Al recuerdo de las seducidas, solo tuvo como remate una cínica sonrisa errante bajo el apuesto mostacho conquistador. Y como la gitanilla se retrasara, impacientábase don Alfonso, y su boca profana hubo de proferir un juramento, tal vez de muy buen tono en el patinillo

de su cuartel.

Cuando tornó la faz, vió con asombro que del horizonte se alzaba una gran niebla sulfúrea, que en jirones espectrales se le aproximaba como un traslúcido gigante.

No creía don Alfonso ni en Dios ni en el diablo, ni menos en apariciones. Así, magüer el lance maravilloso, se recobró muy presto y desenvainando su espada, esperó sonriente el remate de aquella extraña aventura.

AMOR QUE PASA

Por

Manuel Abril

... Me daba la impresión de un dulce hogar. . .

Pasó con él, me miró a mí,
Si es que el amor es entrever
toda la dicha en otro ser,
amor sentí.

Me miró a mí yendo con él.
Mirada rápida al pasar.
Tuve una angustia . . . Me paré.
... Siempre me daba la impresión de un dulce hogar.

¿Por qué me miró? ¿Por qué la vi?
Si para mí nunca has de ser,
si eres ensueño que te vas,
¿por qué te vi, dulce mujer? . . .
... Fué antiguo amor que me encontré,
que apenas casi conocí,
que casi amé.

Yo aquello en nada lo tenía,
y cuando un día lo perdí,
sin explicármelo, lloré
lo que perdía.

¿Por qué la amé
sin sospecharlo? Yo no sé.
Todo fué así, sin saber cómo ni por qué
probablemente porque sí.

Quieto quedé, lejos la vi . . .
Llevo en el alma una oración,
llevo el dolor de un bienestar
que ya perdí,
de un gran calor de bien, de paz,
que no han de serlo para mí.
Tristes, mis ojos miran lejos
el esplendor crepuscular . . .
Cierro mi alma . . . Sueño a solas . . .
... "Daba impresión de un dulce hogar" . . .

(De su libro de poesías "Hacia la luz lejana")

Al mismo tiempo todos los campanarios de Madrid comenzaron a tañer las doce campanadas de la media noche, y al terminar volvían otra vez con su carillón extraordinario, formando una melodía vagarosa y alucinante.

Se sentó, poseído de una absurda conturbación, como si le huyera el alma. El viento, al pasar por las enramadas del jardinillo, alzaba un clamor luengo y estremecido como trémolos de una orquesta de fantásticos violines, y las copas de los árboles gemían como ánimas en pena. Se sentía envuelto en un gran resplandor azulenco que le desvanecía, cual si estuviera en medio del halo fantasmal y glauco que nos muestra la luna.

Hubo un punto en que de la materia gris fueron surgiendo bellas formas, imágenes de mujeres con la carne pálida y mustia como la de los cadáveres. Todas fueron pasando ante los ojos de don Alfonso, y de sus bocas exangües surgían palabras de una extraña melancolía.

Habló la sombra de Inés; era una sombra larga con los cabellos dorados y la cara blanca de luna; iba envuelta en una túnica alba y sus ojos muertos fosforecían como la azul llamita de los fuegos fatuos.

—¿Te acuerdas de estos mis labios, don Alfonso, de mi garganta blanca como columna de marfil y de la pureza de mi frente? Mi fe era tuya y la destrozaste como a dulce paloma el gavilán.

Y se alejó plañiendo y su queja rimaba con el clamor lejano de campanas y el dulce sollozar del violín del viento.

Mas luego se llegó la sombra de Rosa: los ojos de sultana eran cual dos carbones fascinantes sobre la lividez del rostro. Y habló la sombra:

—¿Te acuerdas de estos mis ojos, don Alfonso? Tú los viste tras una reja florida de Granada, y quedaste prendido de su maravilla. Tu encendiste en mi pecho el fiero amor fanático de mis abuelas, las sultanas herméticas que vivieron en los magos jardines de la Alhambra. Yo te di la más pura rosa de mi rosál. Muchas noches te esperé llorando y tú no has vuelto nunca más. Mira, junto a mi corazón, el rojo epílogo de nuestros amores.

Y el espectro, desgarrando el cendal, mostraba una ancha herida, en cuyos bordes se coagulaba la sangre.

Después habló la sombra de Violante. Llevaba sobre la frente, de una blancura mística, casi azulada, unas tocas monjiles, como alas. Daba la sensación de una azucena tronchada ante el altar. Sus manos, idealmente finas, se cruzaban sobre su pecho, como las de las santas y las vírgenes amortajadas, y así habló la sombra de Violante:

—¡Ay, mi galán, mi galán! El de las donosuras y apostura gentil. ¿Por qué me sentí morir en tus ojos burladores? Yo era la flor del jardín ducal. Al

noble padre me casó con un noble padro. Yo me acordé de ti, pero el recuerdo no se me borró. Me robaste el alma entre las flores. ¡Ay, mi galán, mi galán!

Desapareció la cuitada con sus ojos de lágrimas. Las campanas seguían plañiendo, y las gentiles olvidadas. Después de un silencio de rosario de palabras mentidoras, y de aquellas palabras. — Eran las que en las dulces corderas inmoladas a su amor y ahora se le metían en el alma igual que en sus labios; la mano yerta dejó caer el espaldar y brilló bajo la luz estelar.

Y pasaron más sombras de mujeres, y todas le dijeron su cuita y su abandono. Después formaron un cortejo, monótono, espectral, interminable . . . A lo

se veía la vaga forma de un ataúd, en marcha, sobre los hombros de siete sombríos mancebos, siete mancebos con rojas capas, flameantes al viento: eran los siete Pecados, y tornaban su rostro al caballero y le saludaban igual que al camarada inseparable.

Más allá del puente se extendía una negra inmensidad de aguas profundas, de donde nunca ha vuelto ningún naufrago. Sobre el cortejo lucía amarilla la luna, como si fuera un cirio. Don Alfonso sintió el inmenso horror de ver una conciencia impura que se abre como una floración monstruosa.

Cuando brilló la luz indecisa del alba, unos mendicantes, que venían de Toledo, hallaron al caballero guardia sin sentido, de bruces sobre el césped. Mucho tardó en recobrarse, y largos días e interminables noches hubo de pasarse en su lecho, cautivo de un raro mal, con fiebres y delirios que agostaban su bravía naturaleza.

V

Donde se refiere un duelo, bajo el balcón de una hermosa

HUBIERON de reunirse aquella tarde algunos militares para festejar el retorno de un capitán de walonas que llegaba al solar después de luengas andanzas por tierra de Indias, cargados de oro los cofres y el magín de mil anécdotas galantes y belicosas.

Otro guardia hizo la presentación del de Echenique, y todos fueron muy holgados de su compañía.

Jugóse un rato a los naipes en buena armonía, como comportanse con la baraja las personas de buena crianza. Después, don Alvaro de Zúñiga, que así nombrábase el capitán, quiso obsequiar al concurso con ciertos licores finos que habíase traído de América y con sabrosos cigarros, para lo cual hubo de llamar a su esposa, que, como gobernadora de aquel hogar, sabía muy bien dispensar los honores.

Era la dama una belleza criolla, de ojos ardientes y pálida tez, muy matrona de busto, aunque sólo frisaba en los veinticinco años.

—¡Bella flor se ha traído de los vergeles cubanos el señor capitán!—exclamó don Alfonso galantemente.

—Cierta que es extremada la belleza de mi señora esposa, doña Angela de Cisneros, florón de una de las más nobles familias de la Isla. Y curiosa es la historia de nuestro amor, y como rara y entretenida la voy a referir a vuestras mercedes.

Una tarde, agobiado bajo aquel sol de fiebre, llegué con mi tropa a una finca campestre, donde pedí hospitalidad. Me fué concedida de buen grado por el caballero Cisneros, mi suegro actualmente, quien completó la fineza presentándome a su honorable familia. Tenía dos hijas: Angela, la mayor, y Rosalía que apenas contaba catorce abriles. Inútil es decir que quedé hechizado por la incomparable Angelita.

Pero era honesta como bella y esquivaba mis galanteos con un amable esquivamiento, que aguijoneaba más mi deseo de galantearla.

A ruegos del huésped, que me había cobrado singular afición, hube de permanecer en la quinta algunos días más con gran regocijo de mis soldados, que así gozaban de una buena mesa, de un lecho blando y de libérrimo asueto.

Entretanto, yo no adelantaba un paso en el camino de mi conquista, lo que me amostazaba grandemente. En la mesa solíamos sentarnos juntos, pero evitaba que mi mano rozase la suya, y no se dolía de mis tiernos suspiros que de mi pecho brotaban cual de una fragua por lo ardientes y sonorosos.

Cierta noche, que hallábame desasosgado e invadido por mis amorosos quebrantos, plúgome asomarme a la ventana de mi cámara que caía sobre el jardín.

Grande fué mi asombro y mayor mi gusto cuando ví que por las avenidas de árboles gigantescos paseábase la gentil figura de mi dulce dueña. Parecíame propicia la ocasión y la hora discreta para hacerle una formal declaración de la gran ternura que en mi alma había sabido encender su sin par gentileza. No es la timidez virtud de soldados en campaña; así es que al punto puse por obra mi pensamiento.

Contra lo que yo esperaba, no me acogió zahareña, y aunque no respondía a mis ardientes parlamentos, me permitió que la condujese hasta un bancal de césped, donde acabé de pintarle mi cariño, con las entonaciones más acentuadas, y postado de hinojos a sus pies, como convenía a tan rendido amador.

Con tan singular fortuna se pasó la noche, y al amanecer me retiré a mi aposento, encantado con mi buena estrella y un poco confuso por la conducta de mi amada, que en aquellas horas sólo había pronunciado algunas palabras incoherentes. Pero yo lo atribuí a sus naturales pudores de doncella.

Lo que me dejó más perplejo es que al día siguiente no parecía recordar nada de lo acaecido, y mostrábase muy sorprendida de mis alusiones discretas y de las dulces confianzas a que yo me atrevía, cosa muy natural entre dos que se entienden, aunque siempre, como supondrán vuestras mercedes, se con-

tenían en los límites de la honestidad y de la cortesanía.

A la noche siguiente hubo de acaecer la misma escena con iguales arrobos por mi parte y en la dama un idéntico mutismo, y a la luz del pleno día volvió a mostrarse sorprendida de mis libertades y de la excesiva llaneza con que la hablaba.

Renunció a contaros todas mis incertidumbres, los trances extraños y las sorpresas, hasta la gran noche en que hubo de decidirse mi suerte, haciendo cambiar de estado.

Era calurosa y constelada de dorados luceros.

Aquella flora suntuosa tenía emanaciones más penetrantes. Luengas horas había yo pasado en la adoración de mi extravagante adorada, que era de noche más piadosa con mi tormento, cuando ví que el jardín se llenaba de luces y de clamores. A poco apareció ante mí la figura del noble Cisneros, seguido de sus deudos y de sus criados, que llevaban antorchas encendidas.

—¡Acérquense, señores míos, den cuenta de ello por sus propios ojos, para que el seductor no pueda negar mañana ante la justicia!

Al fragor de tal baraúnda, doña Angela pareció volver de un sueño, y al verse en tan fuerte aprieto, a aquella hora y en lugar tan poco conveniente, cayó desmayada en mis brazos.

Yo juré y perjuré que siempre la había tratado como hidalgo, que la amaba y que sería su esposo si ella daba su aprobación.

Al oír mis razones pareció calmarse el iracundo Cisneros. Separáronme de doña Angela hasta ocho días después, que se celebraron las bodas, con todo el fausto y la riqueza propia de personas tan principales.

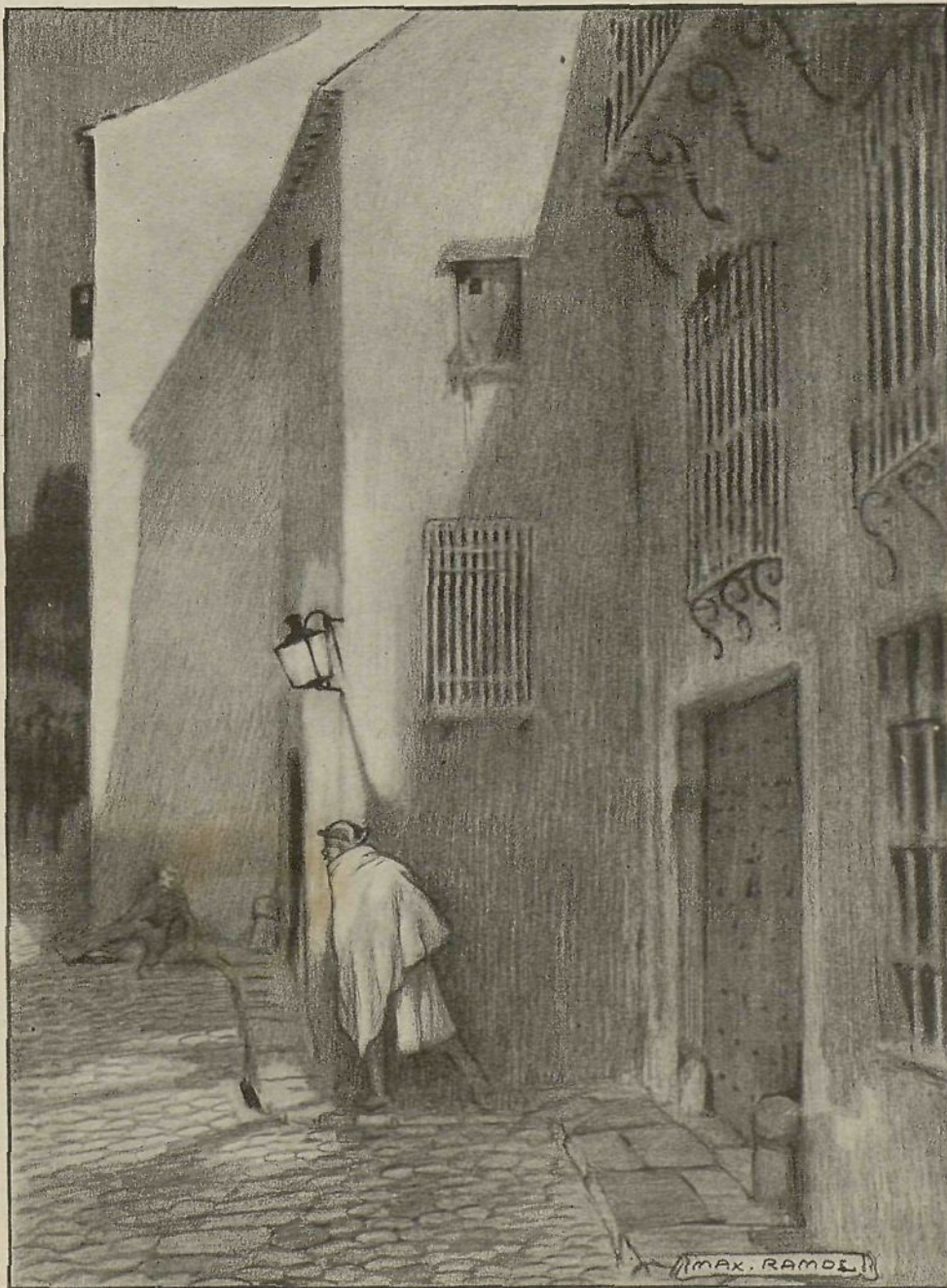
Cuando nos quedamos solos, la primera vez, después del casorio confieso que ambos estábamos muy sorprendidos y sin saber que decirnos. Afortunadamente la vida conyugal ha ido enlazando nuestras voluntades y esta es la hora en que bendigo la peregrina causa de hallarme casado con mujer de belleza tan extremada.

Al finar su relato, el capitán bebió un gran sorbo del licor y exhaló, satisfecho, una bocanada de aromático humo. Donosa parecióle la historietta al caballero guardia, que tras de breve pausa hubo de interrogar:

—¡Brava historia, por mi fe! Pero decidnos, señor don Alvaro, una cosa que resulta borrosa en vuestro relato. ¿Qué especie de capricho impulsaba a doña Angela a dejarse cortejar de noche y a negarlo después en pleno día?

—Pues ahí está lo extraordinario, amigo mío; doña Angela no se percataba de mi nocturno galanteo. Según he podido comprender más tarde, mi mujer es sonámbula.

—Y bajaba al jardín en los letargos de sonambulismo. ¡Magnífico, amigo, verdaderamente precioso! Y decidme, ¿no teméis que le vuelvan esos sueños y le dé por salir de vuestra casa en horas poco adecuadas?



Don Alfonso le contempló un momento, se embozó, recompuso el desaliño de su uniforme, y como escuchó rumor de voces que se acercaban, desapareció con rumbo a su posada, acelerando el paso para esquivar a la gente que venía, que bien pudieran ser sayones de la justicia.

—Imposible; la puerta de mi casa está siempre cerrada y la llave va conmigo, bien guardada en la faltriquera.

Como ya era noche, se despidieron los tertulios encantados con el capitán, con su fineza y con la opulenta sonámbula.

Don Alfonso caminaba meditabundo y requerido a que explicase su preocupación, exclamó con galano cinismo:

—Es que me han entrado ganas de saber si la fruta americana es tan sabrosa como dicen.

Todos rieron mucho, y al llegar al pretil de Palacio, se despidieron alegremente.

Algunas horas después, don Alfonso de Echenique, envuelto en su capa roja, con el chapeo torcido sobre el peluquín rizado, se paseaba con marcial fanfarria de espuelas por delante de la casa del capitán de Walonas.

Los cronistas no saben como se las compuso don Alfonso y debió de ser por intervención del Cornudo, su fiel aliado, para catequizar a un fámulo o a una dueña que llevase a su señora un perfumado billete, arrequivado de calurosos ditirambos a su hermosura.

Es el lance, que en un momento que la luna se cubrió de celajes, tras de avizorar bien todos los rincones, don Alfonso se terció la capa, y con ligereza y habilidad se asió de los hierros del balcón, puso el pié en la reja que había debajo y trepó hasta el primer piso, a tiempo que crujía la vidriera y aparecía el perfil celestinesco de la doncellona sobornada.

Todo marchaba de perlas; pero he aquí que cuando se iba a coronar felizmente la aventura, sonaron bizarras pisadas y ruido de armas, y apareció en la esquina un caballero embozado. Mostróse muy sorprendido, y al bajar airado el embozo, don Alfonso pudo conocer a don Alvaro de Zúñiga, el capitán de Walonas.

—¡Eh, qué hace allí el bellaco, el ladronzuelo, encaramado al balcón de mi aposento!

Don Alfonso le saludó con una cómica reverencia:

—Como ya me advertió vuestra merced que llevaba encima la llave de la puerta, no he hallado otro recurso que entrar por el balcón.

—¿Y que diablitos busca vuestra merced en mi casa?

—¡Pardiez que no os creyera tan simple para demandar tal cosa, teniendo mujer garrida y viendo a un hombre saltar el balcón de su aposento!

Púsose rojo el capitán al oír tan cínica respuesta: descendió el de Echenique; hubo en la casa sustos y cerrar de puertas, mientras en la calle los dos rivales caían en guardia y cruzaban los relucientes aceros toledanos. Larga fué y empeñada la contienda; don Alvaro era diestro en esgrima y varias veces la punta de su espada rozó el pecho de su contrario; pero éste, siempre sonriente y fanfarrón, paraba hábil los golpes, y lanzaba estocadas rápidas e improvisadas. En una recta que don Alvaro fué tardo en parar, el espadín del guardia se le entró un palmo por bajo del corazón.

El capitán, soltó su espada, abrió los brazos y cayó de bruces para no levantarse más.

Don Alfonso le contempló un momento, se embozó, recompuso el desaliño de su uniforme, y como escuchó rumor de voces que se acercaban, desapareció con rumbo a su posada, acelerando el paso para esquivar a la gente que venía, que bien pudieran ser sayones de la justicia.

Pocos momentos después, se oyó una fatídica voz que cantaba con acentos de miserere:

Hombre que pecando estás,
en este momento, advierte,
no te sorprenda la muerte.

Sonaron unas campanillas y pasó una procesión de faroles. Era la piadosa ronda del Pecado mortal, que recorría las calles en busca de doncellas desvalidas o de criaturas pecadoras, descarriadas en zahurdas de delito y mansiones de liviandad.

VI

Donde se vuelve a encontrar a la dama maravillosa

UNA noche, al filo de la una, tornábase Don Alfonso a su hostal, algo mohino de sus correrías nocturnas, por no haber hallado al paso dama de condición ni moza de partido con quien galantear...

Era su fiebre de amor un suplicio constante, porque nunca hallaba saciada la inmensa sed que le consumía. Voltejava de una en otra aventura, y todas le cansaban. De entre tantos nombres de mujer, no conservaba un solo recuerdo de pureza y de ternura.

Además, su vida marchaba en aquellos últimos tiempos como bajo una influencia sobrenatural. Había pasado las primeras horas de la noche con Lucerito de Triana, y aunque más por divertimento que por fe en sus trapacerías, habíale entregado la mano a la gitanilla auribronceada, para que en sus rayas leyera los sucesos del porvenir.

Muchas y muy extraordinarias cosas predijole la sibila; pero lo que más hubo de maravillarle fué el anuncio de un inmediato cambio de estado y como su vida habría de enderezarse hacia la virtud por la intervención de una gentilísima diablesa. Le extrañó aquella especie

de paradoja, riendo del lance, se despidió de la gallardísima Lucerito de Triana.

Devanando iba la madeja de su lucubración el caballero guardia, en dirección a su hostel, por la vieja calle del Sacramento, llena de palacios prósperos y de casas infanzonas.

En la lejanía, sobre la negrura del lugar, vió el de Echenique que se abría un marco luminoso. Era el tal el balcón de una humilde morada, y una gallarda figura de mujer, de pechos sobre el barandal, parecía desvelada por la dulce espera del esposo ausente o tal vez sólo para gozar de la tibia noche de Abril, llena de perfumes de acacias, suave, y de brisa cantora, bajo la luna de idilio.

Al acercarse, vió con asombro que el balcón iluminado, pertenecía a la casa misteriosa que siempre le había inquietado, a la mansión habitada antaño por las dos nobles y vetustas doncellas a quienes una noche devoraron unos gatos voraces y asesinos; mansión rodeada de una leyenda de maleficio, y abandonada desde hacía varios lustros.

Don Alfonso de Echenique hubo de detener su paso vagabundo, encantado por la belleza peregrina de la dama del balcón.

—Muy feliz fuera yo, gentil señora, de ser el esperado en hora tan tardía, y poder admirar de cerca tan bella arquitectura de gracia como plugo al Creador tallar en vuestra persona.

—Galante es el caballero guardia, don Alfonso de Echenique; que, según dice el vulgo, no es sino el diablo mismo bajo el apuesto uniforme.

Iba a replicar don Alfonso cuando vió con asombro que sobre sus ojos brillaban las pupilas cambiantes de la extraña dama que en la Basílica de Atocha y en los sotillos de la Florida habíasele desaparecido de un modo tan inquietante. Y su sorpresa fué mayor al oír la suave melodía de su acento y saber que le conocía ella, que siempre se mostró zahareña y desoyó su rendido galantear. Estaba el caballero maravillado de ver cuan propicia le era aquella noche la fortuna, y fué, por tanto, mayor su interés en dar feliz remate a tan prodigiosa aventura.

Sabroso fué el platicar y fuertes las razones de Echenique, cuando en breve espacio sonó sobre el empedrado de la rúa el tintineo metálico de una llave al caer.

La escalera era estrechuca y recta, y al cabo estaba una puerta vieja y claveteada con su aldabón de bronce antiguo. Pero las cámaras interiores, lujosas y holgadas hacían contraste con la pobreza exterior. En el salón principal filigranados tapices tunecinos cubrían los muros; las doradas cornucopias mostraban sus tres láminas relucientes, y sobre el viejo clavicordio se quemaban aromáticas bujías, y al andar se hundían los pies igual que sobre sedas guateadas.

Pero lo que colmó el asombro del guardia del Corps fué ver en medio de la estancia una mesa de lienzos adamascados y brillante vajilla y cristalería.

La hermosa mujer le invitó a sentarse y dijo con una sonrisa encantadora y enigmática:

—Os aguardaba, caballero guardia.

El yantar fué selecto, de ricas viandas y de esos exquisitos vinos que hacen correr la sangre por las venas con ritmos juveniles y son consejeros de audacias y de bellas locuras.

La dama, que era en extremo ingeniosa, respondía cumplidamente, al dialogar de Echenique, trezado de madrigales y de insinuaciones galantes, que eran igual que sabrosas y buidas picardías.

—¡De suerte que me creáis un ser sobrenatural!

—Y aun lo sigo creyendo, señora mía, que si bien veo que no sois de nube, sobrenatural paréceme tanta belleza.

—Vaya, dejao de lisonjas, que beldades más ponderadas tendréis en vuestra lista de conquistador—y miraba de un modo penetrante, con el encanto magnético de su mirada verde, que se transfiguraba luego en un lago de acero o en un cándido azul de un rompimiento de gloria.

—Creedme, señora, que aunque he derrochado el caudal de mi juventud en gajes de amor, ninguna mujer ha dejado en mí alma un rastro sentimental. Romanza sin palabras, el sabor de un halago, la música del viento, forman el índice de mi breviario de amor. Humo tan solo como veis, solo castillos de humo.

Y tras de una pausa honda, iluminada por la mirada verde y venenosa de la desconocida, prosiguió:

—En vos no sé que he hallado que fascina, que atrae, que me desvanece. Sois como una gran claridad, y al par como un abismo; vuestra voz es angelical y a veces me conturba con el canto falaz de las sirenas. Tenéis algo demoníaco y divino a la vez, señora mía.

La dama sonreía siempre, con su boca cruel y vampíresa. —Además, sois la sola mujer que no he enloquecido de amor bajo mis mostachos conquistadores.

—Y tenéis mal herida la vanidad...

El resto de la velada transcurrió del modo más lisonjero. La bella sentóse al clavicordio; sus manos largas y cerúleas sabían la magia de la melodía. Y evocaban una sonatina que nunca había oído el caballero; las aromáticas bujías daban un perfume como de incienso. El resplandor de las arañas moría lentamente y el espíritu del de Echenique languidecía con la agonía de la luz.

Fuera cantaba la noche de primavera la canción de los lirios, de la flor de acacia y el éxtasis de la luna en las viejas fontanas de los jardines.

Seguía la música. La estancia estaba en suave penumbra y al fulgor estelar solo se veían las manos de la pianista, volando sobre el teclado como dos palomas químéricas y la larga y gallarda figura de la dama, toda ello translúcida y plateada cual si tuviera una luz interior; don Alfonso dormía bajo el hechizo de las pupilas verdes y magnéticas.

La Revelación

LA LUZ del sol entrábase a raudales por las ventanas, cuando don Alfonso se despertó bruscamente. La dama, aun más bella en el desaliño matinal, le requería con palabras mimosas e imperativas:

—Despertáos, mi señor, que ya han sonado las ocho campanadas en la torre de Santa María.

A aquella hora debía entrar de servicio en el zaguante que custodiaba las reales personas de don Carlos y doña María Luisa, la caprichosa, y así el caballero se apresuró a vestir su lucido uniforme; se ajustó las solapas del casaquín, calzóse las polainas y los guantes de hilo, se aderezó la peluca rizada y alisó la pechera de filigranados encajes.

Después se tocó con su chapeo apuntado de candel y besando la mano blanca y enjoyada de la hermosa, salió de la casa menos apuesto, con la faz amarilla y no con tan gentiles fanfarrias como la noche anterior. Tal vez alguna vieja madrugadora exclamó al ver la mohina traza del caballero:

—Poco cristiano empleo da a sus noches el caballero guardia, que lleva la color de un desenterrado.

Apenas hubo llegado al pretil de Palacio, Echenique se detuvo dando muestras de gran azoramiento.

—¡Pardiez! He dejado olvidado el espadín en un rincón de la cámara.

Y volvió a desandar el camino con agrio gesto de mal humor. El portal estaba cerrado y el galán descargó dos recios aldabonazos.

Pasó un largo espacio sin que obtuviera respuesta su llamamiento. Echenique que no podía contener la impaciencia, se asió de la aldaba y dió tan rotundos golpes y se armó tal estruendo, que salieron las comadres a sus puertas y ladraron todos los canes del arrabal.

Al cabo se abrió un ventanuco redondo que había junto a la puerta, y asomó el grotesco perfil del portero, un honrado y calvo remendón, con las gafas caladas y un tirapié en la mano.

—¡Abra presto, buen hombre, que estoy de prisa!

El guardián hizo una mueca de asombro.

—¿Y adonde bueno quiere entrar su merced?



Muy feliz fuera yo, gentil señora, de ser el esperado en hora tan tardía, y poder admirar de cerca tan bella arquitectura de gracia como plugo al Creador tallar en vuestra persona

—¿Se os da mucho de ello?—respondió con altivez Echenique.—Necesito recuperar una prenda de gran estima.

—Pues buscadla norabuena en otra parte, porque aquí no hallaréis sino aposentos vacíos y acervos de mechinales. ¿No sabéis que esta casa está endemoniada?—repuso riendo el remendón.

—¿Aposentos vacíos? ¡Y no parece sino un palacio amueblado por las hadas!

—¡Por las hadas! ¡Je, je! El caballero guardia ha bebido de largo esta noche y el licor le hace ver maravillas.

—¡Vaya, abrid al punto! ¡He dormido esta noche en casa de la dama que vive arriba, y se me ha olvidado el espadín!

A poco sonaron los goznes de la herrumbrosa puerta, con un ruido idéntico al de la noche anterior.

—Puesto que insistís, caballero... Pero, os digo que esta casa está deshabitada desde hace veinte años.

El caballero, receloso, echó por la escalera recta y pina. Se abrió la puerta del aldabón antiguo, entróse por ella con gran prisa, llegó al salón y se quedó inmóvil de asombro.

La cámara era la misma de donde él había salido mo-

mentos antes, el mismo balcón al frente y la alcoba en el otro costado.

Pero los filigranados tapices, las doradas cornucopias, la mesa adamascada del festín, todo había desaparecido y el suelo y las paredes conservaban el polvo de muchos lustros y sobre el maderamen del balcón, las arañas tejían sus espesas urdimbres grises.

Penetró en la otra estancia. Era la misma y estaba en idéntica soledad y abandono de las otras estancias.

—¿Habré yo sido víctima de una alucinación?—decía temblando el caballero galante y burlador.

Y quinta esenciando sus recuerdos, creyó aspirar en el vacío aposento el perfume ideal y penetrante de la bella y química mujer con quien había platicado sabrosamente la noche anterior.

De pronto lanzó un grito de asombro y de supremo terror. En un rincón de la estancia solitaria reposaba un espadín, bruñido y coquetón, con su banderola blanca y roja.

En aquel mismo punto don Alfonso de Echenique, que sintió en su ánimo un luminoso aviso celeste, hizo dejación de las vanidades del mundo y tomó nuevo estado entre los humildes y píos hermanos de la Orden que fundara nuestro padre San Francisco.

Como recuerdo de su milagrosa conversión hizo ofrenda del espadín a un Santo Cristo que se veneraba en la capilla de nuestra Señora de la Novena, patrona de juglares y faranduleros, en esta villa y corte madrileña donde el Señor fué servido de realizar tal maravilla.

LA LEYENDA DE LA BELLEZA

Por

Manuel A. Acuña

ES una leyenda muy remota, tanto que su origen se pierde en la lejanía de los siglos. Pasó en aquellos tiempos de encantamiento en que las Hadas, las frágiles Hadas cuyos vestidos tejían las arañas entre los troncos de los rosales, descendían hasta el Mundo...

Como ayer, como hoy y como siempre, la mujer reinaba sobre todo; la mujer, que con las solas armas de su debilidad y su hermosura, lograba vencer dominadora.

Un día, el Hada Blanca, la que presidía el nacimiento de todas las niñas, dándolas dones con que triunfar de los hombres al convertirse en mujeres, amaneció disgustada; sus protegidas eran bellas, bellísimas, pero todas tan semejantes entre sí que su hermosura era como una continuación infinita, algo así como las aguas del mar siempre monótonamente magníficas.

Y abandonando el Hada Blanca la estrella donde tenía su palacio de diamante, bajó hasta la tierra y tomó forma humana. Y al influjo mágico de su varilla, se reunieron mujeres de todas las partes del mundo. Y el Hada Blanca habló así:

—Hijas mías, quiero aumentar aun más los dones que al nacer os he dado; quiero que cada una de vosotras tenga condiciones tan distintas a las demás, que aquel hombre que por su espíritu fuerte o por otra causa cualquiera permanezca impasible ante una de mis ahijadas, termine al fin cayendo de rodillas ante la que para él sea el ideal soñado.

Y el Hada Blanca fué tocando con la varilla encantada a sus protegidas, dando a las inglesas, cabellos de seda dorada y un transparente cutis de rosa y nieve; a las alemanas, arrogancias de diosas y ojos de dulce mirada sentimental; a las francesas un encanto frívolo y perverso, atrayente como un imán. Las italianas, fueron dotadas de ojos negros, sombríos como abismos, y de un brillo de azabache. Las holandesas, de pupilas azules cual los miosotis o las turquesas. Las rusas, de estatuaría gallardía y un mirar acerado bajo las pestañas sombrías.

Dotó también a las japonesas de palideces marfileñas y cabellera de ébano, pies de almendra y manos como nardos en flor. A las hijas de América, dióles una divina carne, doradamente trigüeña, y rojizas trenzas de cobre fundido. A las circasianas, ojos de color de esmeraldas. A las austriacas, bucles como espigas de trigo... Y así siguió distribuyendo el Hada todos los dones, hasta concluir su provisión.

Entonces únicamente, se atrevió a hablar una española, que con las demás aguardaba el reparto mágico:

—¡Madrina, no os acordasteis de mí y no me tocó vuestra varilla!

—¡Verdad, mas ya agoté cuanto podía repartiros! Solo puede arreglarse de esta manera; te darán tus hermanas un poco de lo que a ellas tan abundantemente concedí y así tú, que por mí fuistes olvidada, tendrás sobre ellas privilegio y serás la más bella...

Y ahora tened todas en cuenta que habéis de poner de vuestra parte los medios para no perder las siguientes condiciones, si queréis aspirar al nombre de Princesa de la hermosura.

Juventud. Estatura regular, mas bien alta que pequeña. Ni muy delgada ni muy gruesa. Simétrica y bien proporcionada en todas las formas. Cabellos abundantes, espesos y largos. Piel delicada y fina. Blancura algo sonrosada. Frente despejada: sienes tersas, en ningún modo hundidas. Cejas estrechas y arqueadas: ojos claros, grandes y rasgados, y de mirada dulce y suave. Nariz fina y correcta. Mejillas redondeadas, con oyuelos, deliciosos nidos de besos, como les llaman los poetas. Sonrisa graciosa. Labios rojos y húmedos, mas bien gruesos que delgados: boca pequeña: dientes blanquísimos y bien alineados. Barbilla carnosa, con su correspondiente oyuelo en el centro. Orejas sonrosadas y pequeñas. Cuello que dé envidia a los cisnes. Seno de alabastro. Mano de nieve y dedos afilados en sus extremos: uñas de nácar, ovaladas y con irisaciones de perla. Aliento perfumado. Voz agradable. Ademanos de adorable soltura. Talle simbreante. Andar garboso, como dicen en Andalucía. Pies diminutos y altos de puentes. Piernas torneadas.

Apuntes de Viajes

Las Travesuras de un Calvo

POR ALMA ROTEÑA

Ilustraciones de F. M. Gonzalez



WALDO despertó por última vez en el pueblo grande, cuando apenas comenzaban a moverse los gnomos yanquis, que la electricidad desparra por aquellas torres de Babel, con caretas de jaulas de leones; cuando apenas comenzaron a rechinar los atolondrados trenes elevados, en su vertiginosa carrera por llegar a la Battery Place, a dar la bienvenida al inmenso dólar del Universo. Una hora después se encontraba en la estación terminal, contemplando la estatua de la Libertad, que se le ofrecía al frente, con su brazo antorcherero hacia el cielo, en dirección al insondable océano, como queriendo indicar que solo en aquellas dos grandiosidades radica su simbolismo.

Tornando la vista a la izquierda ofreciósele la gloriosa insignia de la patria, ondeando altanera en los altos mástiles del Manuel Calvo, y hacia allá encaminó sus presurosos pasos, en sus ansias de ponerse bajo su amparo lo antes posible.

Acabábase de arrastrar la última caja de mercancías y empezaba el laberinto de las carretillas con baules y maletas, el de coches y automóviles con pasajeros: al estridente chirrido de las grúas se había sucedido el aristocrático de las bocinas, al descompuesto chillar de los cargadores las melodiosas voces del elemento femenino, a las imprecaciones de los capataces las tiernas despedidas.

Suena al cabo la sirena y se levantan los puentes, se aflojan las amarras, se impone un momento de silencio sepulcral, silencio del alma que solo el alma interpreta, y avanza el Calvo hasta en medio del río, a impulso de los remolcadores, donde se siente libre y empieza a mover sus alas.

Empujándose sobre la barandilla del barco está el pasaje, sin perder de vista las disminuyentes figuras del muelle; más diminutas cuanto más grandiosa es la vista de la ciudad, cuyas calles y edificios se ofrecen cual inmenso cañaveral, entre cuyos intersticios van sucediéndose verdos de árboles y azuleces del horizonte.

Sigue avanzando el Calvo por la bahía hacia el estrecho canal que pretende cerrarle el paso con el oro derramado en las potentes baterías de ambas orillas, pero no sólo vence aquella última tentativa del coloso, sino que arroja a su representante, al que co-harta la absoluta libertad española, al práctico, y el buque sale al mar, guiado por experta mano y con la confianza puesta en Dios y en el capitán; en dos españoles, como si dijéramos.

Es el momento de conocer a los compañeros de viaje, empezando por la curiosidad que despierta el de camarote, con quien habremos de convivir durante toda la travesía. Dejemos hablar a nuestro amigo Waldo de aquél que le tocó en suerte y de la travesura del Calvo.

Era un hombre de colosales dimensiones, tantas que bien pudiera ocupar la presidencia perpetua de los gordos, por sus ciento veinte kilos de peso, según propia declaración. Por el camarote había desparra un sin número de bultos, con libros y papeles, propios de un ilustre bohemio, amante discípulo de Horacio, cuyo libro tenía sobre la almohada, presidiendo aquel cónclave de silenciosos y escogidos intelectuales. Por supuesto, no tenía ni un pelo... de tonto, era muy amigo de las chirigotas cultas e ingeniosas, que manejaba a maravillas, y de su cara desprendíanse sonrisas y simpatías.

Los primeros días se pasaron algo atolondrados; efectos del viaje y de la vida a bordo; pero tan luego empezó a mostrarse la condición humana de "molestar al que no te molesta" se impuso nuestra intimidad y constituimos un verdadero catipunán para

defendernos de los amigos de sandeces, de los sabios de profesión, de los nobles improvisados y de los valientes oscurecidos, entre los que se distinguían la señora Aspasia, el señor Epaminondas, algún que otro Crespo, varios Cicerones y muchos Sénecas: así clasificados por mi erudito compañero.

Y he aquí del caso: la calvicie del Manolito que nos conducía, representando sus años de desvelos por el comercio español, representaba también el peso de una carga insorportable, no tanto por la del fondo de sus bodegas como por las majaderías del numeroso pasaje que llevaba trasportado en su paciente vida. Al juzgar por el nuestro, vino a mi memoria un catedrático de geografía que, a las sandeces de sus alumnos, replicaba con tono solemne y compungido: "Lastima de pan blanco"

¡Pobre Calvo! ¡Que malas horas pasó en los días que duró su travesura por el océano! Travesura, sí, pues a su edad, metido en aquellos trotes, no podía llamársele travesía. Esta era lenta, muy lenta y aburrida, desesperante: hasta la calma chicha del viento parecía estar de acuerdo con las chocheas del Manolito. Ni el cielo quiso ofrecernos las primicias de sus esplendores vespertinos, y estuvo sucio y enmarañado, quejumbroso en silencio, hasta cerca de España.

LA señora Aspasia era la única que gozaba en el barco los privilegios de interrumpir al apartado grupo que formábamos los dos únicos lectores del pasaje; su cualidad femenil la escudaba de impropiedades, no así de galantes excusas, de cuando en cuando.

Con ninguna variante trascurrieron los primeros ocho días, y sin esperanzas de mejorar. Y así nos levantamos al noveno, molidos y maltrechos de aquella batalla acuática, más espeluznante que la famosa quijotesca con los ejércitos de borregos, cuando ¡cosa inusitada! se movían los marineros con animación, arrastrando cuerdas y maromas, que interceptaban el paso por la cubierta, siguiendo las voces de los capataces, únicas que interrumpían el sonoro chu-chu del agua al batir los lados de la proa.

—¿Qué pasa? preguntamos al primer oficial que se presentó manos a boca.

—Un buque italiano ardiendo en medio del mar; nos pidió auxilio esta madrugada, a eso de las dos, y desde entonces no hemos dejado de caminar hacia él; ya estamos cerca, unas dos horas de distancia, o sean, veinte millas.

—¿Pero es qué caminamos a toda máquina? preguntó mi ilustre amigo con cierto aire irónico y cuchuflero.

—¿Cómo no? El Calvo corre que se las pela cuando llega la ocasión, mucho más cuando esta ocasión...

—Ni una palabra más; muchas gracias.

Habían salido a relucir los grandes cestos de mimbre, recubiertos de lienzo embreado, que sirven para recoger naufragos de en medio del mar, y los cabos y lanza cabos: eso sí, como preparado sí que lo estaba el Calvo, para toda emergencia que no fuese la de salvarse por pies.

En esas reflexiones nos encontrábamos cuando se nos acercó el Marconi con la compungida cara del que se encuentra en un grave aprieto y no sabe salir de él; en sus manos traía un aerograma redactado en inglés y el pobre muchacho no sabía traducirlo. Nosotros dos éramos los únicos que podían sacarle del conflicto y lo hicimos con gusto, por la doble satisfacción de prestar un señalado servicio y saciar nuestra curiosidad marinera. Algo interior nos decía que aquello estaba enlazado con el terrible accidente del buque ardiendo.

En efecto, era dando las gracias al Calvo por haber respondido a las primeras de cambio, pero diciendo que ya no hacía falta alguna, por haberse acercado un buque francés que lo estaba remolcando a las islas Terciarias. Y eso que el pelón sudó la gota gorda aquella noche y echó los bofes apretando a los pedales para llegar a tiempo.

Las proximidades a tierra fué lo único que le hizo recobrar algunas fuerzas; fuerzas que transmitió a los pasajeros, quienes empezaron a moverse nerviosos, aguzando el ingenio para celebrar la buena suerte del viaje. Los semblantes parecían iluminados con las mismas radieces del brillante cielo andaluz, que empezaba a ofrecérenos; hasta la mar, semeando un lago de esmeraldas, influía en sus cerebros y arrancábales vaivenes de inspiración, más tarde convertidos en detalles de una magna velada lírico-artística-musical-literaria a celebrarse la noche del domingo, víspera del desembarco.

¡Quién lo creyera! Presenciamos infinitos rasgos de ingenio, incluso el comprometer a mi compañero de camarote a pronunciar un valiente discurso de alabanzas al Calvo, con el que se abrió la velada. Y si no fuera por modestia, me atrevería a decir que mi improvisación sobre "La Caridad Cristiana" cerró la velada, para dar lugar a que se abriesen los bolsillos en favor de la Sociedad Benéfica Protectora de Naufragos.

NOCHE gloriosa para el pobre Calvo, como quizá no tuvo otra, empapada, a la postre, con vívidas espumas de muchas botellas de Champagne, regalo del simpatiquísimo capitán.

Y vino el nuevo día a coronar los triunfos de la víspera con rayos de entusiasmo, que hicieron olvidar las pasadas nostalgias y aburrimientos. Rota, la invicta villa paraisiana, el trocito que aun queda de la Atlántida, donde Neptuno erigió su trono terrenal y donde los ángeles erigieron el de María Santísima, estaba ante nosotros resplandeciente, con sus purísimas blancuras, entre lujuriosos verdos. Y luego Cádiz, la tacita de plata, brindándonos el cariño de su alma grande y generosa con la voz de toda una raza, de la noble y privilegiada raza hispana que se extiende desde Covadonga hasta los Andes; la heroica e invicta Cádiz, donde no hay gnomos, como en el pueblo grande de allende los mares, pero donde hay huries como no las hay entre las torres de Babel con caretas de jaula de leones.

Ya era hora, pues el pobre Calvo echaba humo hasta por el cogote y sudaba la gota gorda para presentarse, digno de su travesura, ante los asombrados ojos de su fuerte, ágil y amante hijo; el mismo que le salió al encuentro, próximo a la bahía, para evitarle la última mofa peceril; así como también para prevenir a su anciano padre contra cualquier otra travesura por el atlántico.

Sí, el valiente lanchón automóvil avanzaba hacia nosotros con la rapidez del mozo ágil, fuerte y confiado, destellando chispazos eléctricos de ansiedad, que parecían clamores de bienvenida por mucho tiempo deseada. Hasta quise ver en el cielo brillante gaditano los rasgos iniciales de una letra que señala el WELCOME de los ingleses. Y llegó hasta nosotros para guiarnos primero, para conducirnos después, como del brazo o de la mano, hasta el amparoso muelle, donde fuertes amarras impedían un nuevo atrevimiento.

Sólo el que haya atravesado el atlántico puede apreciar la alegría que nos invade al saltar a tierra, al revertirnos a la patria, más querida cuanto más tiempo hemos pasado lejos de ella; máxime cuando, después de todo, el Calvo que nos condujo no pudo haber tratado mejor a su pasaje en su lenta travesura.

Dios se lo premie.



Viñeta de uno de los programas para la velada del Manuel Calvo, Set. 1915

UN DRAMA ENTRE NIEVES

Por
FELIPE DE MORA

Ilustraciones de González Gamarra

SEGISMUNDO RASTRILLO era de cara enjuta y alargada, cabello rojo, y ojos azules pálidos, con cambiantes opacos que radiaban crueldad; alto de cuerpo, delgado, y flexible como un gato. Pertenecía a la real guarda del Canadá, donde siempre se había distinguido persiguiendo y capturando los prófugos que se escapaban a las montañas del Norte. Diez años en esa caza de hombres le habían hecho adquirir muchas de las características del zorro. Estaba ya para retirarse cuando le encargaron la última cacería, cerca del círculo ártico, que le llevó poco menos de cinco meses de afanosas persecuciones, comenzadas a mediados de verano y rematadas en lo más cruel del invierno. Guillermo Lorin le había hecho trabajar duro antes de dejarse coger, pero constituía su mayor gloria y confiaba en la gran recompensa de sus jefes y una inmejorable nota en su hoja de servicios.

En la tosca cabaña, construida sobre el laberíntico pantano, para que nadie la sospechara, estaban sentados frente a frente, en rústicos bancos de madera, al amor de la lumbre. Guillermo era más joven que Rastrillo, no parecía tener más de treinta años de edad; de barba rubia; de ojos azules, que se distinguían de los del guarda en la brillantez clara que convida a la confianza y atrae toda simpatía. No parecía un criminal; algo atrayente se dibujaba en su cara, demacrada por las privaciones: era uno de esos hombres que agrada al primer golpe de vista. Incluso Rastrillo, con su corazón de pedernal ante los reos, se había compadecido de él, un poco, no más que un poco.

—¡Qué horrenda noche! Escucha la furia del viento; esto significa tres días de tempestad; tú lo sabes, ¿verdad, Guillermo?

De cuando en cuando azotaba, a la endeble cobertura de la cabaña, una terrible ráfaga de aire y nieve, con ese rugido fantástico que convierte a la noche en espantosa visión de un sueño cruel. Contra el único cristalillo del pequeño ventanuco se estrellaban los copos de nieve con furia incomparable.

Dentro de la cabaña no estaban tan mal, con la estufa de hierro hecha un ascua. Del techo pendía una lámpara de petróleo, de mortecina luz, que Guillermo escudaba le diese en la cara.

—Me gusta la tempestad; dijo éste,—cuando estamos como ahora, junto a la estufa. —Y sonrió con algo de ironía que, aun así, resultaba agradable.

RASTRILLO le miró antes de contestar:—Algo hay de eso, sobre todo ahora que te proporciona tres días más de vida.

—¿Por qué me recuerda usted eso?: me tiene en su poder y bien sé lo que me espera,—decía el prisionero con acento amargo, revelador de las emociones que despertaba en su alma.

—Estamos solos y bien apartados del mundo; no le increpo por haberme cogido; nada tengo contra usted; lo único que le pido es que no me recuerde nada triste: hablemos de cosas agradables, que las desagradables vendrán sin llamarlas; hablemos de nuestras casas, de nuestras familias. ¿Tiene usted hijos?

Rastrillo movió la cabeza y se quitó la pipa de la boca. —Nunca me casé, dijo con tono seco y breve.

—¡No se casó! ¡No sabe usted lo que ha perdido! Pero, vamos, eso no me importa. ¿Tendrá usted una casa, un hogar?

Volvió Rastrillo a mover la cabeza antes de desplegar los labios.

—Llevo diez años en el servicio, durante los cuales no he visto ni sé de mi madre y hermana, únicos que componen mi familia.

Guillermo le miraba con fijeza, estudiando aquel carácter huraño, que las circunstancias le habían arrancado todo sentimiento, mientras se levantaba despacio del tosco banco y, alzando sus desposadas manos hasta la lámpara, amenguó la luz, bajo excusa de molestarle en los ojos. Y



rió de todas veras al ver la mirada de recelo de su perseguidor.

—Hace ya más de tres meses que no hablo con ningún hombre blanco. ¡Estaba perseguido tan de cerca! Y me hubiera escapado, créalo usted, si hubiese tenido reunidas las pieles precisas para irme a la América del Sur, como planeé, en donde mi mujer y mi hijo se reunirían conmigo.

Su voz decayó mucho; apenas se le oía, y tosió para aclarársela.

—¿No le importará que hable de mi mujer y mi hijo, verdad? Si no lo hiciera reventaría, sobre todo esta noche tan próxima a su cumpleaños: mañana a las diez cumplirá los veinticuatro.... y mañana, también, es nuestro aniversario de boda....

—Nació para mí,—suspiró con orgullo tras una corta pausa, obligada por el furioso azote del viento y de la nieve contra la endeble cabaña de madera y forraje, que apagaba otro sonido. —Sí, nació para mí, y la prueba más palpable de ello es que al llegar estos días, su cumpleaños, me ocurre siempre algo grande, algo hermoso, algo que me alienta a vivir; por eso no estoy descorazonado, ni aun así como me veo.

—Esta mañana, antes de que usted me cogiera, sentíame tan feliz que puse en la mesa dos platos grandes; en uno de ellos su retrato y el mechón de cabellos que guardo de ella.... Y mirábala sonriente, haciéndome la ilusión de que almorzábamos juntos: mire.

Acercóse a la mesa, bajo la mirada escrutadora del guarda, semejante a la del gato que teme perder el ratón cogido, y sacó del bolsillo una mugrienta piel de gamo, entre cuyos dobleces había un magnífico mechón rubio, que resplandeció al reflejo del fuego como chorrera de oro, y de entre un sobeado y mugriento papel

de seda, una fotografía de mujer.

—Esta es ella, dijo alargándola hacia Segismundo—. La tomó éste en sus manos y a plena luz vió un rostro añorado, candoroso y dulce que sonreía a través de rizados bucles, en desaliño artístico.

—Se retrató así por mi gusto,—dijo Guillermo con marcado entusiasmo. —En casa siempre está lo mismo; el cabello suelto, rizado a bucles, como cuando la conocí. Le diré como fué: vivía en una casita de campo, rodeada de madreselvas y enredaderas, entre un hermoso valle y un pintoresco montecillo, teniendo a la espalda, un magnífico campo de frutales. Aquel día estaba en la arboleda, cuajada ésta de flores, por cierto; se asustó al verme aparecer y corrió vereda abajo, y yo tras ella, hasta que se detuvo tras un manzano. Sus mejillas competían con el rosado de las flores; su cabellera suelta, cubriéndole parte de la cara, como lluvia de oro que, consciente de la belleza, pretendiera ocultarla y defenderla para siempre: en aquellos momentos lo olvidé todo, mi casa, mi familia, mi posición.... Desde entonces fué mi compañera inseparable, y apenas nacido el niño vinimos al Canadá, en busca de mejor suerte, a una de las más ricas regiones mineras.

Otra furiosa ráfaga de aire hizo estremecer, con violencia, la cabaña. El huracán parecía cargado de voces humanas estentóreas, y el cristal del ventanuco rechinaba como golpeado por manos de hombres. La lámpara languidecía por momentos, vacilaba chisporroteante, yendo a perderse su tenue ruido en los atronadores de la tempestad: un momento después dejaba de existir.

Rastrillo se inclinó hacia la estufa para abrir la portezuela del fuego, y el resplandor rojizo de las llamas ocupó el puesto de la lámpara.

La acometida del viento, el apagarse la luz y el abrir Rastrillo la puertecilla de la estufa ocurrió en menos de un minuto, intervalo suficiente para producir un cambio total en la voz de Guillermo, llegando a ser dura y fría cuando

continuó su interrumpida plática.

—No me hago ilusiones, no espero sus simpatías; eso está fuera de usted o no sería el hombre fuerte que le achacan; pero quisiera saber lo que usted hubiera hecho en mi caso.

—Estuvimos allí unos seis meses, aprendiendo a querer a los grandes bosques; aumentando ella sus atractivos naturales, sintiéndonos cada vez más felices. En eso se presenta Párraga, el nuevo ingeniero, y desde el primer instante me dijo mi mujer que no le gustaba, que anduviese con cuidado. No presté atención a esta advertencia, riéndome de sus infundados temores. Después de aquello me pareció ver que algo la intranquilizaba y averigüé la razón: era aquel maldito Párraga, que la perseguía sin descanso mientras yo trabajaba lejos de mi casa.

Una tarde llegué antes de la hora usual y la encontré llorando: me echó las manos al cuello y entre copiosas lágrimas me contó todo....

Rastrillo pudo ver las cuerdas del cuello de Guillermo; sus esposadas manos se apretaban horriblemente hundiéndose las uñas en la carne hasta saltársela la sangre.

—¿Qué hubiera hecho usted? ¿Hubiera accedido a sus ruegos? No, usted hubiera buscado a aquel hombre, lo mismo que yo hice.... No intenté matarlo, ¡bien lo sabe Dios!, pero se rió de mí y me cegó.

—Huí de allí mientras ella marchaba de nuevo a la casita del campo donde la conocí, muchas leguas de distancia.... Y sé que está despierta en este instante tan próximo a su cumpleaños y a nuestro aniversario de bodas, pensando en mí, pidiendo a Dios por mí y contando los días que faltan para la primavera, cuando debíamos reunirnos en la América del Sur.

Rastrillo se levantó para echar leña a la estufa, sin volver la espalda a su prisionero, cuyas facciones conserva-

ban un rayo de fiera, envuelto en un asomo de tristeza infinita.

—Bien comprendo que eso debe ser muy duro, pero la ley de este país es inexorable y si salvas la vida no será por menos de quince a veinte años de presidio. Bueno, y ahora a dormir—, decía Rastrillo levantándose, siguiendo la acción a la palabra.

GUILLERMO, que también se había puesto de pie, avanzó con el guarda hasta un tarimón, pegado a la pared, donde se recostó. En aquel momento Rastrillo sacó una fuerte cadena, esposándole las piernas, como antes había hecho con las manos.

—También creo que esto será muy duro para tí; pero en mi caso harías lo mismo: diez años de servicio me han enseñado a no correr riesgo alguno; si necesitas algo, llámame.

El día había sido cruel para Rastrillo y se durmió enseguida. Guillermo se pasó despierto la primer hora, pensando en su hogar; después se durmió también, aunque con sueño inquieto, lleno de visiones.

El temporal, que parecía haberse calmado algún tanto, comenzó a batir de nuevo la cabaña con inusitada furia: la techumbre se estremecía tan horrorosamente que la endeble chimenea de la estufa no pudo resistirlo y cayó envuelta entre la nieve, forzando a caer la estufa. El estrecho recinto quedó iluminado con la roja claridad de las llamas, que cortaban, como con un cuchillo de fuego, la densa negrura de la cabaña.

Con variantes tonalidades, los espantosos rugidos de la tempestad jugaban en los sueños de Guillermo un papel importante. En aquellos y en sus fragmentos estaba presente su joven esposa: unas veces la veía en medio del campo, sorprendida por cruel tormenta y buscando refugio en la choza más inmediata. Y la sentía apretándose contra su cuerpo, toda temblorosa, al estallido de los truenos que rompíanse sobre sus cabezas. Cambiaba luego la visión por los esplendrosos días otoñales en que salieron al campo acompañados de otras familias.

Guillermo padeció siempre una pequeña afección nasal que el humo recrudecía con continuos estornudos, haciéndole apartarse del fuego, mientras su mujercita se reía cándorosa al ver al humo seguirle los pasos con pertinacia.

Y soñaba con el humo, más denso que nunca, obligándole a toser con frecuencia. En impulso soñoliento escondió la cabeza bajo el cobertor que le servía de almohada, pero hasta allí le seguía atormentando, y tras fuertes estornudos, faltándole la respiración, vio desaparecer la imagen de su esposa y hallóse despierto.

Una boqueada de espanto separó sus labios; sus ofuscados sentidos se despertaron a la realidad: la cabaña estaba llena de humo, a través del cual pudo ver las lenguas de fuego que lamían la techumbre, y gritó desesperadamente a Rastrillo.

En un momento se hallaron de pie; el guarda acercándose a la mesa, donde había dejado el cubo de agua antes de acostarse.

—No hay más remedio que salir, rugió Rastrillo ante la impotencia de contrarrestar el fuego. Y a tientas avanzó hasta Guillermo por en medio de la espesa humareda, mientras se palpaba los bolsillos.

—No encuentro la llave y tienes que agarrarte a mí—, le decía cogiéndolo por debajo de los brazos y arrastrándolo hasta la puerta.

Al abrir aquella entró una fuerte bocanada que convirtió la cabaña en una hoguera infranqueable. A poco más de veinte pasos soltó el guarda a Guillermo sobre la nieve y volvióse atrás. En aquella cabaña, envuelta por el humo y las llamas, se encontraba toda esperanza de salvación; los alimentos, las mantas los guantes, y hasta los zapatos.

PERO no pudo pasar de la puerta y tuvo que volver hasta Guillermo a quien libertó de los grillos, ayudándole a ponerse de pie. Al encontrarse los dos hombres cara a cara, se rompió el cristalito de la ventana, por donde se precipitó un mar de llamas, iluminando las facciones de ambos. La cara del guarda ofrecía una marcadísima fiera en una extrema palidez: en las facciones de Guillermo aparecía una sonrisa tan extraña como el brillo de los ojos.

Ninguno de los dos se había desnudado para dormir, pero sus abrigos, sus gorras y sus guantes estaban en el fuego. Guillermo hacía rechinar sus esposas; Rastrillo le miraba los ojos.

—Tú conoces bien estos alrededores; la situación no puede ser más crítica. ¿Qué hacemos?

—El más próximo resguardo está a sesenta millas de aquí, dijo Guillermo por toda respuesta.

—Ya lo sé, rugió Rastrillo: como también sé que la cabaña del indio está a veinte millas, pero debe haber otras más cerca, y tú lo sabes.

En el rojo destello del incendio vió sonreír al joven, y se estremeció. Brillábanle los ojos, con aquella extraña luz que antes notara.

—Esta va a ser una gran vista, más espectacular, sin duda alguna, que aquella donde me condenen a muerte. Escucha, Rastrillo; no me creas tan tonto como para perder la oportunidad: el morir de frío no es más duro que el morir ahorcado;

ya casi lo estuve dos o tres veces: te dije a prima noche que no perdía las esperanzas, que siempre se me ofrece algo bueno en su cumpleaños, y ese algo bueno ha llegado; estamos a cuarenta grados bajo cero y no podremos vivir en estas condiciones hasta el alba del nuevo día: no contamos con alimentos, no tenemos bastante abrigo contra el hielo....

En la voz de Guillermo, vibrante y resuelta, notábase el triunfo de la alegría.

—Quiere decir.... exclamó jadeante el guarda.

—Justamente eso—, interrumpió Guillermo con voz más dura que la del guarda. —El Dios a quien de niño dirigí mis plegarias me presenta una elección y a ella me agarro: si continuamos alrededor de este fuego, siguiendo manteniéndolo, no moriremos de frío, pero sí de hambre; si decidimos marchar moriremos a la mitad del camino que hay de aquí a la cabaña del indio. Yo sé de otra más cerca a donde podemos llegar: si me quitas estas esposas y me entregas ese revólver que llevas al cinto nos salvaremos; es decir, convertirte de carcelero en prisionero; así tendría una oportunidad para reunirme con mi mujer y mi hijo.

Rastrillo se abotonaba el grueso y alto cuello de la camiseta al decir con fiera determinación: iremos a la cabaña del indio o moriremos.

—Sin duda alguna, respondió Guillermo avanzando hasta él: aunque debiera quedarme sobre la nieve y acabar más pronto, y ganaría la partida; pero quiero proceder con lealtad y.... la cabaña del indio o la muerte; ahora sí, en tí está el buscarla.

Volvió Guillermo su vista hacia la hoguera al internarse en el bosque, y en la confusa claridad del alba se le vió sonreír con satisfacción.

Dos millas al Sur, en lo más espeso del pantano, estaba la otra cabaña donde pudieran haber llegado con facilidad; pero Rastrillo no daría con ella, y a la otra se hacía imposible llegar, repetíase el joven. En sus pensamientos luchaban la admiración por Rastrillo con la propia tenacidad. ¡Qué bien templada tiene el alma este hombre, que no quiere aceptar vida por vida! Mi tenacidad está justificada; muerte por muerte no me importa.

Caminaron cerca de una hora sin prorrumpir una palabra. La tempestad había cesado y el cielo comenzaba a despejarse con la lenta venida del día. Pero el hielo avanzaba también, y a pasos agigantados. Al cabo se detuvo el guarda, al pasar un riachuelo que el hielo convertía en transparente cristal, con la vista fija en el mismo, reflejando mortales dudas. Guillermo le contemplaba con indiferencia, encogiéndose de hombros. El frío del acero quemábale las muñecas como si estuviese candente: sus labios eran azules ya; en las mejillas, nariz y oídos sentía las mordeduras del hielo.

—El indio vive en esta caleta, pero ¿falta todavía mucho para llegar a su cabaña?, preguntó Rastrillo.

—De quince a dieciséis millas—, contestó el otro. —No se apure, todavía puede usted resistir cinco millas más; yo ni eso, a menos que me quite estas esposas y pueda mover los brazos.

—Para romperme el cráneo en cuanto me descuide, ¿verdad?—gruñó Rastrillo.

—Ya poco tardarás en decirme el sitio—.

En las horas de soledad y desesperación se mantenía firme el ánimo de Guillermo pensando en sus más grandes afecciones, y ahora, siguiendo los pasos de aquel hombre, pensaba en su hogar. No le era difícil representarse la visión de su mujercita, y se olvidó de Rastrillo, cuyos

pasos perdían energía por momentos. Se encontraba una vez más en el valle donde conoció a su esposa, en un magnífico día de sol, oyendo canciones y risas: en la puerta de su casita vióla sonriente, alargándole el niño para que lo recogiera en sus brazos: así no sentía el intenso aguijón del frío.

Fué Rastrillo quien le trajo de pronto a la realidad, al tropezar y caer sobre un montón de nieve, arrastrando consigo a su compañero.

Por un momento se sentaron casi cubiertos por la nieve, mirándose ansiosamente, con fijeza, pero sin hablar. Rastrillo fué el primero en levantarse; no sin gran esfuerzo: Guillermo hizo uno y otro intento por imitarlo y sólo al tercero consiguió ponerse de rodillas, sin perder de vista a su compañero, en cuya cara se estaba operando un cambio completo: la determinación y la confianza habían desaparecido; la máscara de hierro de la ley estaba rota, y tras ella aparecían las emociones y el sentimiento de hermandad que une a los hombres en los supremos momentos del peligro. Se manoseaba los bolsillos hasta encontrar la llavecilla de las esposas, e hincándose de rodillas ante Guillermo le quitó los hierros.

—Te saliste con la tuya, me has vencido. ¿Dónde está la cabaña que me dijiste?— Así decía mientras sacaba el revólver y con funda y todo lo arrojaba sobre la nieve.

La sombra de una sonrisa pasó por las facciones de Guillermo que no había cesado de mirarlo; y levantando sus ateridos brazos señaló en dirección a la corriente del riachuelo donde se encontraban.

—Sígalo, y a dos escasas millas encontrará un buen albergue.

—¡Dos millas! ¡Si apenas resistiremos una!

—No resistirás tú, viejo zorro—arguyó Guillermo con determinación.

—¡Si tuviéramos con que hacer un fuego...!— Aun en aquel durísimo trance luchó Guillermo con su conciencia y sus sentimientos; la lucha del reo que al fin se apiada del carcelero: y poniéndole las manos sobre los hombros le dijo:—Mira, Rastrillo, después de todo puede que seas hombre, aunque yo siempre te tuve más por fiera que por criatura humana: has hecho lo que creías mejor en cumplimiento de tu deber, has aguardado hasta el fin; cumpliste con la ley, veremos si cumples conmigo. Si digo la palabra que te salve la vida, ¿irás a denunciarme o dirás que he muerto?

Durante más de un minuto ni pestañeó Rastrillo; después replicó: ¿Qué has muerto? Nunca.

Guillermo dejó caer los brazos con desaliento: entonces fueron los de Rastrillo los que se posaron en los hombros de Guillermo.

—No puedo hacer eso; en diez años que llevo de servicio jamás levanté la bandera blanca; eso es de cobardes y entre nosotros no hay ni uno sólo, ni uno que tema la muerte; pero sí haré una cosa, aguardaré hasta que ambos cobremos fuerzas, hasta que podamos andar, y entonces te concederé veinticuatro horas antes de empezar a perseguirte de nuevo.

SONREÍA GUILLERMO y alargó su mano, sellando el pacto: al juntarse con la del guarda apenas sintieron el contacto.

—Desde que abandonamos la cabaña no ha dejado de batallar en mi cabeza un algo que
(Continúa en la página 36.)



... e hincándose de rodillas ante Guillermo le quitó los hierros.

ARISTOCRACIA PERUANA

Dos bellas páginas de lo más distinguido de Lima

Cortesía de Alma Joven



Sra. Carmen Eguren Mendivil



Sra. Carmela Laos Lomer



Señorita
Mary de Lucio



Sra. María Isabel Ferreiros de Swayne



Sra. Angela Talleri de Ealo

BELLEZAS PERUANAS

Señoritas de la sociedad más elegante de Lima

Fotografías de D. Goyzueta



Srta. María Isabel Sánchez
Concha



Srta. N. Bernal



Señorita
Graciela Velarde Cabello



Srta. Casilda Vigora Lavalle



Sra. Angélica de Morales La Torre

BUSTO Y CADERAS

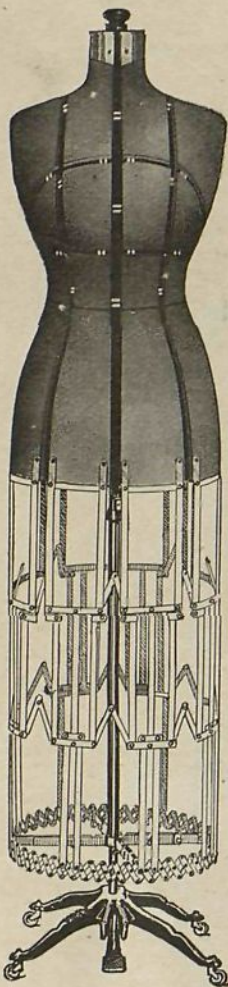


Fig. 1

Maniquí en tamaño completo, dispuesto para usarse.

Cuando se usa un maniquí ajustable marca "REINA," se ve palpablemente lo fácil que resulta la confección de toda clase de vestidos en forma que siempre sienten bien. Todas esas confecciones adquirirán para sí el propio estilo de cada uno de sus modelos, y se habrán hecho de este modo tan exactamente elegantes como los figurines reproducidos en cualquiera de las páginas de esta Revista. Esta perfección se debe a que, al hacerse el vestido deseado, tiene usted delante de sí un corporal duplicado de su propia figura, sobre la que puede trabajar con absoluto conocimiento de ella. Todos los planes y ajustes son posibles de hacerse inmejorablemente en este maniquí, ahorrándose con ello tiempo y trabajo.

El Maniquí "REINA" Falda telescópica de Hall-Borchert

es sencillísimo de ajustar para que se adapte perfectamente a las formas de cualquier cuerpo de mujer. Constituyen este maniquí veintiocho distintas secciones, cada una de las cuales se mueve independientemente de todas las demás. Así el cuello, el busto, los hombros, la cintura, la espalda, las caderas, pueden cambiarse en el maniquí y amoldarse para todas las medidas de las diversas mujeres que haya en la familia.

El busto puede subirse o bajarse, abultarse o empequeñecerse; los hombros ensancharse o estrecharse; la cintura, hacerse más o menos ancha; las caderas, aumentarse o disminuirse. Cuando se efectúa un cambio de medidas en cualquiera de las secciones, este cambio no afecta para nada a las medidas de las otras. Puede regularse el vuelo de la falda y su largo. El maniquí gira alrededor de un eje.

Esta Compañía confecciona muchas otras formas de maniquí, a diferentes precios, pero el "REINA" es el más perfecto de todos.

EL "REINA" se ofrece en tres tamaños, y ajusta como sigue:

	Modelo No. 1— Centímetros		Modelo No. 2— Centímetros		Modelo No. 3— Centímetros	
	Cerrado	Abierto	Cerrado	Abierto	Cerrado	Abierto
Cuello	31	44	32	45	33	48
Busto	81	125	89	132	101	157
Cintura	57	90	61	91	74	119
Caderas	84	135	94	140	101	157
Largo de la espalda	33	41	36	42	36	43

J. C. STRITTMATTER

Agente General para México

Avenida San Francisco, No. 29, México, D. F.

JOSEPHINA ZAMBELLI & CO.

Avenida Rio Branco, 137 RIO DE JANEIRO, BRASIL

LOPEZ, RIO y Ca.,

Bazar Inglés, Galiano, 72, HABANA, CUBA

GONZALEZ PADIN CO., Inc.—

SAN JUAN—PUERTO RICO

MADURO E HIJOS—PANAMA

ALFONSO L. AGUILAR I.

Pedro Carbo No. 816, GUAYAQUIL, ECUADOR

S. A. SMART—

Alcalá 48, Madrid, España

RICARDO IZQUIERDO

Carlos Pellegrini 490, BUENOS AIRES

JUAN MARABOTTO

Juan Carlos Gómez 1302, Montevideo, Uruguay

I. SANTOS PEREZ

"La Sirena", Paysandú, Uruguay

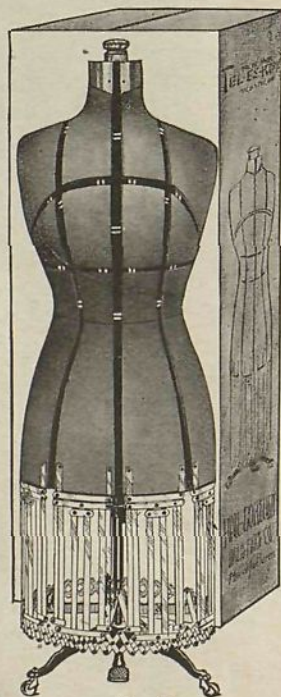


Fig. 2

Maniquí reducido a la mitad de su tamaño, ocupando menos espacio y fácil de empaquetar y remitir.

HALL-BORCHERT DRESS FORM CO.

Fabricantes

30 West 32nd Street : : : Nueva York



Tratado de la infancia

Por Madame Festoyer

Alimentación artificial

(Continuación)

¿COMO han de reducirse las casi tres cuartas partes de proteína y sales que tiene demás la leche de vaca, comparada con la del pecho materno?

Diluyendo la leche.

¿En cuanto es deseable esa dilución?

En las primeras semanas debe diluirse dos veces al día y después de los tres meses es suficiente con una sola vez.

¿No contendrá en ese caso menos grasa que la del pecho?

Ciertamente, pero de resulta de la diferencia que existe entre ambas grasas la que queda es bastante para lo que el niño digiere.

¿Que es crema?

Se entiende generalmente por crema la grasa que contiene la leche, sin duda alguna porque es la parte de la leche que contiene casi toda la grasa. Difiere de la leche en que contiene mucha más cantidad de grasa.

¿Como se obtiene la crema?

Por desnatación, después que la leche haya reposado durante veinticuatro horas; esto se conoce con el nombre de "gravedad de la crema." Por un aparato llamado "Separador," lo que se clasifica como "Crema centrífuga." La riqueza de la crema se indica por la cantidad de grasa que contiene.

¿Es la crema más digerible que la leche?

Para muchos niños es bastante menos digerible, causándoles serias perturbaciones intestinales cuando se les da demasiada cantidad.

¿Cuales son las principales consideraciones que deben tenerse en cuenta para la alimentación artificial de los niños?

Primero, la cantidad de leche y de azúcar que deben tomar durante veinticuatro horas; segundo, el volumen del alimento total durante igual espacio de tiempo, incluyendo la leche, el agua y demás alimentos diluidos; y tercero, el número de veces que ha de alimentarse y los intervalos que deben mediar entre ellos.

¿Cual de los tres es el más importante?

La cantidad de leche y azúcar que deba dársele, la que debe ser suficiente para cuanto el cuerpo requiere, o sea, para producir calor, reparar los desgastes y promover el crecimiento.

¿Qué ocurre cuando el alimento es demasiado poco?

Qué sufre el crecimiento; no ganan en peso.

¿Qué ocurre cuando el alimento es demasiado?

El exceso resulta una carga para el cuerpo y detiene su progreso: si se le alimenta con exceso durante largo plazo ocurrirán serios desórdenes intestinales y de nutrición; es, pues, aconsejable que se alimente a un niño con lo necesario, nunca con exceso.

¿Cómo se sabe la cantidad de alimento que necesita un niño saludable?

Esto depende de muchas cosas, principalmente del peso, del tamaño, de la actividad.

¿No es también muy importante la edad?

Debe tomarse en consideración, aunque no es tan buena guía como los otros factores indicados. Alimentado solo por la edad puede incurrirse en dar demasiado alimento a un niño de pocas dimensiones y muy poco a otro de buen desarrollo. Un niño de tres meses que pese doce libras necesita más alimento que un niño de tres días que pese lo mismo; y un niño de tres meses que pese doce libras necesita más alimento que otro de la misma edad que, solo pese nueve.

¿Afecta la actividad del niño al

alimento que necesita?

Sí, y es muy importante tenerlo en consideración: un niño agil, activo y enérgico necesita más alimento que otro que sea quieto y plácido; muchas veces hasta una tercera o cuarta parte más. Esta necesidad se trasluce por el apetito que muestre.

¿No es el apetito suficiente guía?

Es muy importante y debe tenerse en consideración, pero por sí solo no es bastante, pues la mayoría de los niños toman, si se les ofrece, mucho más alimento del que necesitan.

¿Como cuanto alimento necesita a diario un niño saludable?

Un buen promedio es una onza de azúcar diaria y onza y media de leche por cada libra de peso: por ejemplo un niño que pese diez libras requerirá quince onzas de leche, los de doce libras dieciocho, etc. Durante las dos primeras semanas de su vida requiere un poco menos.

¿Cuántas veces debe dársele alimento a un niño?

Siete veces durante las veinticuatro horas, o sea, cada tres horas durante el día y dos veces desde las seis de la tarde a las seis de la mañana: cuando el niño llegue a los tres meses deberá omitirse una vez, quedando en seis; la de la noche es la más conveniente omitir.

¿Por qué no debe dársele alimento con más frecuencia?

Porque el estómago requiere de dos a dos horas y media para digerir la leche de vaca, aunque se ofrezca muy diluida. Cuando el alimento es más recio necesita más tiempo para la digestión. Si un alimento va cerca del otro antes de haber digerido el primero, resultarán vómitos e indigestiones. Los alimentos deben darse a tiempo de dejar al estómago algún descanso antes de hacerle trabajar otra vez.

¿Bajo cuales circunstancias deberán alargarse los intervalos de uno a otro alimento?

Cuando haya indigestión gástrica, que se nota por vómitos y falta de apetito.

¿Cuando deben acortarse los intervalos?

No es aconsejable que se acorten casi en ningunos casos; rara vez lo recomendará un buen médico cuando el niño sufra una seria enfermedad.

¿Bajo cuáles circunstancias deberá reducirse la alimentación de un niño?

Cuando se le vea que está enfermo y cuando se le noten síntomas de indigestión.

¿Cómo debe llevarse a efecto esa reducción?

Si el trastorno intestinal es moderado y se tiene la costumbre de preparar la leche que ha de tomar en todo el día, quítese de ella una tercera parte de la botella o vasija que la contenga y súplase con agua hervida. Si la perturbación es severa, dilúyase el alimento, inmediatamente, en una mitad y acórtese también la cantidad de leche que se acostumbraba a darle.

Para un fuerte ataque de indigestión, deberá suprimirse en absoluto todo alimento, dándole al niño solo agua hasta que llegue el médico.

Una vez reducido el alimento a causa de indigestión, ¿cómo debe volverse a la cantidad acostumbrada?

Aunque la reducción de alimento debe hacerse a la inmediata y en cantidad considerable, el aumento debe llevarse gradualmente. Tras un ataque de aguda indigestión, al empezarse de nuevo a darle leche al niño, cuídese de prepararla con sólo una cuarta parte de su fortaleza natural, aumentándola gradualmente durante diez a quince días hasta llegar a su primitivo estado.

FIN.



La Emperatriz Belleza

Por
Flora Pemie

UNO de los cambios más notables en las concepciones de la vida moderna, y que ha sido casi universalmente aceptado, lo apreciamos en la nueva teoría sobre la belleza de la mujer, reconocida como símbolo de excelencia personal, que trae aparejada la responsabilidad inherente a su posesión.

Hasta fecha reciente existía un cierto prejuicio contra el don de la belleza física, considerado como muy peligroso; y ni la jovencita, ni la mujer madura podía dedicar su tiempo ni sus pensamientos al cuidado personal, que ahora se considera necesario, sin incurrir en la gravísima falta de vanidosa.

Los primeros años de este siglo nos han librado de tan estrecho criterio, contrario a los propósitos de la creación y causa de que se mire todo lo que contribuye al placer humano como serpientes de satanás que inducen al pecado y persiguen la desgracia; siendo así que el cuidado personal nos lleva a la felicidad, y ésta es la base de la salud, sin la que la belleza no es otra cosa que la flor de un día.

En nuestra generación se está aclarando, más y más, que la misión de la belleza es imperiosa, debiera ser exaltada hasta su máximo, por la dominante influencia que ejerce en la sociedad y por ser una de las formas más hermosas de exteriorizar la excelencia física, mental y moral de la mujer; de donde nace la importancia de elevar su cultura por medio del desarrollo de la individualidad y de la propia expresión; cualidades que más ensalsan su influencia, al par de impartir un tolerante y duradero carácter; personalidad.

Si hubiera una mujer que no aspirase a ganar amores y afecciones, la consideraríamos como criatura anormal cuya idiosincrasia debiera tomarse únicamente como caso patológico: con ella nada tenemos que ver. Está en la naturaleza humana, implantado en cada mujer normal, el deseo de ser amada y admirada, y tan luego tiene edad bastante para sentir este deseo nace en ella la exacta conciencia de que para conseguirlo tiene que ser personalmente atractiva: su intuición y sus primeras observaciones la enseñan que la vereda de la belleza, cruzando a través de la vida, está bordeada de rosas, ante la que el mundo se inclina, los grandes como los chicos, los altos como los bajos. Al llegar a mujer adulta cada experiencia de su vida la enseña que su participación en los éxitos y placeres estarán en proporción con la habilidad que despliegue para ganar favor, para agradar, siendo su más potente influencia la belleza física.

El deseo es una de las fuerzas de la naturaleza más mal comprendidas por la generalidad de las criaturas; él fija la ambición por un objeto, pero no da los medios para conseguirlo; en esto radican los fracasos, los muy lamentables fracasos de las que tienen por principal

ambición de su vida el ser atractivas, ya que no hermosas.

Assumiendo que no es solamente el deseo natural de la mujer sino también su deber el agradar, debería acostumbrarse a criticar juiciosamente los medios que debe poner en práctica para conseguir su deseo. Su gran error está en suponer que las imitaciones, los engaños o los subterfugios pueden siempre, aunque sean pasajeros, ocupar el puesto de los encantos positivos o de las emociones genuinas.

La belleza es algo más que lo artificioso de la piel y que las fragrances pinturas, afeites y tintes, hechos más conspicuos por la combinación con los atrevimientos de la moda para atraer la atención: es tanto como querer que un fragmento de vidrio ocupe el privilegiado lugar del purísimo diamante.

Es muy verdadero que no podemos considerar a la belleza de la mujer, y al culto de ella, sin darnos cuenta que el primer paso obligado, a toda persona que aspire a comprender esa misteriosa y dominante cualidad de tan poderosa influencia, para el bien lo mismo que para el mal, en todos los grados de la vida, es el estudio de sus recursos y el buscar la contestación que corresponde a esta elusiva y engañadora pregunta. ¿Qué es belleza?

Cuanto han comprendido que las fuerzas más poderosas de la naturaleza son cosas imponerables, aceptan como clarísimo y racional análisis del maravilloso poder de la belleza, que secreto de los secretos es la armonía. Este mismo principio es la base de todo arte y de cuanto llega a las emociones más elevadas y satisfactorias de los sentidos: es de la heredada ansia del alma por la armonía de donde brota el culto a la belleza; culto que nos eleva sobre la mediocridad de la vida, el objeto por el que nos esforzamos, el eje de la ambición, la espuela que nos aguijonea en todos los pasos de la vida: quítese ese impulso y la vida resultará estéril.

En proporción a nuestra habilidad por descubrir la belleza en los objetos que nos rodean está la inspiración de los más altos propósitos y de las más profundas alegrías del vivir.

La belleza no es, pues, precisamente una cualidad física, aunque está ligada con ella para la armonía total. La belleza es más; una cualidad del alma, que en nuestra vida material se obtiene y agranda por el culto a la higiene, en toda la extensión de la palabra. Aspirar las puras brisas del monte y de la playa es tanto como aspirar las grandezas de los misterios de la creación: ellas purifican la sangre y los pensamientos.

Jesús y María no pudieron ser sino perfectos en su física, como perfectos eran en su espíritu. Por eso debemos rendir homenaje, y poner de nuestra parte los medios necesarios, para acercarnos a la Corte de La Emperatriz Belleza.

Y para llegar a ese fin no hay como acercarse a su prodigiosa madre la amante naturaleza. Acercuémosnos.

PICTORIAL REVIEW PARA EL MES PRÓXIMO.

Entre la más interesante colaboración destinada al número de Abril, dedicaremos tres preciosas páginas a una leyenda religiosa sobre la vida de Judas, escrita por el muy ilustrado y erudito

CONDE DE LAS NAVAS;

acompañándola tres inspirados cuadros de nuestra distinguida colaboradora, la señorita Jesusa Alfau.

Esta misma señorita tiene a su cargo la ilustración de la última novela de Zamacois, "Historia de una Artista," propiedad exclusiva de PICTORIAL REVIEW—que publicaremos muy en breve.

SUSCRÍBASE HOY

en nuestras Agencias para no perder tan valiosos números.

VIVAUDOU'S MAVIS

Paris - Nueva York

LOS EXTRACTOS VIVAUDOU han sido llamados "SINFONIA DE LAS FLORES", porque la Sinfonía de su fragancia floral nunca emite una nota desagradable. Parecía muy lejos de toda esperanza que un perfume pudiera sugerir la delicada cadencia del sonido, hasta que el genio maravilloso de Vivaudou creó una fragancia, cuya alma representa una melodía.



EL TALCO "MAVIS" DE VIVAUDOU, es de tanta distinción como el envase en el cual va contenido. El polvo es refrescante cuando se usa después del baño, y deja el cuerpo limpio y saludable.

LOS POLVOS DE CARA "MAVIS" DE VIVAUDOU son tan refinados como se les podría desear. Van contenidos en envases de color rojo romano, de suma atracción para el mundo femenino.

EL EXTRACTO "MAVIS" DE VIVAUDOU, es una deliciosa y exquisita esencia, que ha sido llamada la "SINFONIA DE LAS FLORES". Se encuentra en todos los tocadores de las señoras más distinguidas.

EL AGUA DE TOCADOR "MAVIS" DE VIVAUDOU es delicadamente refrescante, siendo muy solicitada por las personas refinadas que saben apreciar las cualidades de una perfumería excelente.

TIMES BLDG. "VIVAUDOU" NEW YORK

Por todo el tiempo que dure la guerra europea, las Oficinas Principales de la casa V. Vivaudou han sido trasladadas de París a Nueva York, y con este motivo todas las comunicaciones deberán dirigirse a este último lugar.

Rogamos encarecidamente a los comerciantes, que se sirvan escribirnos pidiéndonos la detallada información que suministramos con respecto a las condiciones ventajosas de venta de estas preparaciones.

Stern Brothers

NUESTRO SERVICIO DE PEDIDOS POR CORREO ha sido establecido para la conveniencia de nuestros clientes de Sud y Norte América y Europa, quienes lo tienen a su disposición.

Nuestros libros de modas contienen las auténticas creaciones de París, Londres y Nueva York, en

Ropa exterior e interior para Señoras, Señoritas Niños y Caballeros

Además de estos artículos, tenemos Telas, Lencería y Menaje de Casa, de la mejor calidad, de tal manera que si usted desea obtener, sea una toalla, un metro de tela de seda o un juego completo de muebles, en pedido grande o pequeño, lo puede conseguir en nuestro establecimiento y tener la confianza que está adquiriendo lo mejor por la cantidad de dinero que esté invirtiendo. Esto ha sido el motivo de nuestra reputación durante cerca de medio siglo.

Escriba pidiendo nuestros catálogos, y háganos un pedido de prueba, pues estamos seguros que quedará usted satisfecho con nuestros artículos, servicio y precios.

West Forty-second and Forty-third Streets
Between Fifth and Sixth Avenues
NUEVA YORK, E. U. de A.

Para que los muebles de madera brillen como nuevos

Sus muebles de madera no se verán nunca mal si Ud. les quita el polvo con el Líquido Veneer. Este famoso líquido para limpiar, no es un barniz u otro preparado que deje materias extrañas. Es meramente un líquido claro y transparente que se seca inmediatamente, dejando un lustre bien acabado y de notable belleza, que protegerá y conservará los muebles, evitando que éstos cojan polvo.



El Líquido Veneer es necesario en todo hogar. Sirve para limpiar y darle brillo a los pianos, muebles, objetos de madera, pisos, liras, marcos de retratos, artículos de bronce y niquelados, de mármol, ónix y no tiene igual para automóviles. Es el primero en el mundo para pulir y limpiar.

LIQUID VENEER

Ud. puede conseguir una muestra gratis del agente en su país, simplemente pidiéndole una muestra gratis del Líquido Veneer.

BUFFALO SPECIALTY COMPANY

Buffalo, N. Y., U. S. A.

... AGENTES ...

J. & J. Drysdale, Buenos Aires, Argentina.
Juan L. Stowers, San Rafael 29, Habana, Cuba.
C. R. James & Co., Casilla 1227, Santiago, Chile.
Adolfo Zohrer, Casilla de Correo 277, Guayaquil, Ecuador.
Rius & Jorba, Palma 165, Asunción, Paraguay.
García, Souviron & Jiménez, Moreno Monroy 7, Málaga, España.
Carlisle, Crocker & Co., Montevideo, Uruguay.
José Hernández Sánchez, Bravo Murillo 13, Las Palmas, Islas Canarias.
Armin Erosa y Hnos., Calle 58, No. 546, Mérida, Yucatán, México.
Milton E. Springer Co., Inc., Plaza Santa Cruz, Manila, Islas Filipinas.
Sánchez Morales & Co., San Juan, Puerto Rico.
Rosenblum Hnos, San Salvador, Salvador.



Jabon Sulfúrico de Glenn

30% Puro Azufre

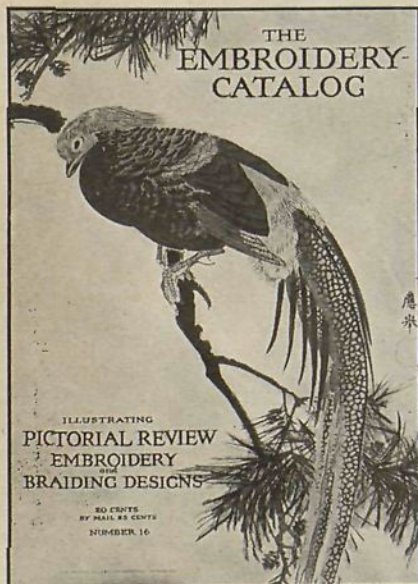
Un jabón esencialmente medicinal para el tocador y el baño. Purifica y embellece. Quita las manchas. Es un alivio para el calor. Su uso diario conserva la piel saludable y mejora mucho el cutis.

La superior calidad del Jabón Sulfúrico de Glenn hace que se trate de imitarlo. Tenga cuidado con las falsificaciones. Pídale a su comerciante el genuino Jabón Sulfúrico de Glenn, y así obtendrá usted lo mejor.

De venta en todas las farmacias.

C. N. Crittenton Co., Fabricantes, 115 Calle Fulton, Nueva York, E. U. de A.

Tintura de Hill para el cabello y la barba. Negro o Castaño. 50 centavos oro.



Portada del nuevo Catálogo de Bordados No. 16

CATÁLOGO DE BORDADOS NO. 16

Acaba de ponerse a la venta el nuevo Catálogo de Bordados No. 16, en el que se pueden encontrar las últimas novedades en diseños para

BOLSOS DE CROCHET
BOLSOS DE ABALORIO
NUEVAS LABORES DE CROCHET
MANTELERIA
EL DORMITORIO, ETC.

Este Catálogo de Bordados No. 16, puede obtenerse en cualquiera de las agencias que The Pictorial Review Company tiene establecidas en todas partes del mundo. Pídale en la agencia más cercana a su localidad, o directamente a

The Pictorial Review Co.
216-226 West 39th Street,
Nueva York, E. U. A.

La Loba con media lengua

Cuento infantil

Por

Mercedes PÉREZ DE LARA

ERA vez y vez de un camino llamado Cantarrana, sembrado de peligros para los extraños. Tan plano como la palma de la mano, la menor equivocación lleva al viajero al pozo insondable de aquellas arenas movedizas y chuponas, o al laberinto del inacabable bosque de pinos, cipreses y cedros silvestres, donde la loba aguarda su presa para dar de comer a sus cachorros.

Magdalena, la hermosísima hija del montero Nicolás Bruñales, iba por allí con su madre, en dirección a Cañizares, para pasarse unos días con su hermana la molinera, que había tenido un niño. El mozo Gaspar las guiaba, único conocedor experto del terreno, por sus instintos montaraces, que más le tiraban a la caza que al trabajo, y más tiempo se pasaba en el bosque que en la finca. Gaspar era el constante rondador de Magdalena, y aunque nunca obtuvo la menor esperanza tampoco contaba con ningún desprecio.

Al pasar el chupadero, como así se le llamaba, le vió Magdalena pararse, mirándolo con arrobamiento y fruición.

No lejos de allí, al otro lado del chupadero, las esperaba Julián, el cuñado de su hermana, mocetón fornido, de agradable semblante, siempre riendo, siempre dispuesto a la alegría. Con él pasó Magdalena sus mejores ratos; almas sencillas, apenas abiertas a la realidad de la vida, bien pronto se compenetraron del insondable misterio de la naturaleza que nos arrastra al amor.

Antes de partir la prometió Julián visitarla en su propia casa y ante sus padres.

Gaspar se apercibió con rabia de aquellos amores y emprendieron el regreso sin oírle una palabra, sin verle volver la cara, en su guía delantera; y tan luego las dejó en salvo se perdió entre los pinos del bosque.

Pasaron días y Julián se preparó a emprender a pie su caminata, pensando en la gloria que le esperaba al otro lado de las pampas. La primera noche la pasó bajo las estrellas, la cabeza entre sus manos, soñando en las dulzuras del celestial mundo que le arrullara tan encantadoramente. A los primeros destellos del amanecer siguió su camino, y antes del medio día ya divisaba la llanura y, en el mismo borde, a Gaspar con su escopeta.

He venido a guiarte, Julián; hace muchos días que te esperaba, y mira lo que te hubiera ocurrido si no estoy aquí. Y tirando con furia una piedra la vieron hundirse, tras un pequeño remolino, y la superficie arenosa volvió a quedar como antes.

Gaspar abrió camino, siguiendo Julián sus pasos. Una hora más tarde se detuvo aquél. A su izquierda se levantaba la espesura imponente del bosque virgen. Un aullido aterrador, lamentoso, penetrante, llegó hasta sus oídos.

—La loba,—gruñó Gaspar con acento ronco:—nos ha oído y se acerca; por fortuna venimos los dos. Mira hacia allí sin apartar la vista.—Y antes de que Julián se pudiera dar cuenta de cuanto le pasaba, no bien se inclinó donde Gaspar le decía, sintióse suspendido y caer sobre una blanda superficie que le apresaba, como la más fuerte ligadura, y le tiraba con fuerza para adentro.

Por instinto de conservación levantó los oprimidos brazos y en terrorífico impulso se puso derecho. Pero las piernas se hundían, despacio aunque

inexorablemente. Luchaba con desesperación para verse hundir con más rapidez, hasta convencerse que no le quedaba más recurso que morir como un valiente, y quedóse inmóvil.

Sólo la cabeza y parte del pecho restaba ya fuera de la arena; los hombros se habían hundido. La fiera le contemplaba, dispuesta al ataque, cuando se acordó Julián del rollo de miel que llevaba en el bolsillo para Magdalena, y rápido como el pensamiento lo sacó y se untó bien la cara.

Aquello era una espera; si el animal se detenía a lamerla aun había esperanza. Sintió un zarpazo y cerró los ojos; a sus oídos llegaron las respiraciones ardientes de la loba y por su cabeza rozaba una lengua asperosa, que se bajaba por la cara, cerca de la boca donde puso la mayor cantidad de miel.

La tortura de la espera era enorme. Con el instinto de fiera salvaje abrió

Julián su boca y clavó sus dientes en la ardorosa lengua del animal. Quedóse sordo por el rugido de dolor que dió la loba. Casi simultáneamente sintió unas garras incrustarse en sus hombros, levantarse todo su cuerpo y ser sacudido con violencia. Su cabeza chocó contra una superficie muy dura. No supo más.

Dice la tradición cómo volvió a su conocimiento al despuntar la aurora, como siguió su camino hasta la casa de Magdalena, y como ésta conserva junto a su corazón un saquito de arena de aquella que recogió en los bolsillos de Julián.

Y cuando éste y su joven esposa cuchichean a solas por aquellos alrededores en las tranquilas noches de luna, suele llevarles el eco los tristes aullidos de una loba con media lengua.

A PENAS terminó Mariquita tan extraña narración, a la que sus amiguitas no estaban acostumbradas, la concurrencia infantil de oyentes, que se agrupaba a su alrededor, prorrumpió en exclamaciones de protesta, como desahogo a la media hora que los había tenido en suspenso esperando ver aparecer al Hada bienhechora que colmase de riqueza, dichas y venturas a la virtuosa y bellísima Magdalena con su muy amado Julián, el valiente, bueno y generoso, así como para castigar al malvado de Gaspar. Breves instantes no más duró la rebujina de aquella pléyade infantil de curiosos, ansiosos de saber los detalles ocurridos a cada uno de los personajes del cuento; pues la mamá de Mariquita, atenta siempre y celosa de la educación de sus hijos, había escuchado las protestas e increpaciones de la reunión e intervino a tiempo para explicarles el significado del cuento, que ella misma había enseñado a su hija.

El cónclave infantil volvió a guardar religioso silencio, mientras escuchaba como la buena fe de Julián puso de manifiesto la nobleza de su alma sencilla abrigadora, por tanto, de buenos sentimientos, y como por ello obtuvo la recompensa mayor que pudiera esperar en sus anhelos, cual fué una esposa ejemplar y hermosísima; de como la virtud y la bondad de Magdalena fué recompensada por Dios apartándola de un mal hombre, que la hubiera sacrificado a sus brutales instintos; y de como el malo de Gaspar fué castigado con la pérdida de su dicha y de sus deseos, teniendo que huir a los desiertos montes a esconder su horroroso crimen y vivir allí como las fieras salvajes.



PÁGINAS MADRILEÑAS

POR ENRIQUE CASAL (LEÓN-BOYD)

LA REINA Y LA CRUZ ROJA

DEDICAMOS hoy esta página de PICTORIAL a nuestra bella Soberana y a la noble Institución de la Cruz Roja; y dedicamos esta crónica porque la nota culminante de la actualidad madrileña la ha dado S. M. la Reina de España con sus desvelos é iniciativas en favor de la humanitaria Institución. La Cruz Roja, la Cruz del consuelo, la Cruz de la caridad y de la sangre vuelve á renacer en España; sus brazos berméjos, sus brazos rojos como el rubí parecen abrirse de nuevo amorosamente en nuestra patria, gracias al amor que por ellos siente la augusta esposa de D. Alfonso XIII. Y PICTORIAL REVIEW, que siente acendrado respeto por nuestras Instituciones monárquicas, recoge hoy aquí los latidos de simpatía con que ha acogido España entera la noble actuación de D.^a Victoria al frente de la Cruz Roja Española.

La Cruz Roja. Nada tan bello como esta Cruz que mitiga dolores, seca lágrimas y alivia amarguras; nada tan bello tampoco como este interés de la Reina en favor de la dulce Cruz de la Caridad. La Reina preside la Cruz Roja, la Reina dirige todo personalmente y personalmente despacha todos los asuntos, la Reina patrocina todas las fiestas que tienden á aumentar los fondos de la benemérita Asociación, y gracias á sus iniciativas la Cruz Roja vuelve á brillar en el suelo hispano con la savia nueva de un corazón que nace. ¡Viva la Reina!, ha gritado el pueblo. Y eso mismo gritamos nosotros. Porque vivas muy sinceros y muy cariñosos y muy efusivos merece esta Reina que sólo se preocupa de hacer el bien. Ella atiende á los tuberculosos, presidiendo la Fiesta de la Flor y creando Sanatorios; ella atiende á los pobres presidiendo el Ropero de su nombre y repartiendo no sé cuántos miles de prendas; ella se acuerda de todos los que luchan y combaten y caen... y dedica á la Cruz Roja sus mayores afanes, y por su regia iniciativa se funda un Cuerpo de enfermeras en el que figuran muchas ilustres damas de nuestra aristocracia; ella ha fundado las Juntas de distrito, y ella, por impulsos de su corazón generoso, alienta á todos á que su amor por la Cruz Roja vaya en aumento decisivo.

Por estos alientos, por estos deseos, por estos afanes, tan justificados y tan reiteradamente expuestos por nuestra Soberana, las damas de las Juntas trabajan sin descanso, y si las plumas de los que llenamos cuartillas no deben permanecer ociosas ante este movimiento en favor de la Roja Cruz del Amor, aquí está la mía que, modestamente, quiere secundar la iniciativa augusta alentando á cuantos sean capaces de sentir por la Cruz Roja todos los amores que la Cruz Roja se merece.

PICTORIAL REVIEW consagra hoy esta página á la Reina y á la Cruz Roja; lo merecen; y recoge aquí el éxito brillantísimo de la primera función celebrada en el Real á beneficio de la Cruz Roja del distrito de la Inclusa, porque ha constituido una nota de alto interés y porque en ella fué objeto la Reina de una estruendosa y conmovedora ovación rendida por el público todo como homenaje de amor y de respeto.

¡Viva la Reina! ¡Viva la Cruz Roja! Nosotros, también ocultos entre los bastidores del escenario del Real, clamamos lo mismo con el corazón puesto en alto. ¡Viva la Reina! ¡Viva la Cruz Roja! Y Su Majestad se emocionó y prometió por la Cruz Roja más amor todavía.

Fué la fiesta un gran éxito, un elocuente triunfo; aquel Teatro Real con todas las damas de la Reina en los palcos, con toda la aristocracia en todas las localidades, desde la más distinguida á la más modesta, es decir, desde la butaca al paraíso, presentaba un brillante aspecto, y cuando el público, puesto en pie, ovacionó á la Reina, el golpe de vista era de los que no podían verse sin sentir una grande y dulce emoción.

Vivia con poderoso impulso todo nuestro amor á la Cruz Roja; veíamos á Su Majestad, y nuestra simpatía se redoblaba; la Cruz Roja emprendía su camino victorioso y victoriosamente iniciado. Porque la mujer, que tiene en la vida una influencia que no se puede discutir, ha tomado con tal afán lo de la Cruz Roja, que van á la cumbre decididas; las damas trabajan con fe, con amor, con decisión, con el alma puesta en sus trabajos y sus miradas fijas en la Reina, y trabajando así, el triunfo es suyo, cuando la causa, como la presente, es de justicia absoluta y de necesidad perentoria.

Un gran hospital, ó dos ó ciento; un gran instrumental; un gran cuerpo de damas enfermeras, con sus títulos correspondientes que las acrediten como tales después de los cursos necesarios de teoría y de práctica..., todo esto quiere y desea la Reina y todo esto ha de llegar. Hemos empezado. La función aludida ha sido el primer paso, y al rendir nuestro aplauso á la Reina, hemos de ofrecerlo también á todas las damas de la Junta, cuyas fotografías — las de la mayoría — publicamos en esta plana. ¡Cómo trabajaron! ¡Con qué fe y con qué entusiasmo! Bien pueden sentirse satisfechas.

Publicamos también el retrato de Su Majestad. No es un retrato más ni un retrato como tantos otros. Es un retrato de «la cabeza» que acaba de terminar el gran Mariano Benlliure, el insigne escultor que ha encontrado en Su Majestad el modelo ideal para su arte. El insigne artista ha triunfado de nuevo. La Reina le ha dispensado el honor de su retrato; y PICTORIAL REVIEW, al hablar hoy de nuestra Soberana, ofrece á sus lectores el último retrato de la Reina de España. Tiene, con todo el sello de arte de Benlliure, todo el sello de bondad que Dios puso en el corazón y en el semblante de Doña Victoria.

Prosigamos nuestra labor en pro de la Cruz Roja, esta Cruz que, como la del Redentor, no tiene patrias, porque es de todos, es la cruz del amor, del consuelo, de la caridad. Elevándola, nos elevamos nosotros mismos. Porque nacida en nuestro corazón por el amor á nuestros semejantes, cuanto más alta esté, más altos están los corazones y cuanto más altos se hallen, están, lectoras, más cerca de Dios.

Por hoy, nada más; hemos dedicado esta página á S. M. la Reina y á las damas de la Cruz Roja del distrito de la Inclusa, porque su primera fiesta benéfica ha constituido una nota de alta emoción; pero puesto que de la Cruz Roja hablamos, no hemos de dejar de consignar aquí que á beneficio de la del distrito de Buenavista, cuya Junta preside S. A. R. la Infanta Doña Luisa y Vicepreside la condesa de Alenbierre, se ha celebrado otra función, patrocinada por S. M. la Reina, y que ha sido otra fiesta llena de brillantez y de lucimiento.



Busto de S. M. la Reina Victoria, última obra del insigne escultor Mariano Benlliure. Rodeando al óvalo, los retratos de las damas que forman la Junta de la Cruz Roja del distrito de la Inclusa. A partir del centro superior, y de izquierda á derecha: Señora de Mille, señorita de Reynoso, condesa de Torre-Mata, señora de Pérez del Pulgar, señora de Santos Suárez, marquesa de Valdefuentes, vizcondesa de Eza, marquesa de Urrea, condesa de Limpias, señorita de Ezpeleta, señora de Miranda, condesa de la Quinta de la Enjarada, marquesa de la Frontera y señora de Oruña.

Saludo á S. M. la Reina y á la Cruz Roja, escrito por nuestro compañero Enrique Casal (León-Boyd) y cantado con arte insuperable por Pastora Imperio en las funciones celebradas en el Teatro Real los días 14 y 28 de Febrero de 1917, constituyendo una nota altamente conmovedora.

Por la Cruz Roja de mis amores
vengo aquí yo;
la Cruz que alivia muchos dolores,
Roja cual sangre que Dios vertió.
Por la Cruz Roja, Cruz del Consuelo,
Cruz, toda ella Amor y Paz;
por tí, Cruz Roja, que eres mi anhelo,
por tí, Pastora viene á cantar.
Y ante tus brazos mi frente altiva
se inclina humilde con devoción,
y ante tus brazos mi pecho late
con más vehemencia, con más fervor.
Porque no en balde de los que sufren
eres, Cruz Roja, dulce blasón;
porque no en balde cuando tú asomas
cesan las balas, cesa el cañón,
y ante la insignia de la Cruz Roja
más vivo late mi corazón.

Por la Cruz Roja de mis amores
yo estoy aquí,

y á la Cruz Roja traigo mis flores,
que son las coplas que aquí me oís.
Mas un suspiro sube á mis labios,
como si fueran flores en Cruz,
para una dama que yo estoy viendo,
por su belleza llena de luz.
Por esa Reina, Reina de España,
que es toda ella flor de bondad;
por esa Reina hoy la Cruz Roja
aquí, en mi patria, vuelve á brillar.
Porque es más Reina—yo me lo creo—
por ser de España—que es mi nación—.
¡Si hasta ya lucen sobre su frente
todos los rayos de nuestro sol!
Y así gritemos: ¡Viva la Reina
de nuestro pueblo, pueblo español!

«Venga maestro, más alegría,
cuerdas, timbales, flauta, tambor»;
venga, maestro, que hoy la Cruz Roja
llena de júbilo mi corazón.

LAS MODISTAS

NOVELA SOCIAL POR MARÍA DE ECHARRI

(CONTINUACIÓN)

EN derredor de la cama, á más de la madre de Angelilla, se hallaban dos vecinas y un hermano del moribundo.

La aprendiz, aterrada de la escena que se presentaba ante su vista, se colocó al lado de su madre, llorosa y sin atreverse á mirar el rostro lívido del padre, de quien por la mañana se despediera, ajena de que era el último día que lo veía con vida.

Terminada la ceremonia religiosa, el sacerdote dirigió palabras de afectuoso interés al herido, y trató de despertar su atención... Al fin lo consiguió por breves instantes; abrió los ojos casi vidriados; vacilantes al principio, se tornaron más fijos después... Buscaba á los que tanto amaba y por los que había luchado y trabajado, debiendo á su honrado esfuerzo el bienestar relativo de que gozaban... Su mujer se acercó más al lecho... Era una unión de muchos años que se rompía, y el horizonte se le presentaba muy negro sin el amparo del jefe de familia, con la sola protección de los dos hijos, tan jovencitos todavía...

—¿Quiéres algo, Pedro?—interrogó afanosa.

—La aprendiz se puso en pie... Su figurita descaída, su cuello al aire, su cabeza alborotada en la que lucía la cinta coquetamente atada, toda ella en una palabra, se dibujó con una claridad extraordinaria en el pensamiento y en el alma del que iba á morir...

En aquel instante, recordó escenas presenciadas en el transcurso de su camino, y tuvo miedo... un miedo que no hubiera podido explicarse, pero que le comunicó fuerza suficiente para incorporarse y llamar con acento entrecortado y brusco á su hija, que no sospechaba lo que pasaba en el interior de su padre.

Angela se aproximó: el moribundo entonces, con movimiento violento, arrancó el lazo de la cabecilla coquetuela y lo echó al suelo, tiró de los dijes y los desparramó por tierra, y luego, en un supremo esfuerzo que le dejó agotado, desdobló el mantón de la aprendiz y lo cruzó por su garganta á tiempo que balbuceaba implorando... «Prométeme... ahora... que no volverás á ir así...»

Angelilla, asustada, creyendo que su padre al morir perdía la razón, escondió el rostro entre sus manos... El moribundo tornó á repetir... Promete... promete... Los asistentes, impresionados, no se explicaban bien la escena. Solo el sacerdote la entendió, y con dulce palabra prometió al que claramente presagiaba el mal que podría resultar de la manera de ser libre de la chiquela, que ésta cambiaría y se haría una mujer formal...

La aprendiz, sin embargo, no prometió nada... Una hora después, todo había concluido... Junto al muerto la madre y los hijos lloraban... los vecinos rezaban y hablaban... en el suelo, pisoteados, manchados, rotos, los dijes falsos pero relumbrones, yacían sin que nadie se acordase de ellos...

Así terminó un día en que Angelilla había pasado por sensaciones tan diversas... Muy en lontananza se le aparecía el cine, y el taller, y su encuentro con Manolo. La pálida luz del cuarto mortuario ponía reflejos lúgubres en su cara picaresca, en sus rizos desgredados, en su persona que había vivido el primer capítulo de su historia...

CAPITULO II

—¿Dónde vas esta tarde, Angela?—preguntó su madre, que arreglaba unas macetas algo averiadas por el frío crudísimo que se sentía.

—¿Tienes mucho interés en saberlo?—replicó la interrogada, que se miraba satisfecha á un espejo, con toneando el cuerpo, y haciendo con la cabeza movimientos llenos de coquetería.

—¿Qué cosas tienes, hija, claro que sí; sobre que no me gusta nada que vayas sola...

—Es que no voy sola...

—Peor.

—¿Cómo peor? ¿No te inspira confianza Carlos? Pues dices que es un muchacho formal, y creo que si se te declarase me quedaba yo sin novio en seguida.

—Vamos, Angela... No me gustan esas bromas. Sí, Carlos es buen muchacho, trabajador, serio, fío en él, pero de todos modos prefiero siempre que vayas con tu hermano.

—¡Mi hermano!—interrumpió burlona la modista... Ese sí que... Beato, más que beato... Siempre en la iglesia... siempre en su patronato...

—Eso quisiera yo que tú hicieses... En fin, ¿puedo saber cuál es tu plan para esta tarde?

—No es un misterio. Puesto que tengo que darte cuenta como una chiquilla.

—¿Angela!

—Bien está... Perdona... Vamos Carlos y yo á una función que tienen los compañeros de mi novio en un círculo suyo... Pero tranquilízate... Función moral... de lo más moral, así me lo dijo Carlos... Sospecho que me voy á aburrir mucho...

—Pero Angela, hija, ¿cuándo vas á ser?...

—¿El qué? Una tontaina como Esperanza, á quien se

Angelilla, aprendiz de modista, sale del taller para ir á hacer unos encargos de las oficiales: en la calle se encuentra con un estudiante, Manolo, con quien coquetea, y que la arrastra á ir al cine. Al volver al taller, la encargada la reprende, y cuando la va á expulsar, llega el hermano de Angelilla diciendo está agonizando su padre, á quien ha atropellado un automóvil. La aprendiz sale llorando con su hermano; llega á su casa, y su padre, asistido por el Sacerdote, muere, pero antes arranca del cuello de su hija las cadenas y dijes; del pelo el lazo que llevaba; cubre su garganta desnuda con el mantón, y la exige la promesa de que no volverá á ir vestida tan libremente; pero muere sin que la aprendiz prometa nada.

Pasan unos años. Angelilla, oficiala de un taller en el que para nada se mira la moralidad, sale con su novio, obrero mecánico, honrado y formal, á una función que dan en un Círculo de obreros; se aburre al poco tiempo y se van á la calle: encuéntrase de pronto con Manolo, el estudiante, cuyo recuerdo no se le pudo borrar. Pretextó una visita á una amiga para que su novio la deje sola, y espera á que Manolo se despidiera de la joven con quien tiene relaciones, para abordarle y reanudar con él su antigua amistad.

le cae la baba viendo trabajar á las niñas de su catequesis... como ella la llama... No, no... Yo he nacido para gozar de la vida. Soy joven, me dicen que no fea, pues á divertirme, que más tarde... Bah... no pensemos en ello... Por eso, te aseguro que hoy voy al círculo, porque tuve con Carlos unas palabras y quiero hacer las paces, y como á él le encantan esas funciones... Pero otro día... ¡Con tanta pieza bonita como dan en los teatros, meterse en!... Vamos... Si es que Carlos es más bobalición...

—Las palabras con Carlos serían...

—¿Qué te importa? Tonterías tuyas...

—No le gusta como vistes...

—Y á mí sí... Con que...

—La blusa la llevas demasiado escotada...

—¿Y qué más? ¿Me vas á dar una lección de moral?—Una lección de respeto—contestó la madre irguiéndose ofendida... Pero en aquel momento sonó la cam-



panilla y la madre fué á abrir al que llegaba, que era Carlos, el novio de Angelilla, aprendiz cuando la conocimos y oficiala hoy en un taller en el que no se preocupaban poco ni mucho de la moralidad de sus oficiales, exigiéndolas únicamente que supieran coser.

En una visita á casa de una amiga conoció á Carlos, y como la muchacha era bonita, era graciosa, era atractiva cuando quería, Carlos, obrero mecánico, muy metido en su trabajo y poco ducho en manejos femeninos, cayó en el lazo y se dejó arrastrar por la sirena que se le aparecía, dando al traste con la paz hasta entonces tenida en su corazón.

Llevaban un año de relaciones, y en ese tiempo las borrascas entre ellos habían sido frecuentes: Carlos no gustaba de ciertas libertades que advertía en Angela, y Angela se había cansado pronto del obrero formal y honrado que soñaba con un hogar cimentado por el mutuo amor y la confianza mutua... Pero como era muy vanidosa y todas sus amigas del taller tenían no-

vio, no quería verse humillada sin él, y seguía un noviazgo que llevaba trazas de terminar, aunque el obrero, cegado por la pasión que sentía hacia Angelilla, no sería seguramente quien diese el primer paso.

Allá, en lo íntimo del corazón de la modista egoísta y coquetuela, estaba grabado un recuerdo de cuando en cuando no la dejaba sosegar: Manolo... el estudiante que no volvió á ver desde la tarde en que tan rudamente la desgracia había abierto un paréntesis en su vida. ¿Qué sería de él? ¿Por qué desapareció de esta manera? Enigmas para Angelilla, que no acertaba á descifrar; pero el tiempo al pasar no había arrancado de su

alma la visión de sus amores con el estudiante, y era una visión que sólo necesitaba de una chispa para prender de nuevo el fuego y que la llama devorase cuanto á ese fuego se opusiera.

Unos minutos de conversación con la madre de Angelilla estuvo Carlos; luego salieron los dos: ella, guapa, airosa, elegante, mucho más de lo adecuado á su jornal de tres pesetas que ganaba; con una blusa á la moda, con un collar sobre su cuello desnudo, con un abrigo de paño, con un calzado, en fin, que representaba lo que ella no ganaba, y que á otro menos infatuado que Carlos ó menos cegado por el amor, hubiese revelado días de hambre en la casa para satisfacer el capricho de la hija vanidosa, y una bondad excesiva en el corazón del hermano, en lugar de ser él quien pusiese coto á tales lujos y coqueterías.

Carlos, con su traje de domingos, sencillo, aseado, formaba, sin embargo, extraño contraste con su novia...

Llegaron al círculo y comenzó la función. A la media hora, Angela bostezaba aburrida... Carlos, en cambio, gozaba como una criatura, y aunque los cómicos no pasaban de medianos, á él se le antojaban los mejores del mundo... Antes de concluir, la oficiala le exigió que se marchasen. No podía más... Pretextó un dolor de cabeza imposible de sufrir, y el obrero accedió á salirse, dejando á sus compañeros aplaudir y divertirse en extremo.

Al poner el pie en la calle, hubieron de echarse á un lado para dejar pasar á un grupo de personas que, charlando alegremente, iban por la misma acera... Delante del grupo, un él y una ella hablaban con animación... Al darles la luz del portal del círculo en el rostro, Angelilla lanzó un grito medio ahogado... La pareja volvió la cabeza, luego siguió y siguieron los que caminaban detrás.

La oficiala, pálida y descompuesta, hubo de hacer un esfuerzo violento para contestar á Carlos, pero su mirada no se apartaba de aquellos dos seres que inconscientemente de ello se decían sin duda todas esas ternezas que existen en el vocabulario de los enamorados. Carlos no comprendía bien el por qué de la marcha rápida que llevaban, ni la palidez de Angela, ni su brusca manera de hablar... De pronto, los que tal sensación causarían en la modista, se detuvieron delante de una casa... entonces Angelilla, pretextó que había quedado con una amiga en subir un rato y su hermano en ir á buscarla... Carlos, ofendido y descontento de esa innovación en el plan que llevaban y que ignoraba en absoluto, no hizo hincapié por quedarse... Se despidió secamente, sin que Angelilla, impaciente, nerviosa, y en cuyos ojos brillaba un resplandor extraño, advirtiese nada, y aunque lo hubiera advertido... Todo le era igual... todo, menos tolerar que el estudiante jamás olvidado y encontrado de nuevo, pasase por delante de ella sin sospechar que la tenía tan cerca, sin que su corazón le dijese que la aprendiz de ayer era una mujer hoy que le quería como antes, y tuviese la osadía de repetir á la novia elegante y vistosa, lo que á la modistilla decía, asegurándole de una fidelidad bien pronto quebrantada...

Angelilla quedó sola, á unos pasos del portal... Carlos desapareció sin volver la cabeza, queriendo castigar con su desvío, al que no estaba habituado, á la coquetuela que así jugaba con un amor como el suyo, sincero, honrado, dedicado á ella por entero.

Subieron los novios y la familia... Se oyeron por el balcón del piso bajo donde vivían risas y conversaciones de unos y otros... En la calle la modista esperaba... Era tarde... no la importaba... Hacía un frío intenso, no lo sentía... Lágrimas de rabia llenaron sus ojos, los celos la cegaban; no pensaba en lo extraño de su actitud, en que no era hora para que estuviese allí parada, en que su madre la echaría de menos... oía las risas y sus labios proferían palabras de odio... Veía sin ver la escena de la habitación, cuya luz reflejaba en la acera, trayendo siniestros resplandores para la oficiala impulsada por la pasión que no la dejaba reflexionar con calma... Al fin se hizo el silencio en el balcón, se oyeron en la escalera rumores de despedida, y Angelilla, conteniendo la respiración, decidida á jugarse el todo por el todo, dió unos pasos en dirección al portal... En aquel momento la silueta de Manolo se dibujó bajo la claridad de la bombilla del farol... Un minuto más y tornarían á encontrarse Angelilla y él... Avanzó hacia la calle; la modista le detuvo bruscamente.

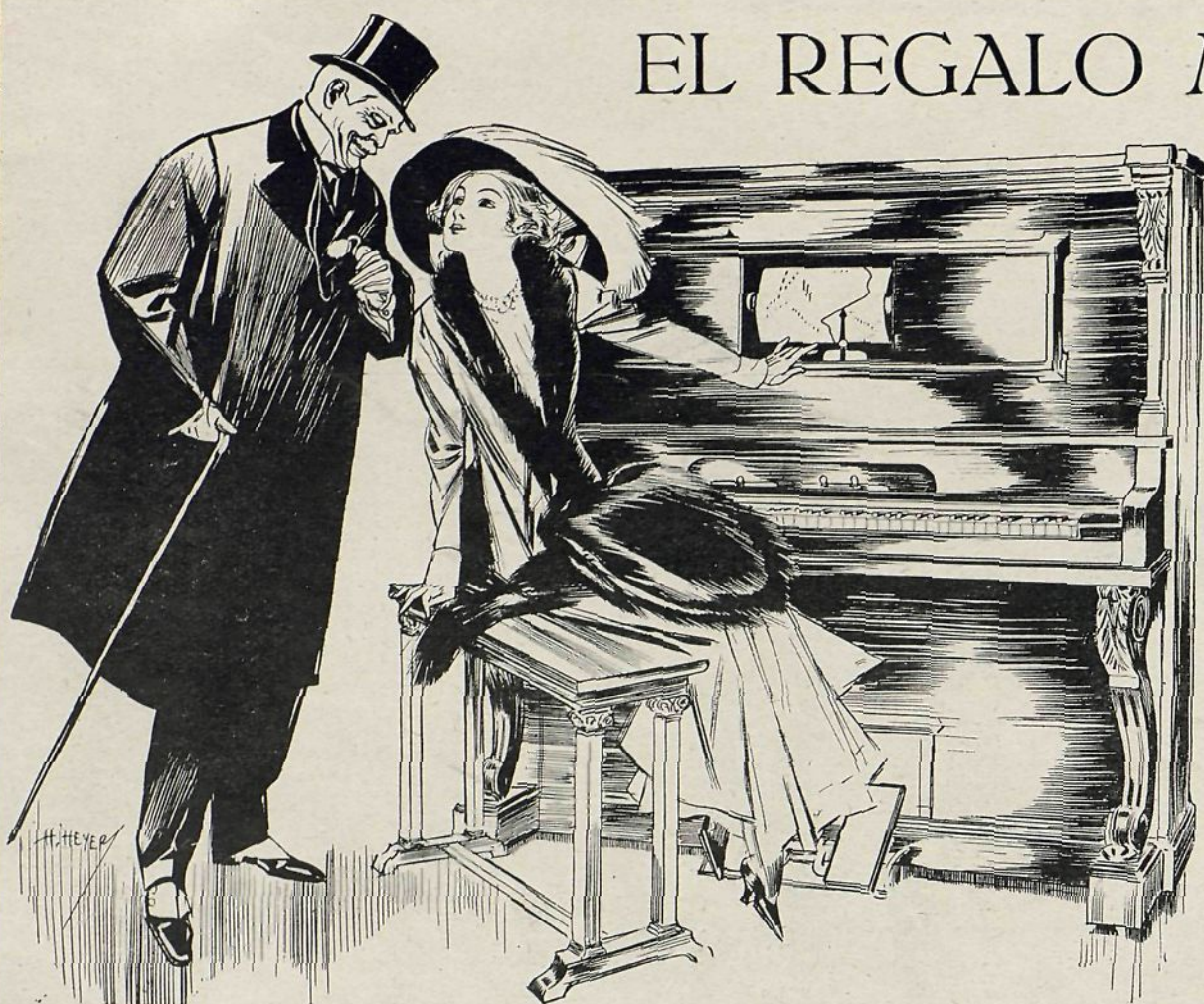
(Continuará).

Pedid el Catálogo de Artículos para Alpinismo
MESTRE ET BLATGÉ (S. A.)
CID, 2. —> MADRID



PETRÓLEO GAL

LO MEJOR PARA EL PELO



EL REGALO MAS BONITO

es, sin duda alguna,

EL

"PIANOLA"-PIANO

METROSTYLE y THEMODISTE

DE

THE ÆOLIAN C.º

para regalo de boda, fiesta oromástica, etc., es ciertamente el regalo recibido con la más grande satisfacción por los agasajados, pues sin ningún conocimiento de la música, les será fácil interpretar según su propio sentimiento y con el más perfecto estilo, gracias al METROSTYLE, un vasto repertorio de obras musicales, desde los grandes clásicos, hasta el último vals de moda

con el

"PIANOLA", -PIANO

entra en el hogar el incomparable encanto de la música, y es pronto este maravilloso instrumento el amigo más íntimo e indispensable.

EXPOSICIÓN Y AUDICIONES
en la

SALA ÆOLIAN

(A. H. DUBOIS)

PALACE HOTEL

única agencia en Madrid

de

THE ÆOLIAN C.º

PARÍS-LONDRES-NEW-YORK

La "PIANOLA" está adaptada en los célebres pianos
Steinway & Sons-

-Weber

Steck

Stroud

Æolian

AGENCIA EN BARCELONA:

P. IZABAL

35, Paseo de Gracia.

Fídase el catálogo «P»

EL TIEMPO HA DEMOSTRADO LA SUPERIORIDAD

DE LA



**HARLEY-
— DAVIDSON**
SOBRE SUS COMPETIDORAS.

Exposición y venta en la representación exclusiva para España:

J. A. DE LANDALUCE—Alcalá, 99—Teléfono S-887

SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba Méjico.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes.

Línea de Cuba Méjico.

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña y Santander.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello y La Guayra. Se admite pasaje y carga con trasbordo para Veracruz, Tampico y puertos del Pacífico.

Línea de Filipinas.

Una salida cada 44 días arrancando de Barcelona para Port Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila.

Línea de Fernando Póo.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Tánger, Casa Blanca, Mazagán, (Escalas facultativas), Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de África.

Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Servicio mensual saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña, Vigo y Lisboa (facultativa) para Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos.

SECCION DE MODAS

Preciosos vestidos de última moda usados por Miss Martha Hedman, en-

cantadora actriz de uno de los principales teatros de Nueva York



La preciosa salida de teatro mostrada en la ilustración superior, se ha confeccionado de chifón terciopelo con cuello blanco de piel de zorro. El terciopelo aparece también en la ancha banda de la otra salida de brocado, que se ve a la derecha, llevando puños de piel de zorro, que parecen manguitos por lo anchos que son.



Este elegantísimo abrigo se ha hecho de brocado de oro, encerrado entre una ancha banda de pieles de zorro en la parte inferior y un cuello del mismo material. Miss Hedman luce este mismo abrigo en la fotografía inferior en el centro de la página.



Encantador vestido de raso brillante, con cola de brocado de plata que nace de la cintura. A la izquierda, Miss Hedman, aparece con un vestido de elegante corte juvenil, en combinación de blanco y negro, y luciendo la nueva blusa medioeval y bonita capa corta.



Ni siquiera con la casi espartana sencillez de la blusa aquí ilustrada puede desmejorar la belleza de Miss Hedman. Posee tal encanto juvenil que hace resaltar aún más su delicada hermosura.



Prohibida la reproducción de esta página



Miss Hedman se presenta en esta ilustración cual si fuera la castellana de un castillo medioeval. Este vestido se confeccionó de raso, con dibujos de abalorio y un sencillo cuello de estilo Renacimiento.

Sugestivos modelos de última creación

7131—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 6.15 m. de tela de seda con dibujos de 91 cm. y 55 cm. de raso de 91 cm. para el cuello y cinturón. La falda tiene un vuelo de 2.50 m. La blusa muestra las nuevas sisas.

7094—Vestido para señoras.—Nueve tamaños: 86 a 127 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.40 m. de gabardina de 1.37 m. y 55 cm. de raso de 68 cm. para el pecherito y cuello. El patrón del diseño de trencilla, No. 11347, vale 20 ctvs. oro. La falda tiene un vuelo de 2.75 m.

7096—Vestido de una prenda para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.70 m. de Shantung o faya de 91 cm. y 35 cm. de raso blanco de 91 cm. para el cuello. El patrón del bordado, No. 12319, vale 20 ctvs. oro. La falda tiene un vuelo de 2.50 m.

7135—Blusa-Camisa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño

Vestido 7094

Vestido 7131

Blusa-Camisa
7135 Falda
circular 7048

Vestido de una
prenda 7114

Vestido de una
prenda 7096

Vestido de una
prenda, en estilo
medieval 7008

91 requiere 3.75 m. de charmeuse de 91 cm. y 35 cm. de organdí para el cuello. No. 7048—Falda circular para señoras. Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.55 m. de charmeuse de 91 cm. Tiene un vuelo de 2.75 m.

7114—Vestido de una prenda para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.25 m. de tela a cuadros de 1.12 m. y 45 cm. de faya de 91 cm. para el cuello.

7008—Vestido de una prenda para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro.

Para la detallada descripción de estos modelos véanse los sobres de los patrones

Nuevas ideas en vestidos estilo sastre

7133—Vestido de talle largo para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.55 m. de seda floreada de 1.00 m. para la falda y delantero y espalda de la blusa, y 1.15 m. de raso de 1.00 m. para las mangas, cuello y secciones de debajo del

brazo. La falda tiene un vuelo de 2.65 m. Las mangas son en estilo kimono. El escote puede hacerse redondo, cuadrado o de pico, con un cuello acampanado o con uno de los nuevos drapeados. Los paños de delante y de atrás de la falda son fruncidos, y los de los costados, plegados. Se abrocha a la izquierda.

7141—Chaquet para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.65 m. de raso de 91 cm. o 2.50 m. de sarga de 1.37 m. Tiene un largo de 86 cm. medidos en el centro de atrás. No. 7041—Falda de cinco paños, para señoras.—Ocho tamaños: 61 a 96 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.55 m. de raso de 68 cm. o 2.40 m. de sarga de 1.37 m. Tiene un vuelo de 2.75 m. Perfiles rectos y delicados son los que caracterizan a los nuevos vestidos para la próxima temporada. El cuello se puede usar alto o bajo, y los delanteros doblados hacia atrás formando solapas, como se ve en la ilustración, o enteramente cerrados. Lleva un original cinturón doble, cruzado en los costados, y al cual se abrocha un extremo de los bolsillos. Completa el vestido la falda.

7147—Abrigo para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.75 m. de tela de 1.37 m. Tiene un largo de 1.20 m. en el centro de atrás. El patrón suministra dos estilos de cuellos, cinturones y bolsillos. Se puede confeccionar de pana de terciopelo, paño escocés de lana o sarga.

Abrigo 7147

Vestido 7133

Chaquet 6973
Falda 6967

Chaquet 7141
Falda 7041

Chaquet 7142
Falda 7146

Blusa 7135
Falda circular 7130

7135—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.75 m. de raso de 91 cm. y 45 cm. extra para el cuello y puños. El patrón del borde de trencilla No. 11451, conteniendo 1.85 m. de borde en tres diferentes anchos, vale 20 ctvs. oro. No. 7130—Falda circular para señoras.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de

cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.50 m. de raso de 91 cm. Tiene un vuelo de 2.30 m. La blusa puede abrocharse atrás o colocarse por la cabeza. La falda es sencilla delante y fruncida atrás.

6973—Chaquet de una hilera de botones, para señoras. Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.75 m. de tela de 1.37 m., 35 cm. de raso de 46 cm. para el cuello, y 35 cm. de terciopelo de 60 cm. para el adorno. No. 6967—Falda para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.50 m. de tela de 1.37 m. La sencillez, que es la nota dominante en las modas de la próxima temporada, es el rasgo característico de este vestido.

7142—Chaquet para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.75 m. de gabardina, de 1.37 m. y 35 cm. de terciopelo de 46 cm. para el cuello

No. 7146—Falda fruncida para señoras.—Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 4.55 m. de gabardina de 91 cm. Tiene un vuelo de 2.75 m. Este modelo de gabardina azul oscura tiene el chaquet de una sola hilera de botones, con cuello doblado hacia abajo como se ilustra, o con los delanteros cerrados y el cuello llevado alto. La falda es fruncida.

Todos estos modelos son fáciles de confeccionar comprando los patrones perfeccionados y a la medida, que se venden en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW. Estos patrones van acompañados de una Guía de Corte y Confección en castellano.

Modelos de una prenda para señoras

7065—Vestido para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.00 m. de sarga de 1.12 m., 90 cm. de forro y 35 cm. de raso de 68 cm. para el cuello. La falda tiene un vuelo de 3.30 m. El patrón del diseño de trencilla. No. 12321, conteniendo 3.20 m. de borde de 8 cm. de ancho, con motivos, vale 20 ctvs. oro. Las mangas se cosen al corpiño de

7114—Vestido de una prenda para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.35 m. de gabardina de 1.37 m. y 45 cm. de raso de 91 cm. para el cuello. La falda tiene un vuelo de 2.40 m. En este atrayente vestido se muestra una variación del popular de una prenda, plegado delante y atrás bajo un canesú. El canesú delantero es más ancho que el de atrás, extendiéndose hacia abajo de los costados para formar efecto de casaquilla, que puede hacerse en forma de bolero. El escote abierto lleva un cuello de marinera, perforado para contorno redondo, y las mangas largas pueden hacerse con o sin puños. Los costados del vestido pueden cruzarse en la cintura por un cinturón sencillo o doble; el primero tiene bolsillos colgantes unidos a él.

7000—Vestido para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 6526—Falda para señoras.—Cinco tamaños: 56 a 76 cm. de cintura. Cada patrón 20 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.50 m. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 3.20 m. de tela de 1.37 m. para la blusa, túnica y bolsillos; 1.85 m. de tela de contraste de 1.37 m. para el forro exterior de la falda, cuello, puños y banda de adorno; y 1.85 m. de forro de 91 cm. para la parte superior de la falda. El patrón del bordado del punto cruzado, No. 12214, vale 20 ctvs. oro. El vestido No. 7000, tal como se muestra aquí, se usa en combinación con una falda, pero puede llevarse independientemente, prescindiéndose de ella. Va terminado con una banda de la misma tela, más oscura, haciendo juego con el cuello, puños y falda, y llevando hileras de punto de cadeneta. La blusa puede hacerse con escote alto y cuello recto, o con un cuello doble formando puntas en los hombros. Las mangas sencillas que se ilustran pueden reemplazarse por otras fruncidas, con puños anchos. El vestido se usa sobre una falda separada, con una sección drapeada, que puede omitirse, pues las per-



Vestido 7065

Blusa 7135
Falda circular 6919

Vestido 7000
Falda 6526

Vestido 7096

Vestido de una prenda 7114

cierre delantero, que puede llevar escote alto o de pico. La falda es fruncida y va unida al forro, cerrándose en la costura del costado izquierdo. El jubón se abrocha en el hombro izquierdo y debajo del brazo.

7135—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 6919—Falda circular para señoras.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.50 m. El vestido completo en tamaño mediano requiere 3.75 m. de tela floreada de 91 cm. para la blusa y 3.40 m. de seda sencilla de 91 cm. para la falda, carteras de los bolsillos, cinturón y cuello. La blusa se puede hacer en tres largos diferentes, colocándose sea por la cabeza, como blusa de marinera, o abrochase en la espalda. El escote puede hacerse redondo, cuadrado o de pico, llevando un cuello redondo, en punta, cuadrado o enrollado. El patrón facilita tres estilos de mangas. La falda es ligeramente fruncida atrás.

7096—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.00 m. de tela a cuadros de 1.22 m. y 55 cm. de sencilla de 1.12 m. La falda tiene un vuelo de 2.50 m. El patrón del diseño de trencilla para los bolsillos, No. 11455, y para el cuello, No. 11818, vale cada uno 20 ctvs. oro. El vestido se muestra aquí en su forma más sencilla, confeccionado de tela a cuadros violetas y grises, con cuello, cinturón y adornos de gris débil. Se ilustra sin la sobreblusa que forma parte del patrón. El escote de pico puede llevar un cuello redondo, y los bolsillos tienen extensiones que se abrochan en el cinturón.

foraciones hechas en el patrón permiten quitar esta sección. Una bonita combinación de colores para este vestido sería el azul con el gris o pardo ceniciento.

Selecciones de las últimas novedades

7111—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 2.30 m. de tela toda bordada de 91 cm. de ancho; 3.10 m. de tela de volantes de 91 cm. para la túnica; 2.30 m. de velo chifón de 1.00 m. para la falda; 35 cm. de crepé Georgette para el cuello y puños; y 90 cm. de cinta para el cinturón. Este es un admirable vestido para usarse cuando el clima está algo templado. La blusa es alforzada delante y atrás, con las alforzas extendiéndose hasta la cintura, y el cierre se efectúa a la izquierda del costado delantero, bajo una alforza. El escote puede hacerse alto, cuadrado o de pico. El patrón facilita varios estilos de atrayentes cuellos. Las mangas son de una costura, fruncidas a puños anchos, las cuales se pueden acortar guiándose por las perforaciones que para este objeto lleva el patrón. Sobre la falda circular fruncida va una túnica fruncida, con borde inferior liso, para poder usarse con cualquiera clase de tela de volantes.

7141—Chaquet para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 3.65 m. de Shantung de 91 cm. de ancho, o 2.50 m. de sarga de 1.37 m.; 2.50 m. de raso de 91 cm. para el forro; y 35 cm. de terciopelo de 46 cm. para el cuello. Tiene un largo de 86 cm. medidos en el centro de atrás. No. 6967—Falda para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.65 m. de Shantung de 91 cm. de ancho o 2.50 m. de sarga de 1.37 m. de ancho. Tiene un vuelo de 2.85 m. Constituye un atrayente vestido, que puede confeccionarse de sarga blanca o color ostra, o Shantung verde nefrita. El chaquet muestra la nueva moda de perfiles rectos, con la suave amplitud dispuesta en forma suelta en la línea de la cintura mediante un sencillo y bonito cinturón que se cruza en la espalda y se amarra en la parte delantera. El cuello puede usarse alto o bajo, y los bolsillos insertos, que se muestran en la ilustración, pueden reemplazarse por otros de fantasía. Las mangas son de dos hojas, con o sin puños vueltos. La falda es de perfiles sumamente sencillos, llevando una parte superpuesta en la otra en la parte delantera.

7133—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 3.55 m. de charmeuse de 1.00 m.; 1.35 m. de seda floreada de 91 cm.; y 35 cm. de raso para el cuello y puños. Tiene un vuelo de 2.65 m. En este elegante vestido de charmeuse y seda floreada se muestra el nuevo talle largo. El frente y espalda de la blusa son en forma de paño tableado y se abotonan a las bonitas mangas kimono. En lugar del



Vestido 7111



Vestido 7133

Chaquet 7141
Falda 6967



Vestido de una prenda 7016



Vestido 7120



7111

7141

6967

7133

7016

7120

escote de pico y cuello que se ilustran, se puede usar escote redondo o cuadrado con cuello acampanado. La falda es plegada en los costados y fruncida delante y atrás; se abrocha a la izquierda del costado delantero.

7016—Vestido de una prenda para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.95 m. de raso o terciopelo de 91 cm. y 55 cm. de crepé Georgette para el cuello. Tiene un vuelo de 2.75 m. De perfiles rectos, que muestran una silueta delgada, se caracterizan los nuevos vestidos para la próxima temporada. Este sencillo y elegante vestido está plegado en forma de tablas bajo un canesú cuadrado. El cuello ilustrado puede reemplazarse por otro doble, formando dos puntas en los hombros. El patrón facilita dos estilos de mangas largas, de una costura, y un pecherito postizo con cuello alto.

7120—Vestido para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.25 m. de tela a cuadros de 1.12 m. y 55 cm. de crepé Georgette para el cuello y chaleco. La falda tiene un vuelo de 2.75 m. Este es otro sencillito vestido, confeccionado de tela a cuadros. Sobre el chaleco va una blusa con el frente en forma de ancho paño tableado, que se extiende un poco más abajo de la cintura para dar el efecto de un pepló pequeño. Las mangas que se ilustran pueden reemplazarse por otras sencillas. La falda, que se abrocha en el costado izquierdo, puede hacerse plegada o fruncida. El chaleco en forma de sobrepelliz y el cuello de marinera le dan a este vestido cierta nota de atracción.

Innumerables y preciosos modelos pueden hacerse comprando los patrones PICTORIAL REVIEW, que se venden en todas las agencias que tenemos instaladas en todo el mundo. Todos estos patrones van acompañados con una Guía de Corte y Confección en castellano.

Encantadoras exigencias de la moda

7122—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 4.35 m. de sarga o gabardina de 1.37 m.; 70 cm. de crepé Georgette para el chaleco fruncido y vuelillos; 3.65 m. de banda bordada; y 80 cm. de forro para el corpiño. La falda tiene un vuelo de 2.95 m.

7065—Vestido para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 5.95 m. de raso de 91 cm. o 3.90 m. de sarga de 1.37 m.; 55 cm. de batista bordada de 10 cm. para el chaleco; 35 cm. de raso de 68 cm. para el cuello; y 90 cm. de forro de 91 cm. La falda tiene un vuelo de 3.30 m.

7137—Blusa con peplo para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 6585—Falda fruncida. Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 20 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.75 m. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 5.35 m. de charmeuse de 91 cm.; 1.25 m. de crepé Georgette de 1.00 m.; y 5.95 m. de banda bordada.

7127—Blusa plegada para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.65 m. de crepé Georgette de 1.12 m. y 4.55 m. de banda de encaje. No. 6185—Falda fruncida. Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 20 ctvs. oro.

7117—Vestido para, señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 7.55 m. de tela de seda estampada de 91 cm., 55 cm. de crepé Georgette para el cuello y puños y 1.15 m. de raso de 91 cm. para la faja y adorno. La falda tiene un vuelo de 2.40 m. Muy encantador es este modelo de seda estampada, con blusa en forma de sobrepelliz, cuya parte superior se une a los bordes delanteros del cuello ancho. La falda es fruncida.

7132—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El patrón del diseño de trencilla, No. 11514, vale 20 ctvs. oro. No. 7146—Falda fruncida. Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.75 m. El vestido completo en tamaño mediano requiere 4.55 m. de gabardina azul de 1.37 m. y 90 cm. de paño fino gris de 1.37 m. El frente y espalda de la blusa son en forma de paño tableado. El patrón facilita tres estilos de cuellos.



Blusa con
peplo 7137
Falda 6585



Blusa plegada 7127
Falda 6185



Vestido
7117



Blusa 7132
Falda 7146

La elegancia para diversas ocasiones

7135—Blusa-Camisa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El patrón del borde de trencilla, No. 11455, vale 20 ctvs. oro. No. 6185—Falda fruncida. Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 20 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.85 m. El vestido completo en tamaño mediano requiere 4.10 m. de tela de 1.37 m. para la blusa y falda y 1.35 m. de raso de 91 cm. para el cuello y bandas de adorno. Entre las modas más populares de la próxima temporada se encuentra esta elegante blusa-camisa, la cual se puede abrochar en la espalda o colocar por la cabeza. El patrón tiene varios cuellos.



Blusa
Camisa
7135
Falda
fruncida
6185

7117—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 7.55 m. de tela de seda estampada de 91 cm., 70 cm. de raso blanco de 68 cm. para el cuello y cinturón, y 12.80 m. de cinta de terciopelo. La falda tiene un vuelo de 2.40 m.

6936—Blusa para señoras. Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7005—Falda con túnica. Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El vestido en tamaño mediano requiere 4.55 m. de raso de 91 cm. y 7.10 m. de crepé Georgette de 1.00 m.

7131—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 4.35 m. de charmeuse de 91 cm.; 1.35 m. de crepé Georgette de 1.00 m.; y 1.35 m. de tela de seda de 91 cm. para los puños, cinturón y banda de adorno. La falda tiene un vuelo de 2.50 m.

7111—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.00 m. de Shantung estampado de 1.00 m. y 3.40 m. de sencillo del mismo ancho. La falda tiene un vuelo de 2.40 m.

7129—Blusa-Camisa para señoras.—Seis tamaños: 81 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.65 m. de raso o pongée de 91 cm. y 80 cm. de raso blanco. No. 6585—Falda fruncida. Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 5.00 m. de pongée o raso de 91 cm. La falda tiene un vuelo de 2.75 m.



Blusa 6936
Falda con túnica
7005

Vestido 7131

Vestido 7111

Blusa-Camisa 7129
Falda fruncida 6585

Todos estos modelos son fáciles de confeccionar comprando los patrones perfeccionados y a la medida, que se venden en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW. Estos patrones van acompañados de una Guía de Corte y Confección en castellano.

Nuevos y prácticos modelos de casa



6960—Vestido de casa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 6.65 m. de guinga a cuadros de 68 cm. y 90 cm. de linón o cambray sencillo de 68 cm. para los adornos. La falda tiene un vuelo de 2.30 m.

7098—Vestido para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.95 m. de tela de hilo de 91 cm. con 45 cm. de tela de contraste para el cuello, puños y adornos. La falda tiene un vuelo de 2.65 m.

7071—Vestido para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.95 m. de cambray de 91 cm. y 70 cm. de piqué para el cuello y puños. La falda tiene un vuelo de 2.50 m.

7109—Juego de delantal para criadas.—Tres tamaños: pequeño, mediano y grande, que corresponden a 91, 101 y 112 cm. de busto. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño mediano requiere 1.60 m. de cambray de 91 cm. y 7.30 m. de ribete. No. 4967—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 81 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.05 m. de tela de 91 cm. No. 7048—Falda circular para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.55 m. de tela de 91 cm. Vuelo de la falda: 2.75 m.

7070—Delantal de trabajo para señoras.—Tres tamaños: pequeño, mediano y grande, que corresponden a 91, 101 y 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño mediano requiere 6.65 m. de percal de 68 cm. y 70 cm. de tela de contraste para el cuello, puños, cinturón y bolsillos.

7139—Vestido de casa para señoras, para usarse indistintamente cruzado a la derecha o a la izquierda.—Nueve tamaños: 86 a 127 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.25 m. de guinga de 91 cm. y 1.05 m. de tela de contraste. La falda tiene un vuelo de 2.05 m. Este atractivo vestido de casa puede abrocharse sea a la derecha o a la izquierda del centro delantero. La blusa es en estilo kimono, con mangas largas fruncidas a una banda, y perforadas para cortas con puños.

Para la detallada descripción de estos modelos véanse los sobres de los patrones

Preciosa selección de blusas y faldas

7135—Blusa-Camisa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.75 m. de tela de seda estampada de 91 cm. y 70 cm. de crepé Georgette para el cuello, puños y bandas de adorno.

7124—Blusa para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.20 m. de crepé de la china de 91 cm. y 70 cm. de raso de 91 cm.

7132—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.40 m. de chifón de 1.12 m. y 2.50 m. de encaje.

7137—Blusa con peplo para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.65 m. de crepé Georgette de 1.00 m., 70 cm. de crepé rosa para los tirantes, y 55 cm. de forro de 91 cm.



Blusa-Camisa 7135

7129—Blusa-Camisa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.65 m. de crepé de la china de 91 cm. y 70 cm. de raso de 91 cm. para el cuello. El patrón del bordado y del diseño de trencilla No. 12319, vale 20 ctvs. oro.

7127—Blusa con peplo para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.50 m. de crepé Georgette de 91 cm. y 90 cm. de raso para el cuello, puños, cinturón y banda de adorno. El patrón facilita tres diferentes estilos de cuellos.



Blusa 7124



Blusa 7132



Blusa 7137



Blusa-Camisa 7129

7100—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.40 m. de crepé de la chipa de 68 cm., 3.20 m. de encaje angosto y 55 cm. de ancho.

7128—Falda de seis paños para señoras.—Siete tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.75 m. de tela a listas de 1.12 m. de ancho.

7144—Falda fruncida para señoras.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 4.55 m. de raso de 91 cm.

7130—Falda circular.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs.



Blusa 7100



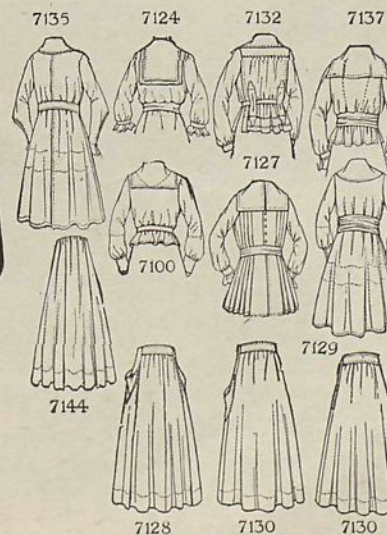
Falda 7128



Falda 7144

Blusa 7127

Para la detallada descripción de estos modelos véanse los sobres de los patrones.



Falda circular 7130



Falda circular 7130

Innumerables y preciosos modelos pueden hacerse comprando los patrones PICTORIAL REVIEW, que se venden en todas las agencias que tenemos instaladas en todo el mundo. Todos estos patrones van acompañados con una Guía de Corte y Confección en castellano.



Acostúmbrese a los
niños a que
usen

SOZODONT

para limpiarse los dientes, debido a su agradable gusto, al mismo tiempo que para protegerlos contra las infecciones de los dientes y encías, que pueden ocasionarles la Piorrea al llegar a su mayor edad.

No solamente limpia el **SOZODONT** perfectamente los dientes e impide la formación de sarro, sino que también contiene Emetina, sustancia inofensiva que destruye los bacilos que causan la piorrea. El **SOZODONT** protege las encías tanto como los dientes.

El **SOZODONT** ha ganado medallas de Oro en las Exposiciones de Londres, París, y otras ciudades importantes. Está altamente recomendado por los mejores dentistas.

Empiece hoy mismo a usar el **SOZODONT** y haga que su familia lo use también. Nunca es tarde, pero tenga cuidado de las imitaciones e insista en obtener el legítimo. Escriba hoy mismo pidiendo una **muestra gratis** de **SOZODONT**, pasta, polvos o líquido.

PAQUETES DE COMBINACION CONTENIENDO

1 Frasco grande de Líquido
1 caja de Polvos

También

Paquetes individuales con Pasta,
Polvos y Líquido.

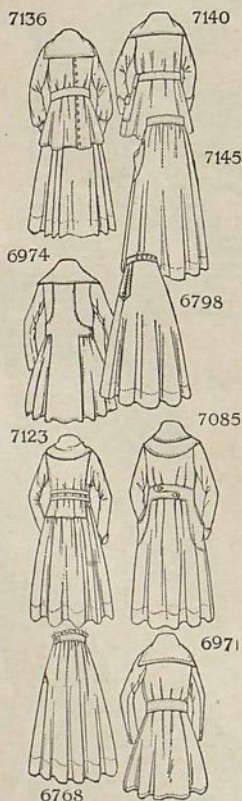
HALL & RUCKEL

215 Washington Street
Nueva York, E. U. A.



Cada uno
de estos
productos
contiene
Emetina.

Modas avanzadas para señoritas



7136—Vestido para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.75 m. de tela de 1.00 m. para la blusa y 3.90 m. de tela de contraste de 1.00 m. La falda tiene un vuelo de 2.50 m.

7140—Chaquet.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.50 m. de sarga de 1.37 m. No. 7145—Falda circular.—

Vestido de una prenda 7085

7085—Vestido de una prenda.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 4.45 m. de Shantung de 91 cm. y 35 cm. de tela de contraste de 91 cm.

7123—Vestido de talle largo.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 4.25 m. de tela de 1.00 m.

6971—Chaquet.—Cuatro tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.95 m. de tela a

Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.05 m. de tela de 1.37 m.

6974—Chaquet.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.50 m. de gabardina de 1.37 m. y 35 cm. de raso de 68 cm. No. 6798—Falda.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.40 m. de sarga de 1.37 m.

cuadros de 1.12 m. y 35 cm. de raso de 68 cm. No. 6768—Falda.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón 20 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.15 m. de tela a cuadros de 1.12 m.

Para vestir a la última moda no hay más que comprar los patrones perfeccionados y a la medida PICTORIAL REVIEW. Se pueden comprar en cualquiera de nuestras agencias.

Modelos para visitas y deportes



Vestido de una prenda 7097

7138—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 5.50 m. de raso o pongée de 91 cm. y 1.35 m. de raso moteado.

7119—Vestido de una prenda.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 4.45 m. de sarga o gabardina de 91 cm. y 45 cm. de raso de 61 cm.

7125—Vestido de marinera.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 5.15 m. de tela de hilo o galatea de 91 cm. y 70 cm. de tela de contraste de 91 cm.

7097—Vestido de una prenda.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 4.35 m. de sarga de 1.12 m.

7121—Vestido de una prenda.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere, tal como se ilustra, 3.65 m. de sarga de 1.37 m. y 45 cm. de paño fino.

La falda tiene un vuelo de 2.50 m. El patrón transferible del diseño de trencilla, No. 11514, vale 20 centavos oro. Para este vestido la sarga o gabardina de color azul oscuro o borgoña sería muy elegante. El vestido está plegado bajo un canesú que se extiende hacia abajo.

7140—Chaquet para señoritas. Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.50 m. de paño cruzado escocés de 1.37 m., 25 cm. de raso de 50 cm. y 3.65 m. de 91 cm. No. 7145—Falda circular.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.05 m. de paño escocés de 1.37 m.

En las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA), que se vende en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW, instaladas en todo el mundo, encontrarán las señoras infinidad de preciosos modelos



No. 535

Lo primero que debe Ud. poner en su Lista de Compras

Modele Ud su cuerpo
Con un-

Model
MARCA COMERCIAL
brassière

SU primera compra debe ser un "Model Brassiere" y Ud. verá que sus camisas y trajes le sentarán mejor y se encontrará más atractiva llevando uno.

El "Model Brassiere" hace una figura gentil, y no solamente produce comodidad al que lo usa, sino también gracia y soltura a las líneas del cuerpo.

Usense como jubones y corpiños debajo de sus delicados vestidos y blusas. Hay un "Model" para toda ocasión y clase de moda.

Los hay diestramente hechos para perfeccionar su cuerpo y evitar las "líneas del corset" dando una apariencia de estilo y gracia. Son de precio moderado, desde 75 centavos, oro Americano, en adelante, Nueva York.

Se lavan con facilidad. Desde el momento que las varillas se pueden quitar, como también se quitan los corchetes, nunca se enmohecen. Se fabrican en más de 150 estilos.

Primer Premio en la Exposición Panamá-Pacífico.

Escriba hoy solicitando nuestro catálogo, hermosamente ilustrado, GRATIS.

Rogamos a los comerciantes al por mayor y detall que nos escriban solicitando precios y condiciones.

Model Brassiere Co.

Departamento P. R.

200 Fifth Ave., New York, U.S.A.

El Regalo Perfecto

La Pluma con el Botón Mágico

La "AA" fué la primera Pluma-Tintero de llene automático la que ha producido los mejores resultados y satisfacción universal durante un cuarto de siglo.

Debido a esta cualidad de llene automático se hace innecesario el cuenta-gotas para la tinta, evitándose así el mancharse los dedos cada vez que se tenga que llenar.

La "AA" puede llevarse con seguridad en cualquier posición en el bolsillo o en la maleta sin peligro que derrame o manche la ropa.

Las Plumas "AA" se hacen en una gran variedad de estilos y tamaños, con puntas galvanizadas de oro de 14 kilates, especialmente fabricadas para que den los mejores resultados.

Pueden comprarse en la mayor parte de los principales almacenes del mundo.

Evítense imitaciones o sustituciones.

La Pluma aquí reproducida se remitirá a cualquier dirección, con gastos pagados, al recibo de \$2.00 oro.

Escríbase pidiendo el catálogo ilustrado GRATIS.

Suplicamos a los comerciantes nos escriban pidiendo descuentos y detalles sobre las ventajosas condiciones que ofrecemos para la exportación.

ARTHUR A. WATERMAN CO.

Establecida en 1895

38 Thames St. Nueva York, E. U. de A.

NO RELACIONADA CON LA

L. E. WATERMAN CO.

LA TINTA INDELEBLE DE PAYSON

Indispensable en el hogar de la mujer cuidadosa, necesaria en hotel, imprescindible en el tren de lavado.



La Tinta Indeleble de Payson

Para marcar toda clase de ropas, desde la más delicada seda o más fino hilo o más grueso algodón.

La Tinta Indeleble de Payson

Resiste la influencia de todos los climas sin solidificarse ni descomponerse en la botella. Dispuesta siempre para usarse con cualquier clase de pluma corriente.

La Tinta Indeleble de Payson

De venta en todas las buenas tiendas, papelerías, librerías y demás comercios de efectos de escritorio.

La Tinta Indeleble de Payson

Si el comerciante donde usted compra no la tiene, exija que se la pida a cualquier casa comisionista de New York, New Orleans, Los Angeles, San Francisco o de Boston, Mass.

Exija que sea la legítima de Payson y nosotros respondemos de su seguro éxito.

R. L. WILLISTON

Unico Propietario Fabricante

NORTHAMPTON, MASS., E. U. A.

Estilos de calle y de paseo



Vestido de una prenda 7085

7085—Vestido de una pieza para señoritas. —Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 4.00 m. de tela a cuadros de 1.12 m. de ancho y 55 cm. de raso blanco de 91 cm. para el cuello, puños y sección de adorno de los bolsillos. La falda tiene un vuelo de 2.30 m. Este modelo se caracteriza por su marcada sencillez. Se puede hacer con escote abierto o alto; en este último caso se usa con un pecherito postizo que lleva cuello alto.

Vestido 7081

7138—Vestido para señoritas. —Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 5.50 m. de seda moteada de 91 cm., 1.15 m. de crepé Georgette de 91 cm. para las bandas de adorno, cuello y puños, y 25 cm. de encaje de 46 cm. para el forro exterior del corpiño. La falda tiene un vuelo de 2.50 m. Este elegante vestido, de sencillez juvenil, se confecciona de tela de seda con motas blancas y azules, comunicándole precioso contraste por las bandas de adorno de crepé Georgette que lleva la falda.

7004—Vestido para señoritas. —Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 6.65 m. de seda o velo con dibujos, de 91 cm. de ancho y 45 cm. de crepé Georgette para el pecherito y cuello. La falda tiene un vuelo de 2.65 m. Lanueva blusa de este bonito vestido se abrocha en el hombro izquierdo, y va sobre un corpiño con escote alto, el cual se puede hacer, también de pico llevando un cuello grande. Las mangas son fruncidas o sencillas. La falda va unida al corpiño; se abrocha a la izquierda.

Vestido 7136

Vestido 7004

7105 7138

7085 7136

7081 7004

Vestido 7105

7081—Vestido para señoritas. —Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 3.30 m. de sarga de 1.37 m. para la sección de la sobreblusa y falda; 1.15 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para el corpiño y mangas; y 35 cm. de raso de 68 cm. para el cuello. La falda tiene un vuelo de 2.75 m. La combinación de sarga y crepé Georgette, es una de las últimas modas de la temporada.

7105—Vestido para señoritas. —Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 1.85 m. de velo chifón de 91 cm para la blusa y mangas cortas y fruncidas; 2.50 m. de tela de volantes de 91 cm. para la falda; 80 cm. de encaje de 91 cm. para el corpiño; 55 cm. de encaje todo bordado de 46 cm. para forro; y 90 cm. de cinta para el cinturón. La falda tiene un vuelo de 2.40 m.

7136—Vestido para señoritas. —Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.40 m. de tela de seda tussah de 91 cm. para la blusa y 4.80 m. de pongée de 1.00 m. para la falda, banda de adorno, cuello, puños y bolsillos. La falda tiene un vuelo de 2.50 m. En este vestido se muestra la nueva blusa-camisa que puede abrocharse en el centro de atrás.

Innumerables y bonitos modelos de trajes se muestran en las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA) que se vende en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW. Visítense nuestras agencias.

Prendas para usos diversos

6327—Gorros para señoras y señoritas. Tres tamaños: pequeño, mediano y grande. Cada patrón, 20 ctvs. oro. No. 6895—Combinación. Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 1.95 m. de batista de 1.00 m.



Peinador y Gorro 7095

7118—Camisa de dormir para señoras.—Cuatro tamaños: 91, 101, 112 y 122 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro.
6930—Camisa de dormir para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro.
6662—Camisola para señoras y señoritas.—Cuatro tamaños: 91, 101, 112 y 112 cm. de busto. Cada patrón, 20 ctvs. oro.
7095—Peinador y Gorro para señoras.—Tres tamaños: pequeño, mediano y grande. Cada patrón, 25 ctvs. oro.
7115—Corpiño para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro.
7102—Cuellos y puños para señoras y señoritas. Tres tamaños: pequeño, mediano y grande. Cada patrón, 25 ctvs. oro.
7104—Enaguas de maternidad.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro.

Para la detallada descripción de estos modelos véanse los sobres de los patrones.



Corpiño 7115



Cuellos y Puños 7102

Enaguas de maternidad 7104



Innumerables y variadas prendas íntimas se pueden confeccionar comprando los patrones perfeccionados y a la medida que se venden en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW, que tenemos instaladas en el mundo entero.



DESEAMOS AGENTES

“Maravillosa Venus”

Un nuevo descubrimiento, que da a la cara una radiante y hermosa apariencia.

¡Cosa igual nunca había sido descubierta!

Es absolutamente inofensiva. Garantizada á dar resultados satisfactorios.

Su costo es igual al del polvo para la cara, pero tiene la gran ventaja, que una cajita dura tres veces más y una aplicación es suficiente para todo un día.

Tiene sobre todos los otros preparados la superioridad de no ser afectado por el sudor ó agua. Solamente puede ser removido con crema para la cara.

¡En realidad es MARAVILLOSA!

Pida nuestro Catálogo

Para las Pecas, Manchas y todas las descoloraciones de la piel úlese “Para-Pecas Venus.”



Venus Manufacturing Co.

21 West Illinois St. CHICAGO, E. U. A.

CORSET

Berthe May

Para Maternidad

Único corset de su clase hecho para ese exclusivo objeto. Puede llevarse en cualquier tiempo. Asegura confort, permite vestir como siempre y preserva la apariencia normal. Sencillo y exclusivo sistema de ensanche. Recomendado por todos los médicos.

Precio \$5.00 oro

Los hay también de mejor calidad por \$8.-, \$10.-, \$12 y \$14.00 oro.

Este corset se remitirá certificado por correo inmediatamente después de recibir las medidas del busto, cintura y caderas y giro postal internacional sobre Nueva York, por el valor del corset que se desee y 35 centavos oro para franqueo.

Se enviará gratis el catálogo ilustrado No. 50, a todas las señoras que lo soliciten.

SE NECESITAN AGENTES y se servirán pedidos directos o por mediación de casas comisionistas. Condiciones especiales para las compras al por mayor. Corsets corrientes, de uso diario, para señoras gruesas, delicadas o defectuosas y para señoritas.

BERTHE MAY

10 East 46th St. Nueva York, E.U. de A.

PATRONES PICTORIAL REVIEW

Son los más Perfectos y más Sencillos de Usar.

Compre usted un patrón “Pictorial Review,” hágase un vestido, y pronto se convencerá de su elegancia y de lo facilísimo que resulta confeccionarlo usted misma con tan exquisita distinción como pudiera ofrecerle el más afamado modisto Parísien.

VISITE LAS AGENCIAS DE

The Pictorial Review Co. 216-226 West 39th St., New York City

Mariquita en el Japón

Por

A. Roma Portodo

Orgullosos y admirados los padres de Mariquita de la viveza de aquella su más predilecta hija, propusieron educarla, dando vuelo a las primicias de su talento preclaro, haciéndole ver el mundo con profesores privados, primero China y Japón, después lugares sagrados o las indias misteriosas y los mares oceánicos; y de un vuelo, por decir, la transportaron de plano al país de las cerezas, de abanicos y crisamos.

La primer preocupación del adorable muñeco, fué comprarse los vestidos orientales chimpancescos más típicos del país, un abanico y un perro.

Más no cuadrándole bien a sus dorados cabellos aquellos trajes chillones, de colores tan chinoscos, se atrevió a sustituirlos con unos cabellos negros que en peluca japonesa diese el mico a las del pueblo.

Si queréis ver a la niña con ese disfraz tan nuevo, en la decinona página encontraréis los atresos: recortadlos y vestirla para el japonés torneo.

Sólo falta a Mariquita la amistad de algún muñeco de los propios del país, de aquéllos de carne y hueso que, en contraste muy humano, se vistiera a lo europeo.

La vecinita de al lado érase uno de aquéllos; muy chiquitina, muy mona, sin pizca de ojos traviesos; y dispuesta a hacerse amiga la visitó de momento.

No cesaba en todo el día de mover a la sin hueso, preguntando las costumbres, los usos, modas y juegos.

Charlaban como cotorras; hasta de noche durmiendo, ambas amigas soñaban en alta voz, repitiendo las palabras aprendidas del uno y otro hemisferio.

Entretanto, se notaba que al vestido japonésco de Mariquita oponíase el de su amiga, europeo, y tan repetidas veces que, resistir al deseo de preguntar a su amiga y conocer el secreto, Mariquita ya no pudo:

¿Por qué vistes de persona cuando yo visto de perro? —¿De perro le llamas tú al vestido japonésco? Mira que me enfado, y te voy a tirar del pelo.

—Del pelo de la peluca querrás decir; mas, te advierto que mejor fuera tirases de tus ojos retrecheros, para abajo y con firmeza, pues suben por los extremos.

Ultimas modas para niños y niñas



Abrigo circular 7116



7028—Vestido de una prenda.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 12 requiere 6.75 m. de tela de hilo de 68 cm.

7116—Abrigo circular.—Cuatro tamaños: 2 a 8 años. (20 ctvs.). El tamaño 6 requiere 1.70 m. de sarga de 1.37 m.

7072—Vestido para niños.—Cinco tamaños: 4 a 12 años. (20 ctvs.). El tama-

ño 10 requiere 2.75 m. de tela de 1.12 m.

6873—Abrigo Imperio para niñas.—Cuatro tamaños: 2 a 8 años. (20 ctvs.). El tamaño 8 requiere 3.40 m. de raso o pongée de 91 cm.

6875—Abrigo para niñas.—Cuatro tamaños: 2 a 8 años. (20 ctvs.). El tamaño 4 requiere 2.40 m. de tela a cuadros de 1.12 m.

6890—Abrigo para niños.—Ocho tamaños: 3 a 14 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 10 requiere 2.30 m. de tela de 1.37 m.

6836—Vestido.—Tres tamaños: 2 a 6 años. (20 ctvs.). El tamaño 6 requiere 2.50 m. de tela de 91 cm. y 90 cm. de 68 cm.

7126—Vestido Imperio.—Tres tamaños: 2 a 6 años. (20 ctvs.). El tamaño 4 requiere 1.95 m. de tela de hilo de 68 cm. y 1.05 m. de linón.

7134—Vestido.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. (20 ctvs.). El tamaño 10 requiere 4.90 m. de linón de 68 cm. y 45 cm. extra.

7101—Vestido.—Tres tamaños: 2 a 6 años. (20 ctvs.).

Variedad de atrayentes modelos



Abrigo
7143

Abrigo
7112

Vestido
7103

Vestido
de una
prenda
7099

Vestido
7148

Vestido
Imperio
6920

7143—Abrigo.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 2.50 m. de sarga de 1.12 m.

7112—Abrigo.—Cinco tamaños: 2 a 10 años. (20 ctvs.). El tamaño 6 requiere 3.30 m. de raso de 91 cm. y 45 cm. de 68 cm.

7103—Vestido para niños.—Cuatro tamaños: 2 a 5 años. (20 ctvs.). El tamaño 5 requiere 1.25 m. de linón de 68 cm. para la blusa y 90 cm. de tela de hilo de 91 cm. para pantalón.

7148—Vestido.—Seis tamaños: 6 a 15 años. (20 ctvs.). El tamaño 12 requiere 3.65 m. de tela a cuadros de 1.12 m., 7.75 m. de trencilla y 45 cm. de paño fino.

7099—Vestido.—Cuatro tamaños: 2 a 8 años. (20 ctvs.). El tamaño 6 requiere 3.40 m. de linón o cambray de 68 cm. y 55 cm. de piqué de 68 cm.

Traje de juego
7113

Vestido Imperio
7107

Vestido
7068

Vestido
6854

Vestido
7110

6920—Vestido Imperio.—Cinco tamaños: 8 a 16 años. (20 ctvs.). El tamaño 8 requiere 4.10 m. de velo floreado de 91 cm. de ancho.

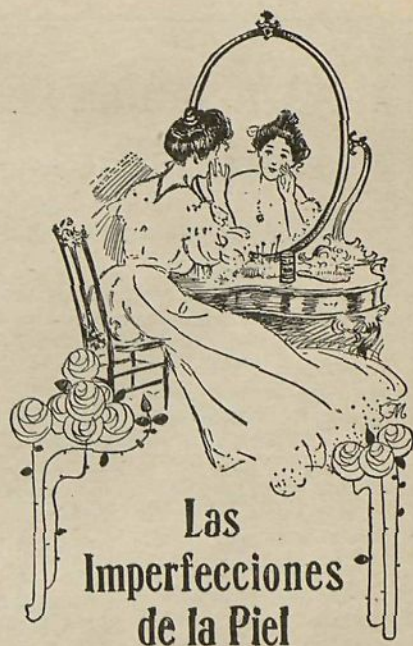
7113—Traje de juego.—Cinco tamaños: 1 a 5 años. (20 ctvs.). El tamaño 2 requiere 1.50 m. de percal de 91 cm. de ancho. La pieza de delante, de atrás y mangas están cortadas en una sola pieza.

7107—Vestido Imperio.—Tres tamaños: 2 a 6 años. (20 ctvs.). El tamaño 6 requiere 3.00 m. de tela de 68 cm. y 70 cm. de percal.

7068—Vestido para niños.—Cuatro tamaños: 4 a 10 años. (20 ctvs.). El tamaño 8 requiere 2.40 m. de sarga a cuadros de 1.12 m. de ancho.

6854—Vestido.—Cinco tamaños: 4 a 12 años. (20 ctvs.). El tamaño 12 requiere 2.40 m. de tela de volantes de 61 cm. para la túnica, 2.75 m. de velo de 91 cm., 1.70 m. de banda de 18 cm. y 70 cm. de forro de 68 cm.

7110—Vestido.—Cinco tamaños: 1 a 5 años. (20 ctvs.). El tamaño 4 requiere 3.75 m. de percal de 68 cm. y 45 cm. de linón de 91 cm.



como las pecas, espinillas, manchas, se extinguen con el uso de la CREMA "GRAHAM" PARA BLANQUEAR LA CARA, la cual restituye a la tez su pristino esplendor y brillantes atractivas.

Otros productos de la Sra. Graham para conservar la tez en buena condición y protegerla contra los efectos del sol y viento:—Polvo "Kosmeo," Crema "Kosmeo" Jabón Kosmeo.

Todas las preparaciones "Graham" se venden en las droguerías más acreditadas, o pueden ser enviadas por correo con porte pagado.

Permítame que le envíe gratis mi librito titulado "Confidencias del Espejo," el cual describe todas mis preparaciones destinadas a la cultura de la belleza, indica el modo de usarlas, y facilita en general cuanto detalle está relacionado con ellas.

Se solicitan agentes en todos los países que aun no están representados.



Agencias Principales:

- Argentina:
S. B. Lederer, Calle Piedras, Buenos Aires
- Chile:
Daube & Co., Santiago, Valparaíso, Concepción, Antofagasta
- Ecuador:
J. José Solá, Guayaquil
- Porto Rico:
Porto Rico Drug Co., San Juan-Ponce
- Uruguay y Paraguay:
Mendel y Cia, Buenos Aires
- Colombia:
Acosta Madieto, Barranquilla
- Bolivia:
Enrique Aponte C., Oruro
- Guatemala:
Renato Tixe, 6 A. S. No. 19, Guatemala
- República Dominicana:
F. Mises Carbonel, Sto. Domingo

Sra. Gervaise Graham
25 W. Illinois Street
CHICAGO E. U. A.

Un drama entre nieves

(Continuación de la página 13)

voy a decirte ahora: son palabras de mi madre, pronunciadas momentos antes de morir: "Haz por otro lo que quieras que otros hagan por tí." Nunca he tenido tanta oportunidad como ahora de hacer el ensayo; veremos como resulta. Podría dejarte hasta que te helases, pues eres más viejo y resistirás menos, y yo me salvaría; pero no quiero, prefiero confiar en tu palabra: tengo un fósforo en el bolsillo, uno solo.

—¿Un fósforo?

—Sí, solamente uno, el único que me quedaba cuando venías ayer a mis alcances; aquí lo tienes.

Rastrillo lo cogió con mano trémula queriendo convencerse que no era engaño, y la animación volvió a sus ojos, empleándola en mirar a los árboles y matorrales.

—Allí hay abedules, gritó convulso: ten el fósforo mientras yo arranque las cortezas hasta formar una buena pila. Y saltando por la nieve con nuevas e inesperadas energías, las que presta la esperanza, llegó hasta aquéllos y, tira a tira, compuso una brazada. Cortó también unas cuantas ramas, que colocó sobre la nieve para mantener las cortezas apartadas del suelo; arregló la pila, agregándole las ramillas secas que pudo encontrar y los troncos muertos no empapados. Cuando todo estaba dispuesto le sobrevino un nuevo decaimiento, al notar que no tenía a mano ningún trozo de papel con que el fuego prendiera. Pero Guillermo volvió a meterse la mano en el bolsillo, y en ella apareció la mugrienta cartera de piel de gamo que guardaba el retrato de su mujer, del cual arrancó el papel que lo envolvía, dándole a Rastrillo con el fósforo.

—Enciéndelo aquí, en la piel, que está bastante dura y no pudo humedecerse por llevarla siempre junto al corazón, que echa fuego.

La sonrisa volvió a los ateridos labios de Guillermo al ver de nuevo el retrato de su esposa.

—Ella me mira, Rastrillo, me mira y me sonríe: ya te dije anoche que era su cumpleaños; ella fué la que me despertó avisándome del fuego, ella es la que siempre me salva: si alguna vez has rezado, reza ahora, porque ella es la que va a restregar el fósforo.

Y continuó mirando al retrato, mientras Rastrillo hincaba la rodilla en tierra delante de la pila. Oyó el restregar del fósforo, pero no volvió la vista. La vívida cara de lo para él más hermoso en la tierra, le estaba hablando: su imaginación deliraba en aquel instante, y se inclinó como para escuchar una voz baja, melodiosa, dulcísima, y tan distante que llegaba a él como un vago susurro. "Ya llevo, ya llevo, Guillermo, ya me acerco, me acerco a tí."

Un grito de alegría subió a su garganta desde lo más profundo del alma, pero murió en los labios antes de exhalarlo. Un mayor grito le volvió a la realidad: era de Rastrillo, cuyo rostro estaba horrible. Y lo vio levantarse espantoso, jurando, con las manos crespadas sobre el pecho.

—Se apagó, decía como un loco, acercándose vacilante a Guillermo, pero sin mirarlo, fijos sus ojos en la distancia.

Una extraña obscuridad envolvió a Guillermo, y en ella continuó escuchando la dulcísima voz de su esposa, que pronunciaba su nombre una y otra vez, instigándole a levantarse. Le pareció que pasaba mucho tiempo hasta que pudo responderla y abrir los ojos, poniéndose primero de rodillas, y buscando a Rastrillo con la mirada: no sabía que aquel se marchó para siempre.

El retrato continuaba todavía en sus manos: menos distintamente que antes vió a la joven sonreírle. Y entonces, a sus espaldas, oyó un extraño y nuevo sonido, y, en esfuerzo sobrehumano, volvióse a ver lo que era. Del fósforo se desprendió una chispa, no vista por Rastrillo, la que poco a poco convirtiéndose en columna de humo y llamas, entre las cuales le pareció leer: "Mi cumpleaños, tu Esperanza!"

Figura 2

Figura 2

Combinación de cintas y bordados Ultima novedad

Figura 1. Precioso bolso para velos, hecho de cinta rosa y plata.

Figura 1. Para las señoras que usan velos no hay nada tan útil como estos bolsos de cinta rosa y plata. Cinta angosta de raso rosada, botones de raso fruncidos, hojas de plata y un borlón plateado en su base completan los adornos de este encantador bolso. Los cordones para llevarlo pueden ser de cinta de raso o de plata.

Figura 2. Son dos preciosas ligas, confeccionadas de cinta de raso de delicado color rosa, y cinta angosta fruncida mediante un elástico.

Figura 3. Bolso para chinelas, hecho de cinta y borlones de plata.

Figura 3. Bonito y útil es este bolso para chinelas. En su confección se usó cinta azul, blanca y rosa.

Figura 6. Un curioso efecto se le da a este acerico en forma de corazón, por el muñequito aprisionado entre las dos cintas de raso.

Figura 6. Un curioso muñequito se halla aprisionado entre las cintas de raso.

Figura 5. Del centro sale una preciosa muñequita.

Figura 4

Figura 4. Este ho quillero se hace sobre un vaso de cristal, y se confecciona de cinta de raso fruncida para formar una rosa con cuatro pétalos.

Figura 5. Un bonito accesorio para el cuarto de las niñas es este precioso acerico, en forma de corazón doble y una muñequita en su interior.

No. 12295. Este precioso acerico no debería faltar entre los adornos de un cuarto bien tenido.

Figura 7

Figura 7. Canastilla para joyas, hecha de cinta de raso azul. En el fondo tiene un espejo.

No. 12296. Las preciosas ramitas bordadas dan mayor belleza a este elegante acerico. El patrón transferible para dos acericos, y dos otros motivos para cajas de naúculos, vale 20 ctvs. oro.

Figura 9

Figura 8

Figura 8. La hermosura de una lámpara se acrecienta por una pantalla de cinta rosa.

Figura 9. Aun una cosa tan corriente como es el saco de labor, puede transformarse en un artículo elegante si se hace de cinta de raso.

No. 12295. Akerico de linón. El patrón transferible del diseño vale 20 ctvs. oro.

Figura 11. Almohadón para el

tocador, hecho de cinta fruncida.